TESSA COOPER

UN ERROR CON PATAS



Una comedia romántica chispeante, con un gato sabio y un buen surtido de vecinos chismosos.

TESSA COOPER

UN ERROR CON PATAS

© de la obra de Raquel Haro Ruiz
Instagram: @tessacooperescritora
Facebook: @tessacooperescritora
Web: www.tessacooperescritora.es
Email: tessacooperescritora@gmail.com

1ª edición: 2026
Maquetación interior y diseño de cubierta: María Latorre
Corrección: Érika Gael
Ilustraciones de Vik.Stock.
Registro propiedad intelectual CEDRO: GDgk1Vba-2025-10-27T10:43:40.604
Depósito legal: B 21916-2025

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A todos aquellos que cayeron en una emboscada.

¡No te pierdas el relato gratuito!

Gracias por leer *Un error con patas*. Si te quedas con ganas de un «poquito más», he escrito un relato extra de Fabio y Marta. Te lo envío en PDF al suscribirte a mi boletín (relatos exclusivos, sorteos y novedades): Caos bonito.

También puedes conseguirlo a través de mi página web: www.tessacooperescritora.com

¡Mil gracias por estar al otro lado!

Tessa

RGPD: Usaré tu email para enviarte el bonus y correos sobre mis novelas. Puedes darte de baja cuando quieras.

¡Empezamos!

ÍNDICE DE PERSONAJES

Ana
Bioquímica con alergia a las emociones intensas. Observadora, irónica y con una capacidad prodigiosa para meterse en líos sin moverse de su piso. Bloguera de la Asociación de Vecinos El Rincón Gatuno.

Héctor
Némesis de Ana. Le gusta correr, leer, ir al cine y complicarse la vida con mujeres brillantes e imprevisibles. Presidente de la Asociación de Vecinos El Rincón Gatuno.

Andrés
No maúlla: sentencia. Aunque parezca indiferente a todo lo que no sea su cuenco de croquetas y el sol que entra por la ventana, es testigo directo del caos romántico y vecinal que rodea a su humana.

Pepi
Madre de Héctor y cerebro inquieto. Tiene el don de liarla, aun con las mejores intenciones. Vicepresidenta de la Asociación de Vecinos El Rincón Gatuno.

Rosa
Vecina, amiga de Pepi y otra habitual de las conspiraciones comunitarias. Secretaria de la Asociación de Vecinos El Rincón Gatuno.

Fabio
El mejor amigo de Héctor, y la voz de la sensatez cuando no está demasiado ocupado siendo sarcástico. Vocal de la Asociación de Vecinos El Rincón Gatuno.

Valeria
Perfeccionista y de lengua afilada. Ama las telenovelas, pasar tiempo con su hermana Carmen y desayunar *croissants*. La aspirante estrella de Caza a tu *crush*.

Severino
Serio en apariencia, tierno en privado. Su gran habilidad: sobrevivir a las juntas vecinales sin perder el juicio. O casi. Amante de un buen culebrón.

Emilio
Amable, divertido y siempre dispuesto a cargar sillas, bolsas, cajas… o dramas ajenos si hace falta. No se mete en nada, pero está en todo.

Carmen
Hermana de Valeria y pareja de Genaro. Adora decir las cosas «tal como son». Desea que su hermana encuentre al fin el amor.

Genaro
Jubilado y pareja de Carmen. Le gusta el cocido madrileño, las tertulias en el bar y soltar verdades como puños, con más humor que mala leche.

César
Eterno indeciso, reservado, metódico. Fan de las normas y de no levantar sospechas. Aunque en el fondo… Bueno, mejor lo descubres tú.

Romeo
Todo entusiasmo y carisma. Es capaz de darle la vuelta a cualquier situación con una sonrisa y un comentario inesperado.

Estela
Nieta de César. Adolescente con más madurez emocional que la mayoría de los adultos. Dueña de Odín, el hurón más famoso del barrio.

Odín
Hurón. Sabe más de lo que aparenta. Siempre aparece en el momento menos esperado.

ÍNDICE

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
¡No te pierdas el relato gratuito!
Índice de personajes
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
Epílogo
Serie errores

Nota de la autora
Sobre la autora

1

Blog AAVV El Rincón Gatuno

CAZA A TU *CRUSH*

¡Volvemos de las vacaciones con las pilas recargadas y una noticia que os hará tilín! Agarrad vuestros calendarios y marcad a fuego la fecha: **¡el próximo sábado 13 de octubre, a las 20:30 horas, llega la SEXTA edición de nuestro mítico Caza a tu *crush*!** Y con esta, llevaremos seis jornadas de magia NON-STOP.

Sé que muchos esperáis este momento con redobles de tambores, pero para los nuevos vecinos, o los rezagados, ¡esta es una cita que no os podéis perder! Decenas de parejas han encontrado a esa persona especial, ¡con solo unos minutos de charla! Aquí, la que os escribe ha visto nacer historias de película.

Así que: **vestid vuestras mejores galas, aparcad la vergüenza en casa** (aviso: para el amor no sirve de nada) **y venid a disfrutar de dos horas** en las que, os lo prometo, **TODO puede suceder**: risas, miradas que hablan por sí solas, ¡y quién sabe si el comienzo de vuestra próxima gran aventura!

Detalles importantes:

- **Inscripción gratuita** (¡sí, GRATUITA!) hasta el **5 de octubre**. ¡No hay excusas!
- **Dieciocho mesas y una cuenta atrás…** La tensión y la emoción están garantizadas.
- Solo durante la **última hora** podrás repetir con la persona que te haya robado el corazón. ¡Prepara tu estrategia!
- ¿Mente en blanco? ¡No hay problema! Nosotros te proporcionaremos **posibles temas de conversación** para que la chispa salte sola.

- **¡Pista de baile para los más atrevidos!** Si el amor no te mueve los pies, la música se encargará de ello.
- Las consumiciones corren por tu cuenta. ¡Invitar a tu *crush* es decisión tuya!
- **Requisitos:** ser mayor de 55 años, no tener pareja y sí muchísimas ganas de ilusionarse.

Recordad: nuestro horario de atención al público, para resolver cualquier duda o para que os apuntéis a esta locura maravillosa, es de **martes a viernes, de 19:30 a 20:00.**

¡Os esperamos con los brazos abiertos y el corazón listo para la fiesta!

Y es que Cupido afilará sus flechas en El Rincón Gatuno, su campo de juego favorito. ¡Nos vemos el 13 de octubre para sumar historias de amor a nuestra comunidad!

2

Diez minutos, a lo sumo once. Ese es el tiempo de reacción de mis compañeros de la junta directiva de la asociación de vecinos. ¡Y es que lo sabía! Sabía que en cuanto anunciase en el blog la nueva edición de Caza a tu *crush*, la paz de las vacaciones se desvanecería, ¡puf! Hasta el año que viene, sensación escurridiza.

Dejo el café con leche sobre la encimera y cojo el móvil, que no cesa de vibrar; miedo me da. O siguen en modo zen, entusiasmados por cómo he anunciado el evento, o puede que el primer día de trabajo se les esté atragantando.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 08:12
¿Lo habéis leído?

Rosa 08:13
Sí. Está genial, Ana, ¡muchas felicidades! Lo has bordado. Será un éxito, ya veréis.

Fabio 08:13
Opino igual.

Héctor 08:14
Mierda.

Pepi 08:14
Eso. Demasiados comentarios en contra.

Fabio 08:15
¿Hay comentarios? ¿En contra?

Rosa 08:16
La leche. ¡Eso es mentira! ¿Quién será R2-D2?

Pepi 08:16
¿Y Motosierra13? Tampoco se queda atrás.

Fabio 08:17
La peña es una desagradecida.

Rosa 08:17
Necesitamos que las parejas manifiesten su opinión. Ana, ¿y si entrevistas a las más recientes y subes un artículo al blog? ¿Mañana?

¿Pero qué…? Cruzo el pasillo hacia mi cama, donde reposa el portátil, con la seguridad de que voy a encontrar puras explosiones de testosterona: Motosierra13 y R2-D2 la exudan en los apodos que han escogido. Me siento en el borde del colchón y respiro hondo. Allá voy. Actualizo y… ¡doce comentarios!

Jamás participan más de tres personas.

Mierda. Esto es el caos.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M
¡Me muero de ganas de que llegue el día! Tengo medio convencido a mi abuelo y espero que encuentre a su *crush*.

R2-D2
Todo el mundo sabe que estáis de capa caída. Las últimas dos jornadas fueron un fiasco. ¡Perdéis el tiempo y malgastáis el dinero de las cuotas de los socios! ¡¡Nueva junta, ya!!

Motosierra13
Esta directiva necesita una poda.

César M

Está claro que han perdido fuelle, pero esta es de las pocas cosas que hacen que valen la pena. Me gusta la junta actual; quizá solo estén cansados.

R2-D2
Cansados… ¡Incompetentes!

Motosierra13
De las tres parejas que salieron en julio, siguen juntas… ¡una! Cupido no sabe que existe El Rincón Gatuno.

R2-D2
Y de las seis de abril, quedan dos.

Carmen Díaz
Mi Genaro y yo seguimos enamorados y muy felices. No entiendo estos comentarios en contra de la junta. Es lo de siempre: nadie tiene tiempo para dedicárselo al barrio, pero sí para criticar a las personas que se vuelcan en él. R2-D2 y Motosierra13, ¿lo haríais mejor? Permitidme que lo dude.

Valeria Díaz
Digo lo mismo que mi hermana. Pepi, Héctor, Ana, Fabio y Rosa son un amor. ¡Arriba la junta! Seguro que Cupido se acordará de mí este 13 de octubre.

Severino H
No es justo culpar a los miembros de la asociación del desamor que puede surgir entre las parejas que nacen en los eventos.

R2-D2
Si es así, Severino H, deberían pensárselo antes de asegurar que Cupido afilará sus flechas. Además, ese día las consumiciones del bar de Pepi tienen precios mucho más altos, ¿a dónde va el dinero que se recauda? ¡Exijo explicaciones!

AAVV El Rincón Gatuno

Queridos vecinos y socios: cada año se presentan las cuentas en la asamblea anual. Además, estas son públicas y se pueden consultar, bajo petición escrita, en cualquier ocasión. En cuanto al evento, cabe decir que estamos felices de llegar a esta sexta edición, y estoy convencido de que será todo un éxito. Para cualquier duda o aclaración, tanto yo mismo como el resto de los miembros de la junta estamos a disposición de todos los socios.
Héctor Garrido
Presidente de la AAVV El Rincón Gatuno

Me tiemblan las manos. ¿Desde cuándo el anuncio de un evento se puede convertir en un arma arrojadiza? La gente es más idiota de lo que yo suponía. ¿De verdad creen que puedo lograr que Cupido afile sus flechas? Es un ser imaginario, ¡joder! Una forma de hablar, un poquito de esperanza frente a tanta soledad. ¿Y lo del dinero? Ven demasiada tele. ¿Creerán que tenemos cuentas en paraísos fiscales?, ¿un chalé en Torrevieja?

Me desplazo sobre el colchón hasta apoyar la espalda en el cabezal: menuda vuelta a la realidad. Dejo ir la mala hostia que me hierve en las venas con un resoplido demasiado fuerte; miro a Víctor, que ronca junto a mí como un oso resfriado. Anoche nos enrollamos, pero no comprendo por qué sigue bajo mis sábanas. Ya lo solucionaré después. Veamos:

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 09:12
Héctor, muy bien contestado, pero necesitamos algo más.

Rosa 09:12
Ana, ¿hiperventilas? Tú, ni caso. Con el currazo que te pegas con cada escrito… ¡Que les den!

Fabio 09:13
Ana, ¿estás bien?

Ana 09:13
Sí, sí. Es que… no dejan de entrar comentarios. ¿En serio creen que desviamos pasta? Sería lo último por ver, aunque no lo descarto.

Héctor 09:13
Prepararé las cuentas para que Ana las cuelgue en el blog.

Pepi 09:14
¡De eso nada! Nos centraremos en el evento. Es nuestra mayor fuente de ingresos, y no renunciaremos a ello por dos insurgentes.

Ana 09:15
Lo malo es que tienen razón: cada vez menos participantes forman pareja, y hoy son pocas las que siguen unidas. Deberíamos… demostrar que Cupido sí acude a cada una de las citas. Pero ¿cómo?
Rosa, lo de las entrevistas lo tenía en mente para darle vidilla al evento durante las semanas previas.

Rosa 09:17
OK. ¿Demostrar que Cupido está de nuestra parte? Querida, ¿te has dado un golpe?

Fabio 09:17
Ana, se te ha ido la pinza.

Pepi 09:18
Nada de dar explicaciones. ¡Se me ha ocurrido una idea! Nos vemos a las seis en punto en la asociación. Mantened la mente abierta; sé cómo salir de esta.

Héctor 09:18
Allí estaré.

Fabio 09:19
OK.

Rosa 09:19
¡Eres la mejor!

Ana 09:20
¡Genial!

3

El Rincón Gatuno se encuentra a solo tres calles de mi piso; con un poco de suerte, podría escabullirme de la reunión cuando Rosa se ausente para ir a buscar a sus hijas a la extraescolar de música. Alegaré que voy al médico, o a por cafés, con mi mejor cara. Mmm…, imposible. Ninguno de mis compañeros ha dicho ni media; no obstante, soy consciente de que el color ha abandonado mi tez y que mi pierna derecha no deja de menearse hacia los lados.

«Genial», fue mi respuesta exacta cuando Pepi afirmó que tenía la solución a nuestros problemas. Pero ¡esta vez se le ha ido bien la cabeza! Desde que ha compartido su gran idea, Fabio alterna la vista entre Héctor y yo, con la boca abierta; Rosa, entusiasmada, asegura que debemos elaborar una base sólida, y Héctor… Héctor respira tan fuerte que, incluso a dos sillas de distancia, escucho cómo inhala y expulsa el aire. Juraría que no le quita el ojo de encima a su madre. Puede que en menos de dos segundos explote, pero es solo una impresión. Su comportamiento resulta tan raro que adivinar lo que pasa por su mente equivaldría a comprar un boleto para la lotería en el último minuto y acertar.

—Fuera. Todos, menos Ana.

¡Ostras! Me hubiese tocado. En cuanto termine aquí, me paso por el estanco.

Mis tres compañeros abandonan la sala de reuniones/taller/biblioteca/minicocina sin objeción. Fabio me da un apretón en el hombro; Rosa guiña un ojo a Héctor, para después hacer lo propio conmigo.

—Pensadlo bien, es nuestra única salida —augura Pepi antes de desaparecer.

El silencio solo se ve enturbiado por una respiración más pausada de Héctor. Mis ojos permanecen fijos en el calendario de gatitos que cuelga de la pared, junto a la pizarra magnética. Diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta segundos. Dos minutos. Tres minutos. He ido a parar al infierno.

—¿Qué opinas? —Héctor acerca su silla hasta quedar frente a mí —. ¿Podría funcionar?

Elevo la cara para enfrentarlo. Espera paciente una respuesta sentado en la misma postura despreocupada de siempre, esa con la que parece que cada puñetero rincón del universo sea suyo. Pues que se lo tome con tranquilidad, que mi lengua está bajo cero.

Me llevo las manos a las mejillas y las froto. Un poco de calor, ¡joder!

—No sé si lo tuyo con Víctor va en serio o no. Podría suponer un problema.

¿Un *problema*? Qué sobrado es, Virgencita.

Niego con la cabeza. Ni se inmuta. Bajo los párpados unos segundos, me concentro y:

—Nadie creerá semejante fantasía —afirmo, con una vehemencia que no vi venir.

—¿Das por hecho que podemos hacerles creer que Cupido afila sus flechas para el evento, pero no que tú y yo seamos pareja?

Su tono. Ese maldito tono que utiliza cuando da el último vistazo a mis artículos, y que rezuma suficiencia, autoridad y una pizca de «¿esto es lo mejor que sabes hacer?», me repatea los higadillos.

—Jamás hemos compartido una sola actividad fuera de las estrictamente relacionadas con la asociación, ni siquiera somos amigos, ¿cómo pretendes engañar a los vecinos? De sobra saben que tú no eres la clase de chico en que suelo fijarme. Lo mismo se podría decir de mí, yo no… No. En absoluto. A tu madre se le ha ido la olla. Lo siento. Alguien tiene que manifestarlo en voz alta. —Lo suelto de carrerilla, con una voz aflautada que vergüenza me da.

Diez, veinte, treinta, cuarenta segundos. Me mata, su actitud me mata.

—¿Se te ocurre otra solución?

Ahora soy yo la que deja pasar el tiempo sin abrir la boca.

—Repito, ¿podría funcionar?

No. Ni de coña.

Pero como soy una sentimental de libro, dejar a los abuelos sin su momento de gloria trimestral me puede. Vaya asco de compañeros; entre todos han conseguido que yo sea la única responsable si el

evento se va al garete, y todo por mi falta de ganas de hacer un teatrillo del bueno.

—Apenas nos conocemos, Héctor. Nos descubrirán y será mucho peor el remedio que la enfermedad. No se me ocurre…

—Eso tiene fácil arreglo —me corta—. Con una base sólida, como dice Rosa, y que nos vean juntos por el barrio será suficiente. Esta noche perfilamos la historia por WhatsApp. Encárgate de Víctor. —Se levanta—. Serán cuatro meses; después volveremos a nuestras vidas.

—¿Cuatro meses? —Me incorporo de un salto.

—Ana, ¿en qué momento has desconectado?

—Mi cerebro se ha fundido cuando tu madre ha propuesto que nos hagamos pasar por pareja.

—Pues deben ser cuatro meses.

—Ah.

—Me voy, llego tarde al entreno. Quizá el próximo día podrías ir a verme.

No. No. No. Debo preservar un mínimo de control. Y de dignidad, dicho sea de paso.

—¡Alto ahí! —Sujeto a Héctor por el bajo de la camiseta—. Siéntate. Hay que establecer unas líneas rojas.

Héctor regresa a su posición en la silla. Parece que mi propuesta le ha hecho gracia, porque juraría que reprime una carcajada, aunque sus mejillas hundidas, que remarcan sus hoyuelos, dan el cante.

Levanta la mano para concederme el turno de palabra.

«Ana, tú puedes con lo que te echen», digo para mis adentros mientras doy un repaso rápido en mi cabeza a las novelas y películas románticas sobre parejas falsas, para crear mi propia lista de normas. Me centro en las más típicas y añado las que, bajo ningún concepto, me saltaría con Héctor. Voy a por papel y bolígrafo y me siento ante el escritorio.

—Acércate. No creo que se vayan a dar la mayoría de las situaciones, pero más vale dejarlo cristalino desde un inicio, ¿estamos?

—Sí.

Cuando empiezo a enumerar, Héctor se inclina sobre el folio, aproximándose en exceso. ¿Debería incluir un espacio vital mínimo? Sería estúpido, supongo. No me detengo; si levanto la cara para averiguar qué opina, capaz que me muero de la vergüenza.

¡Hecho! Suelto el bolígrafo, que me arde entre los dedos.

—¿Quieres añadir algún punto? —se me ocurre, demasiado tarde, la verdad, ya que no he dejado espacio para ello—. Podemos hacer un anexo.

Me mira. Uno, dos, tres; la madre que lo trajo. Coge el contrato y lo revisa con suma lentitud.

—Está perfecto. ¿Firmamos?

Contrato de relación falsa:

El presente contrato establece un acuerdo mutuo entre: Héctor Garrido, en adelante Parte A, y Ana Gómez, en adelante Parte B.

Ambas partes deciden instaurar una relación sentimental ficticia con el propósito acordado previamente entre las dos. Para mantener claridad emocional y proteger intereses personales, las siguientes reglas, o «líneas rojas», son obligatorias:

1. No involucrar sentimientos.
2. Nada de citas o planes en días especiales, como cumpleaños, aniversarios, Navidad…
3. Nada de comidas familiares; (nos excusaremos con que queremos ir despacio).
4. Prohibidas las muestras de afecto espontáneas: solo manifestaciones preacordadas.
5. No usar apelativos románticos, solo nombres propios.
6. No revelar informaciones íntimas del otro.
7. En caso de que surja la necesidad de besarse, será en la mejilla. Y nunca cuando no haya público.
8. Prohibido subir fotos de los dos juntos, o del otro, en redes sociales.

9. Nada de acercamiento físico, como darse la mano, fuera del acuerdo original, a menos que lo convengan explícitamente ambas partes.
10. Bajo ningún concepto las partes pasarán la noche juntas.
11. Prohibido decir «te quiero» o expresiones similares, aunque sea en broma.
12. Este contrato tiene una vigencia de cuatro meses a partir de la fecha de firma.
13. Solo las partes conocerán la existencia de dicho contrato.

Firma Parte A: Firma Parte B:

4

Grupo El Rincón Gatuno

Rosa 21:32
Niñas dormidas. ¿Empezamos?

Pepi 21:33
Copio el documento que he elaborado, a ver qué os parece.

Pepi 21:33
Operación Cupido Vecinal *(Aclaración para mis compañeros de la junta: podemos modificar cualquier punto, pero el nombre del proyecto se queda)*.

¿Qué queremos conseguir? *(Objetivos, pero en cristiano)***:**

- Que el evento Caza a tu *crush* tenga más vida que los gatos de El Rincón.
- Que nadie dude de que aquí las cosas se hacen bien, con pasión.
- Callar esas lenguas largas que aseguran que esta junta no ejerce como debe y se lleva pasta. Indignada sigo.
- Que en esta edición recaudemos más dinerito que sumando los beneficios de las cinco anteriores.

Antes de que continúe, ¿algo que añadir?

Rosa 21:37
No. Me tienes superenganchada, ¡emocionada!

Fabio 21:38
Todo OK.

Héctor 21:39
Al grano, que he quedado a las 22:30.

Pepi 21:40
¡Espero que no sea con una chica!

Ana 21:41
Yo también lo espero. Pepi, hasta ahora todo bien.

Héctor 21:42
Sigamos, por favor.

Pepi 21:43
¿Cómo vamos a lograr esta maravilla?

- Con una Edición Especial *(si me he venido muy arriba, avisad)*. Lo que he comentado en la reunión, más un plus: una historia de amor «espontánea y real» entre nuestros queridos Héctor y Ana *(gracias por aceptar la propuesta, chicos)*.

Calendario del amor *(y del evento, claro)***:**
Edición Especial:

- **3 de octubre:** presentamos, con bombo, platillo y alguna copita de anís, el programa especial. A los participantes que se hayan inscrito con antelación, se los convocará ese día a las 19:00 en la asociación para celebrarlo.
- **13 de octubre:** sexta edición de Caza a tu *crush*.
- **15 de octubre:** anunciamos a los finalistas que pasarán un fin de semana romántico en la casa rural *(toca buscar quién nos presta la casita gratis, que no estamos para derramas)*.
- **7, 14, 21 y 28 de noviembre** *(según el número de parejas que salgan)***:** subimos al blog las entrevistas de las parejas finalistas, al estilo de un programa del corazón, aunque sin peleas, por favor *(Héctor y Ana, os toca a vosotros realizarlas. Entre enamorados os entenderéis mejor).*
- **Del 5 al 8 de diciembre:** gran final en la casa rural, que esperemos que sea calentita, en todos los sentidos.

Antes de seguir, ¿todo correcto?

Héctor 21:52
Hay varios flecos: ¿en qué criterio nos basamos para escoger a los finalistas? En la gran final, ¿quién decidirá a los ganadores? Alguien deberá ir con ellos.

Pepi 21:58
¡Pues vosotros, hijo! ¿Quién pretendes que vaya con los enamorados? A veces pienso que te has caído de un guindo, la verdad. La primera criba la harán los propios participantes, y solo tres parejas se irán de puente. Para decidir quién gana, podemos subir una encuesta al blog, ¿a que es genial?

Rosa 22:00
¡Qué emoción!

Fabio 22:00
Solo le falta el lazo.

Héctor 22:01
Sigue.

Pepi 22:01
Viene el plato fuerte.
Relación falsa, pero muy convincente, de Héctor y Ana *(por etapas, despacito y con buena letra)***:**

- Lo primero, empezad ya a chatear por WhatsApp para que sepáis lo básico del otro: color favorito, alergias varias, red social preferida… Esas cosas que interesan a los jóvenes hoy.
- A partir de mañana, cada viernes os tendremos juntitos en la asociación, de 19:30 a 20:00, para que los vecinos vean cómo florece el amor entre vosotros *(echadle teatro, miraditas y alguna sonrisa tímida)*.
- A partir de la próxima semana, pondremos en marcha el plan sutil:

1. **Encuentro «casual»**: que dé contenido a las cotillas.
2. **Encuentro planeado pero «espontáneo»:** os reunís en un lugar transitado y conversáis de forma animada *(hablad bajito)*.
3. **Paseíto breve:** lugar bien visible, muy natural todo, sonrisas cómplices incluidas.
4. **Muestra pública de interés:** Ana, cariño, te vas al partido de Héctor, aunque no entiendas ni jota; Héctor, tú acompañas a Ana a la uni, aunque no entiendas ni jota tampoco.
5. **Subimos el nivel:** cena romántica en local concurrido. Hijo, te toca pagar.
6. **Salida romántica:** un paseo con toquecitos de mano y risas contagiosas, por favor.
7. **Encuentro con amigos:** integraos en vuestros respectivos círculos sociales; a partir de aquí, medio barrio hará apuestas, ya veréis.
8. **Cine y hamburguesa en el bar El Rincón:** aquí ya no seáis tímidos; abrazos y contacto físico, sin nada escandaloso, que os conozco.
9. **3 de octubre** *(idía clave!)***:** junto con el anuncio del evento, le confirmamos vuestra relación al público con un bonito eslogan tipo: «Cupido dispara sus flechas en El Rincón Gatuno».
10. **Y hasta pasados Reyes:** seguís enamorados. Sé que propuse cuatro meses, pero quizá necesitemos que transcurra más tiempo entre la final y la ruptura, para evitar sospechas. ¡Cuidado, que los insurgentes acechan!

Pepi 22:02
¿Cómo lo veis?
Rosa, ¿es una buena base?

Rosa 22:05
Querida, te has superado. ¡Será un bombazo!

Fabio 22:06
Sin palabras.

Pepi 22:08
Fabio, ¿te importaría comentar en los entrenos que últimamente ves a Héctor muy despistado? Nos iría bien crear expectación en su entorno antes de que salte la liebre.

Chicos, tenéis una gran labor por delante. El éxito de la operación depende de vosotros. ¿Queréis proponer algún cambio?, ¿teníais en mente otro inicio para vuestro amor?

Héctor 22:09
Cierro convocatoria hasta nuevo aviso.

Pepi 22:09
¿Por?

Rosa 22:09
¡Si la trama se sostiene!

Fabio 22:09
Mucho has tardado, amigo.

5

Hiperventilo.

A medida que leo la estrategia de Pepi, las líneas rojas establecidas en el contrato estallan frente a mí igualito que una *mascletá*: a una velocidad de vértigo, para dejar un vacío fúnebre tras ellas. Me siento en una silla de la cocina para no acabar desparramada por el suelo. De lo único que soy consciente es de las patas de Andrés sobre mi regazo, de cómo se hace una bola, del ronroneo con el que pretende consolarme. Mi respiración es demasiado acelerada.

Virgencita, échame un cable.

Hago un esfuerzo para centrarme en Andrés. «Colega, de esta no me salvas, lo sabes, ¿verdad?». Me comprende. Coloca sus patas delanteras sobre mi pecho para masajearlo mientras acaricia mi rostro con el suyo. La tensión disminuye. La respiración se acompasa. Andrés sigue; qué bien se le da.

Un nuevo pitido del móvil me devuelve a la realidad.

¿Un fin de semana rural con Héctor? Miradas, toques, risitas… ¡¿Por qué se supone que debo ser yo quien detenga semejante ida de olla?! Héctor debe de salir con alguien, joder. No me creo que nadie lo ronde, o al revés. Sí, esa es la solución.

Me levanto de un salto, puede que más emocionada de lo que debería, pero es un comienzo para frenar este sinsentido. Debo investigar su vida sentimental. Andrés me mira desde el suelo, desconcertado.

Quizá Fabio me contaría… No, es uno de sus mejores amigos, y además está en el ajo; me vería el plumero.

Me coloco frente al pequeño escritorio ubicado junto a la ventana del comedor y enciendo el portátil con la misión de escarbar en las redes sociales de Héctor hasta dar con la persona que me salve el pellejo. Recuerdo mi broma de que esperaba que a las 22:30 no hubiese quedado con ninguna chica. Mi intención era molestar, darle caña. ¡Que quede con quien quiera! Que forme una familia, para que

su madre lo pueda vender como la carambola de Cupido: afilador de flechas profesional, tirador experto y compinche de El Rincón Gatuno.

Otro pitido. ¿Debería contestar? ¿Ver qué más se le ha ocurrido a Pepi? O a Rosa, cuyo entusiasmo es demoledor.

Me pierdo en el blanco del techo. Si contesto, me bajaré de la pantomima y el plan se irá al garete; si no lo hago, enloqueceré en el proceso.

Otro mensaje más. Paso. Insisten. No estoy para nadie.

¿Cómo voy a ir con Héctor a la universidad? ¿Qué se supone que va a hacer mientras curro? Andrés se acomoda frente al teclado, su maullido de empatía máxima me concede una tregua. Me apoyo en la mesa y dejo caer la frente hasta unirla con la de mi amigo.

Una llamada. Pesados. Insisten. Uno, dos, tres… Al sexto tono cojo el teléfono, asqueada, convencida de que será Pepi con su artillería pesada. Virgencita, dame fuerzas para no mandarla a paseo.

—Olvida el plan de mi madre. Al menos, la parte que a nosotros se refiere. Se hará a nuestra manera. —La voz de Héctor es firme, pero a la vez emana comprensión.

¿Qué se supone que debo contestar? ¡Ah! Lo sé.

—¿No tendrás por ahí una amiga con derechos? Nos iría de coña.

—Ana…

—No, «Ana», no. Lo mío con Víctor es solo un rollo; infinito, dado que llevamos así la tira, pero nada que evolucione a más. Tú eres un tío serio, ¿seguro que no tienes a alguien?

—Ojalá fuera tan fácil. El objetivo es juntar a dos personas de la junta; suena estúpido: juntar, junta. El plan es bueno; también descabellado, es cierto, pero, por mucho esfuerzo que nos suponga pasar tiempo juntos, es genial.

Sus palabras caen sobre mí como una losa. ¿Por qué Pepi no propuso emparejarme con Fabio? Hubiese sido fácil, divertido. Con él congenié desde el minuto uno.

Es mi turno de hablar, pero no encuentro las palabras. Los segundos se suceden sin que ninguno de los dos intervenga. Para cuando me quiero dar cuenta, la respiración acompasada de Héctor

me hipnotiza. Siempre me ha sorprendido que sea capaz de mantener la calma en momentos tensos; eso cuando no explota, claro.

—Mi color preferido es el negro —dice con calma—. Representa la ausencia total de luz; eso me gusta. El segundo es el blanco, porque representa el todo. Me gustan los gatos y los perros por igual, ese es un dato importante. Tú eres de gatos, siempre lo has sido. Creo que soy de los pocos que siguen yendo al cine, al menos, entre mis amistades. Me cuesta la vida arrastrar a Fabio o a Eloy a ver una buena película en pantalla grande. —La risa que suelta es refrescante, inesperada—. Leo mucho, no juego a la Play ni tengo aplicaciones en el móvil, más allá de las que considero útiles; tampoco redes sociales, así que en ese aspecto puedes estar tranquila: no hay línea roja que se pueda cruzar.

»Ana, podemos lograrlo. Mi madre puede ser muy intensa e invasiva, lo comprendo. Pero sabes que aceptará nuestras condiciones. Y si decides no entrar en su juego, nadie te juzgará. Encontraremos otra salida, o no, pero no es tu responsabilidad ni tu obligación aceptar la propuesta. Piénsatelo. Nos vemos mañana.

Héctor cuelga. Y yo… yo sé que será un error. Es un error, me corrijo, en un grito interior. Porque no es futuro, es presente.

6

Faltan pocos minutos para que finalice el horario de atención a los vecinos y todavía no le he dado una respuesta a Héctor. Desde que abrimos, a las 19:30, no hemos parado; los comentarios en el blog, lejos de ahuyentar a posibles candidatos a la nueva edición de Caza a tu *crush*, han causado el efecto contrario: veinte participantes inscritos el primer día (ni en la primera edición alcanzamos esa cifra), junto con una cantidad ingente de chismorreo sobre las posibles identidades de R2-D2 y Motosierra13.

Atiendo a Valeria, a quien agradezco su optimismo y seguridad. Es nuestra aspirante estrella, y una mujer encantadora que busca una segunda oportunidad; ojalá este sea su momento. La abrazo y me gano un pellizco en la mejilla.

—Con lo que tú vales, y sin mozo. ¿En qué piensan los hombres de hoy día? —Niega con la cabeza, más perdida que un pingüino en el Sáhara.

—Ni idea, Valeria.

La voz de Héctor me tensa de una forma tan palpable que a la señora se le escapa una risita. A mí me da muy mal fario. Después, Valeria se despide de mí con otra carantoña y de él, guiñándole un ojo.

Me afano en atender al siguiente, cuando escucho a Severino cuchichear con Héctor:

—Ya no existen mujeres como ella. Llevo rondándola dos años, pero nada. ¿Algún consejo?

—Severino, ¿le has mostrado tu interés?

—¡Hablo con ella todos los días! Soy un caballero. —Se endereza en su metro setenta.

—De eso no hay la menor duda. Me refiero a si le has confesado tus sentimientos de forma abierta, sin dejar margen a una mala interpretación.

—¡Ah! Eso.

Héctor se despide de Severino con una palmadita en la espalda y yo me centro en la siguiente participante.

—Veintitrés personas apuntadas. Espero que no sea flor de un día y que la próxima semana vaya a más. —Héctor guarda la documentación del evento en la carpeta correspondiente—. ¿Y bien? —Se gira para recostar la espalda contra la pared. Cruza los pies—. ¿Qué has decidido, Ana? Sin responsabilidades ni obligaciones. A nuestra manera.

Me siento en la silla más alejada de su ubicación. Me cae mal. El único inconveniente, además de que Pepi está para que la encierren y echen la llave al mar, es que su hijo es… ¿imprevisible? Y controlador, autoritario, exigente. ¡Ufff! Detengo mi perorata interna. La decisión la tomé ayer, y fue un sí como una catedral.

—Acompáñame hasta mi portal y discutamos esa «manera nuestra». —Hago el gesto de las comillas en el aire—. Lo de la casa rural es un marronazo: te tocará dormir en el suelo, o en un colchón hinchable escondido debajo de la cama, me es indiferente.

—Bien.

Héctor cierra el local y enfilamos la calle. La acera es estrecha, de modo que cruzo las manos sobre mi pecho para no tocar, ni por equivocación, un milímetro de su piel. Parezco una momia, ¡joder!

—Quiero a tu madre, pero lo de ayer fue demasiado.

—Por lo general la sigues en sus planes. Eso no ha ayudado a que se contenga con este.

—¿Qué insinúas?

—No te molestes, anda. Te propongo un trato: nos turnamos en las propuestas. El primer paso lo decides tú, el siguiente, yo, y así sucesivamente.

—La palabra «turnar» forma parte de mi vocabulario. Continúa.

—Si una de las propuestas no convence al otro, no se lleva a término. Pero nada de excusas extrañas, deben tener sentido.

—¿Consideras que…

—No desmenuces cada frase que digo o no acabaremos ni en tres viajes a tu piso. Sigo: si uno de los dos censura una idea, deberá aportar una alternativa viable y que se adapte a la situación.

Conociendo a mi madre, en cuatro meses nos veremos envueltos en más de un embrollo. ¿Lo compras?

—Sí.

—Tema contacto físico: decidimos sobre la marcha. Es evidente que alguna muestra será necesaria, pero conozco parejas que apenas se rozan en público, más allá de algún abrazo o un gesto cariñoso. Lo sobrellevaremos. ¿Qué ocurre?

—¿Qué clase de amigos tienes? ¿Gestos cariñosos? ¿Apenas rozarse? Cuando creo que no puedes sorprenderme, ¡zas!

»Me los vas a tener que presentar, y solo por curiosidad genuina, no por… por esto. —Nos señalo.

—Esto —remarca— es una relación incipiente.

—¡Claro! Idéntica a la de tus amigos.

Giramos en la esquina; mi portal se encuentra a pocos metros. La pelota queda sobre mi tejado; jamás lo confesaré en voz alta, pero hubiese preferido que escogiese él.

—Llegamos. ¿Necesitas tiempo o…

—¡No! —lo interrumpo sin pensar—. Eh… Podemos, podemos… llamarnos el domingo, ¿te va bien a las doce? Para concretar el segundo paso. ¿Hecho?

Héctor acepta mi apretón de manos con las mejillas hundidas. Si explota en carcajadas, la tenemos. No puedo con él, en serio.

7

El móvil suena a la hora en punto. Andrés salta desde su torre para estirarse junto a mí, en el sofá.

—Hola —respondo.

—Buenos días.

—Buenas tardes. —Solo por picar. A las doce, ya son tardes.

Después, la nada. Diez, veinte, treinta… La pantalla del aparato marca un minuto y veintitrés segundos.

Me cae mal, joder.

—¿Es mi turno? —claudico, cansada.

—Sí, tu primer paso.

—Mi primer paso era concretar tu segundo paso.

—Ana, dijimos que nada de excusas sin sentido. Acepto llamada telefónica, pero debes aportar tu granito de arena para que nuestra relación prospere.

«Nuestra relación». Lo suelta tan tranquilo, incluso con un tonito guasón exasperante.

—El sol entra a raudales por las ventanas del comedor, el aire es fresco, hace un día perfecto para disfrutar al aire libre. ¿Qué harías si no estuviéramos ocupados en tramar un fraude?

—Los domingos por la mañana, si no tenemos partido, Fabio, Elías, Marta y yo salimos a correr, a las seis en verano, a las siete el resto del año. Más tarde, quedamos con el resto del grupo; luego como con mi madre, en ocasiones se nos unen Fabio y Elías. Las tardes las dedico a organizar la semana, ir al cine, un paseo… Lo que surja, con quien surja. Te toca.

—¿Siempre comes con Pepi los domingos?

—Sí.

—Eso está bien.

Visualizo la escena: es bonita. Pepi, aunque tenga mucho empuje y se encargue del bar y la asociación, se siente incompleta. No son pocas las ocasiones en las que nos ha confiado que la casa se le cae encima. La soledad le puede; son muchos años sin compañía.

—¿Sigues ahí? —susurra.

—¡Sí! Los domingos también salgo a correr. En realidad, corro a diario, aunque yo soy de tarde-noche, sin horario fijo. Me gusta acabar la jornada de esa forma: repaso cómo ha ido el día, las tareas del siguiente, incluso cavilo sobre posibles temas para los artículos del blog de la asociación. Las mañanas suelen ser tranquilas: recoger el piso, tomar algo con una amiga, la cuadrilla… Una vez al mes, voy a ver a mis padres, a mi hermana y a mi cuñado; evidentemente eso me ocupa todo el fin de semana. ¡Ah! Y me gusta comer en casa. Cocinar me inspira, aunque suponga una pelea continúa con Andrés, que pretende apoderarse de mis alimentos.

—Nunca he entendido cómo se te ocurrió cambiarle el nombre a Manchitas por Andrés.

—Manchitas es un nombre muy común. Y se lo puso tu madre.

—Menuda lógica la tuya. Andrés es de lo más extravagante, ¿no?

—Para un gato, sí. —Acaricio a mi amigo.

—Cierto. Pero sigo sin comprender el motivo.

Me levanto, consciente de que si sigo dándole más vueltas a la respuesta, mis neuronas estallarán. Es ofrecerle demasiado, dejarle ver en exceso. Andrés juega en la pared de enfrente con las luces que se reflejan desde el espejo colgado tras de mí.

Él era lo único. Todavía lo es.

Me rindo antes de iniciar siquiera una lucha interna un tanto convincente. Héctor insistirá hasta obtener una respuesta satisfactoria.

—¿Conoces la canción *Donde manda marinero*, de Andrés Calamaro?

—Por supuesto.

—Me gusta. Sin embargo, llamarlo Calamaro hubiese sido cruel.

Espero su reacción, que me asegure que es uno de mis disparates, pasar al siguiente tema.

—Entiendo.

—Para el próximo jueves, ¿te parece que postergue el artículo previsto y escriba uno para que las familias animen a sus mayores a participar en el evento? Es un hilo del que jamás hemos tirado;

podría funcionar. —Echo el ancla en terreno conocido. Ese «entiendo» ha sonado pantanoso.

—Escríbelo y después decidimos. —Héctor, el jefe, reaparece con una facilidad que me deja a cuadros—. Y otra cosa —ahora viene la regañina—: si queremos que nos crean, nada de temas de la asociación cuando salgamos por ahí, ¿sí?

—¡Ufff! Vale.

—¿Vale, qué?

—«¿Vale, qué?» Vale, nada.

—Ana, suéltalo.

—Nada.

—Si para averiguar lo que te ha volado la cabeza debo acercarme hasta tu piso, que así sea. Cuento hasta cinco: uno, dos, tres, cojo las llaves, cuatro, llego a la puerta…

—¡Joder, me agotas! —Me tapo la boca en cuanto lo suelto.

Una carcajada reverbera al otro lado de la línea. Me paralizo, Andrés se paraliza, el puñetero mundo se paraliza. ¿Desde cuándo este hombre manifiesta síntomas de humor?, ¿conmigo?

—Venga, Ana, no puede ser tan horrible —asegura entre risas mal contenidas.

—Es una estupidez.

—No importa.

—Verás… Nos encontramos en una situación en la que tú ejerces poder sobre mí. Ya sabes, jefe-empleada. Lo último que me gustaría es que nuestra *no relación* nos afectase en la junta.

No contesta. Cabeceo, preguntándome por qué seré tan bocazas.

—No es ninguna estupidez. Lamento no haber aclarado ese punto, me correspondía a mí sacarlo. En primer lugar, mi madre me caparía si una idea semejante se me pasase por la cabeza; en segundo, jamás se me ocurriría; tercero, nunca te he visto, ni a ti ni a ninguno de los demás miembros de la junta, como subordinados. Somos un equipo, cada uno con su rol bien definido. Invertimos nuestro tiempo en la asociación por puro amor al prójimo; si hubiese mal rollo, ¿qué sentido tendría?

Es locuaz, como siempre.

—Genial, entonces.

—Estupendo. Te dejo, debo ir a casa de mi madre. Ya sabes, a comer.

—Cierto. Después de esto, ¿qué viene?

—El martes podemos correr juntos. Cuando salgas de casa, envíame un mensaje, dime por dónde irás y me haré el encontradizo. Será un buen chisme para los que controlan los horarios ajenos, ¿te parece?

—Claro. Que vaya bien la comida.

—Gracias. Feliz vuelta al trabajo, Ana.

Cuelga. Andrés estira sus patas, el lomo, salta a su torre; me observa con esa cara de aviso con la que, si no es porque sería para que me encerrasen, juraría que me lee el pensamiento y me aconseja que desobedezca a mi instinto.

—Amigo, serán cinco minutos de nada —miento, a la vez que abro el portátil para realizar una búsqueda exhaustiva sobre la huella digital de Héctor. ¡Debe de tener a alguien!

8

Veo a Héctor con una de sus piernas flexionada sobre el banco. Desde aquí, la imagen podría catalogarse de explosiva. Literalmente: el cielo detrás parece una paleta que un pintor volcó sin contemplaciones, una mezcla de naranja quemado, rojo carmesí y amarillo dorado, como si el universo hubiese decidido organizarle una sesión de fotos al atardecer, en el parque. Las nubes se tiñen de rosa y lavanda, mientras el azul añil se cuela por las esquinas con intención de poner fin al espectáculo. Y él, ahí, en pose casual, como si no conociera el efecto que provocan sus músculos. ¡Pero ¿qué demonios?! Ni pienso como la protagonista de una novela romántica empalagosa ni miro a Héctor de esa… esa… BORRADO de disco duro en tres, dos…

—Buenas noches, Ana. ¿Te importa si me uno?

—Vamos. —Brusca, borde y con los ojos fijos en el parterre que hay tras él.

Se adapta a mi ritmo. Yo evito cualquier tipo de contacto. Después de cuatro kilómetros sin palabras, Héctor ralentiza la marcha, obligándome a reducir la mía.

—Te toca escoger propuesta. —Seco, exigente. Muy él.

—Repetimos mañana. Como hoy: te aviso por mensaje cuando salga de casa.

—Nos vemos.

Su tono me irrita. No es un «nos vemos» amable, es un «nos vemos» sobrado, controlador, de una suficiencia que incita al homicidio. Aun así, la carcajada que escuché por teléfono el domingo resuena como un eco constante en mi cerebro, y el chico que me llamó se erige como un enigma tentador del que me gustaría desentrañar hasta la última célula.

Héctor coge el sendero a la derecha. Apenas quedan corredores; un par de personas con sus perros y Estela con Odín, un hurón muy simpático. Carmen y Genaro, pareja estrella en el último evento de Caza a tu *crush*, cruzan el parque a pocos metros de mí. Seguro que

van de camino a su piso tras ver un episodio de la telenovela de turno en casa de Valeria (su plan de los martes, jueves y domingos). La estampa es idéntica a la de cualquier otro día, pero no.

Mañana hablaré con Fabio; debe de haber una chica, aunque esté oculta bajo toneladas de rocas. Debe existir, *tiene que* existir, por mucho que mi búsqueda en redes haya resultado fallida.

9

El parque a esta hora parece otro: farolas trémulas, sombras alargadas, el aire fresco de las noches de septiembre y mucha tranquilidad. Coincidimos (entre comillas, y con más reticencia que buena voluntad por mi parte) en el mismo banco de ayer. Sin preámbulos, ni darme la opción a parar o saludar, Héctor arranca a correr.

Durante los primeros kilómetros, me concentro en el ritmo; más tarde, en el golpeteo de nuestras zapatillas contra la grava. El silencio no pesa como hace unas horas, pero tampoco flota. Se ha instalado entre nosotros como un actor más de este nuestro espectáculo.

Veinte minutos después rebajo el ritmo; él ajusta su velocidad en cuestión de segundos. Me descoloca lo bien que nos sincronizamos, cómo sus gemelos… ¡NO! Borrado inmediato en tres, dos, uno. Escojo mi lista de música favorita en el móvil, le doy al *play*. El hombre que ondea junto a mí sobre el pavimento, como si el esfuerzo representara un concepto lejano para él, habla:

—El viernes, en la asociación, acordamos mi siguiente propuesta.

Y se va. Así, sin más. Como si soltar frases crípticas fuera una despedida aceptada socialmente. Tengo dos opciones.

Opción A: cometer un asesinato en una vía pública.

Opción B: llamar a Fabio.

—¡Ana! ¿En qué puedo ayudar a mi bloguera preferida?

—Necesito deshacerme de tu inestimable…

—Imposible. Renuncié a mis servicios como sicario el año pasado; demasiado estrés y dramatismo.

—No me has dejado acabar.

—Ni falta que hace. Héctor, en las distancias largas, es encantador; en las cortas es… no me viene la palabreja exacta: diferente, especial, complejo. Dale tiempo.

—No es encantador.

—Sí lo es.

—Ni un ápice.

—¿Qué ha pasado?

—No funciona, ¡ni siquiera somos amigos!, ¿cómo vamos a entendernos?, ¿a tener credibilidad? Acabamos de ir a correr, varios kilómetros el uno al lado del otro, sin intercambiar una sola palabra. Y ¿sabes qué? No, claro que no, porque es tu *amigui* y es *encantador*, pero, sin apenas proponérselo, se hace pasar por un auténtico gilipollas —digo de carrerilla, sin respirar y caminando hacia mi piso más rápido de lo que andaría una persona cabal.

—Bestial. Tres días juntos e iba en serio lo de cargártelo.

—Fabio, no estamos juntos. ¿De verdad que no hay nadie en su vida? Es que… no puede ser. Siendo objetiva, y aunque me cueste más que un dolor de muelas reconocerlo: está bueno. Solo por eso, debe de tener admiradoras.

—Calificar tus palabras de superficiales es quedarse corto, aunque juraría que te encuentras bajo una situación de gran estrés, por lo que no te las tendré en cuenta. Ana, no hay nadie, o nadie que a él le importe, que vendría a ser lo mismo.

—Mierda, mi única vía de salvación, retrete abajo.

—No te desanimes. Dale un poco de cancha; la comunicación no es lo suyo.

—Pero ¿no era encantador?

—Y lo es. Anda, vete a descansar. Mañana será otro día, no le des vueltas al tema. Si has decidido meterte de lleno en este circo es porque te pesa más dejar a los abuelos sin su *crush* que compartir tiempo con Héctor. Pásalo lo mejor que puedas y, cada vez que mi *amigui* te exaspere, sabes dónde localizarme.

Deposito las llaves sobre el mueble del recibidor. Andrés se pasea entre mis piernas en busca de carantoñas.

—Amigo, ha sido un fiasco. —Me dejo caer en el sofá. Andrés, de un salto, se coloca sobre mis muslos—. Fabio asegura que debo darle tiempo, como si esta relación fuera real y yo tuviese algún interés en su *amigui*. Una propuesta de lo más absurda, ¿verdad? En fin, me ducho y cenamos.

Voy camino del baño cuando suena el móvil. Lo cojo, convencida de que es Fabio y de que sus palabras de antes fueron una broma

pesada.

—¿Algo que decir?

—Discúlpame. —Es Héctor.

—¿Por qué?

—Por ser parco en palabras y un tanto borde. Mi vuelta al trabajo ha sido terrible y has pagado el pato tú. Perdóname, por favor. Hasta ahora hemos tenido unas citas penosas.

Me despego el móvil de la oreja. ¿Fabio lo habrá llamado?

—Vale. Bien. Disculpas aceptadas. ¿Cómo lo arreglamos?

—Deberíamos compartir alguna información, para compensar tanto silencio, ¿te parece?

—Bueno, tú primero.

—Me lo merezco. Déjame pensar… ¡Lo tengo! Cuando era pequeño, íbamos a veranear al pueblo de mi madre: poca gente, mucho bosque, una piscina enorme y un grupo de amigos en bici. Todos los agostos, desde que tengo memoria hasta hoy, pasamos unas semanas acompañados de la familia al completo. Al principio, acostumbrado a estar solo con ella, yo odiaba compartir a mi madre. Le di varios disgustos en aquella época.

»Sin embargo, mi actitud cambió a los nueve años, cuando mi prima Sara me convenció de ir a casa de sus compañeros de travesuras, para ver trabajar a su padre. Rosendo era herrero, y sus creaciones, extraordinarias. A partir de aquel día, nada más despertarme salía escopeteado hacia su taller para pasar el máximo tiempo posible observándolo. Por las tardes, el grupo de críos se sumaba y nos bañábamos en la balsa que Rosendo tenía en su huerto. Más tarde, mis tías y mi madre nos daban la cena. Para acabar la jornada, un paseo sobre dos ruedas, en plan cuadrilla por las calles. Esos momentos, para mí, son la definición exacta de felicidad.

A medida que hablaba, me he sentado en el retrete.

—¿Rosendo no tendría una hija de tu edad?

—No. —Y sé que se muerde una carcajada.

—¿Unos años mayor?

—Dos varones, uno de mi edad y otro menor.

—¿Seguro?

Y entonces sí, explota. Y no sé por qué, pero ese sonido es el primer atisbo de un Héctor al que me gustaría conocer.

10

Blog AAVV El Rincón Gatuno

¡Que nadie se quede en casa!

¡A todos los socios!:

Sabemos que esperas que nuestros mayores disfruten de la siguiente edición de Caza a tu *crush*. Aquí tienes una lista divertida para animarlos desde casa.

- **Explícales con cariño (y humor) qué es un *crush.*** Si aún no lo saben, ¡sorpréndelos! Aunque, cuidado, quizá ellos estén mejor informados que tú.
- **Ayúdalos a elegir su modelito ideal**. Eso sí, ¡comodidad ante todo! Nada de corbatas o tacones incómodos que les dificulten el baile.
- **Motívalos antes del gran día.** Agita los pompones, para que vengan con ganas y cero nervios. ¡Que dejen la avergüenza aparcada junto a las zapatillas de andar por casa!
- **Asegúrate de que no se olvidan nada.** ¿Caramelitos? ¿Medicación? ¡*Check*!
- **Organiza el transporte si lo necesitan,** pero despídete en la puerta con un beso y un empujoncito amistoso. ¡No vale quedarse espiando desde la esquina!
- **Después del evento, busca un rato con ellos para la sesión de cotilleos.** Querrán contarte cada detalle: quién les ha gustado, con quién han reído y quién ha bailado mejor.

Concédeles espacio para que vivan la experiencia solos. Ellos también necesitan sus momentos de independencia y misterio.

¡Ya lo sabes! El 13 de octubre, a las 20:30 horas, la diversión y la ilusión del evento Caza a tu *crush* se reservan para los mayores. Tu misión: animarlos desde el banquillo (de casa) y prepararte para escuchar sus aventuras al regresar. ¡La presencia de Cupido, lanzador de flechas profesional, está garantizada!

Recuerda: **evento exclusivo para mayores de 55 años**.

Importante: nuestro horario para resolver cualquier duda o para inscripciones es de **lunes a viernes, de 19:30 a 20:00.**

El móvil vibra con insistencia en el primer cajón de mi despacho. Los ojos del alumno de turno, que pretende arañar cuatro décimas en el examen sorpresa con el que les di la bienvenida el primer día de clase de Biología 1, arquea las cejas y alterna la vista entre mi cara y el mueble. Ni puñetero caso. A ninguno de los dos. Al chico, porque no le entra en la mollera que el objetivo de la prueba es evaluar el nivel de partida del aula, y al móvil, porque será el chat grupal, con el escrutinio de los comentarios al artículo que he subido al blog justo antes de que don Empezar-el-curso-en-el-punto-de-mira-supone-mucha-presión llamase a mi puerta.

Consigo deshacerme del muchacho en unos cinco minutos, tiempo, TODO, en el que el brrr, brrr no cesa. Si la dinámica de aquí a que finalice la operación Cupido Vecinal va por estos derroteros, Virgencita, llévame contigo.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 09:18
¡Son unos impresentables!

Rosa 09:19
Me cuesta creer que personas de esa calaña vivan entre nosotros.

Pepi 09:19
No había caído en eso. ¿Quién cumple un perfil así?

Rosa 09:20
Es que no me viene nadie a la cabeza; lo intento, mira que pierdo tiempo en ello, pero nada. Mi marido apuesta por algún exparticipante descontento, o alguien que quiera ocupar un puesto en la junta directiva.

Pepi 09:20
Quizá sea eso. ¿Por qué los jóvenes no comentáis nada?

Rosa 09:20
Están en el trabajo.

Pepi 09:21
Igualito que nosotras. En fin, no sé si es más insoportable R2-D2 o Motosierra13.

Rosa 09:21
R2-D2.

Pepi 09:21
Sí, R2-D2.

Rosa 09:22
Carmen, Valeria y Estela son un amor, pero ellos… ¡Me hierve la sangre!

Pepi 09:25
Disculpa, me han pedido un pincho de tortilla. La gente empieza a preguntar sin cortarse un pelo.

Rosa 09:25
¿Y qué les respondes?

Pepi 09:26
Que a nosotros nos avalan nuestros actos. Si alguien quiere nuestros puestos, que se presente a las próximas elecciones.

Rosa 09:26
¡Tomo nota! Que Motosierra13 asegure que pagamos a las parejas para que se hagan pasar por novios…, ¡menuda vergüenza! Ni que esto fuera un *reality*.

Pepi 09:28
Como sigan echándonos mierda, habrá que idear un plan de contingencia que nos permita calmar las aguas hasta el 3 de octubre.

«Por encima de mi cadáver», exclamo para mis adentros en el instante en que el decano entra en mi despacho, con cara de que los tiempos pasados fueron mejores. ¡Bienvenido al club!

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

R2-D2
Pretender que la familia engatuse a sus mayores para llenaros los bolsillos es despreciable hasta para vosotros.

Motosierra13
R2-D2, ¡estoy contigo! Menuda jugarreta rastrera se han marcado. Se dice por ahí que untan a los participantes para que se hagan pasar por pareja durante unas semanas.

César M
Muy buenas recomendaciones.

R2-D2
Motosierra13, viendo cómo gestionan la junta, no me extrañaría en absoluto. ¡Queremos ver ya las cuentas!

Motosierra13
A mí, lo que más me escama es el silencio.

R2-D2

Quien calla otorga. De toda la vida, vamos.

Carmen Díaz
No comprendo tanta agresividad. R2-D2 y Motosierra13, ¿sois felices?

Valeria Díaz
Imposible que lo sean.

Severino H
Se vierten acusaciones muy graves, caballeros.

R2-D2
Eso, dejad que la felicidad os nuble el juicio mientras ellos llenan sus arcas.

Estela M
Gran entrada la de hoy. ¡Muchas gracias!

11

—Gracias por placar a tu madre. De no haber intervenido ayer, para la hora de la comida nos hubiéramos encontrado con otra estrategia de las suyas.

Héctor aparta la vista de la carpeta de inscripciones al evento. Acabamos de alcanzar los veintisiete participantes.

—No se merecen. Créeme si te aseguro que soy el primero al que no le interesa verse envuelto en sus locuras.

—¿Locuras? ¿Tu madre? Primera noticia —ironizo, a la vez que apilo las dos últimas sillas que habíamos colocado para que los asistentes se acomodaran mientras realizábamos las inscripciones.

—Es la persona más apasionada que conozco. En ocasiones necesita que su hijo, que es infinitamente menos impetuoso, le ofrezca otro punto de vista.

Concentrada en su perfil, lo observo despejar la mesa. ¡Me acompaña la versión Héctor *amigui*! Menuda suerte la mía (me temo que no es sarcasmo).

—¿Se lo tomó bien? —prosigo.

—No descarto que tenga un par de versiones del plan en su portátil, pero, por lo pronto, no tirará de ellas. Lo que tiene de apasionada lo tiene de sensata. A veces, si la pillas a tiempo de que se venga muy arriba, se conforma.

Asiento, ahora con la escoba en la mano. Mientras Héctor remata el papeleo, limpiaré un poco, más por evadirme en mis pensamientos que por necesidad. Me pregunto qué propuesta tendrá en mente. No hablamos de ella el miércoles por la noche.

La puerta se abre.

—Lo siento, me ha sido imposible llegar antes, ¿puedo inscribirme todavía? —Al hombre se lo ve apurado.

—¡Por supuesto! Pasa. Necesitaré tu número de socio, si lo eres, y algunos datos personales.

—Muchísimas gracias. Creo que no nos conocemos; soy Romeo.

—Yo, Ana, me encargo del blog, y él es Héctor, presidente de la asociación. —Romeo me saluda con dos besos, a Héctor con un apretón de manos—. ¿Eres nuevo en el barrio?

—Sí y no. Viví en él hasta hace un año, y regresé hace un par de semanas. Pepi me ha comentado lo del evento y que puedo recuperar mi antiguo número de miembro de la asociación.

Romeo resulta ser un madurito encantador. Se le nota a la legua que tiene don de gentes: cualquier mujer con un mínimo de sensatez regalaría su pijama más cómodo a cambio de pasar con él una noche de cháchara. Es atractivo, simpático, agradable; abogado recién prejubilado, ¡cincuenta y nueve años! Es un caramelito, mires por donde mires. ¿Qué diantres lo ha conducido a querer cazar un *crush* en El Rincón Gatuno?

—Y con esto lo tenemos todo. Deseo que Cupido te lance una flecha el próximo día 13 —le digo, y le entrego la papeleta con los datos relevantes del evento.

—Ojalá te escuche. Chicos, gracias por vuestra amabilidad. Nos vemos por el barrio.

Romeo cierra la puerta al salir.

—¿Te apetecen unas tapas? Te reto a ver cuál de los dos adivina qué hace un hombre como ese en un lugar como este.

Y lo suelta con tanta gracia que… ¿cómo negarme?

12

Media hora más tarde, sentados en una terraza en plena calle principal, con un par de aguas, una ración de pulpo a la gallega y una ensalada para compartir, empieza nuestro cuarto encuentro. No obstante, para ser sincera, no me percato de ello hasta el momento en que Héctor se acoda en la mesa.

—Solo para que conste en acta: dale *check* a mi turno.

—Solo para que conste en acta: gracias por la información.

—Todo en orden, pues. Ahora, lo que nos ha llamado la atención a ambos: ¿qué se le habrá perdido a nuestro participante en Caza a tu *crush*?

La voz cargada de misterio con la que Héctor pronuncia «participante» aumenta mi expectación. ¡Vamos a jugar a los acertijos! Exhalo el aire de mis pulmones despacio, con la tranquilidad que ofrece la promesa de una cita tranquila, y excitante. Sí, tranquila y excitante, todo a la vez. Con un gesto de la mano, Héctor me reta a iniciar la lluvia de ideas de la velada.

—Está claro que es un hombre de buen ver.

—¡Oh! Muy comedida, Ana. Que tú y yo no interactuemos a menudo no significa que no te escuche evaluar de pies a cabeza, con Rosa, mi madre o Fabio, a cada hijo de vecino que entra en la asociación o en el bar.

Una carcajada se me escapa. ¿Lo sabía? ¡Por supuesto! Ahora lo veo. Y yo, pura inocencia, muchas veces exagero mi percepción con la intención de irritarlo o perturbar esa flema con la que parece venir de serie.

—Culpable. —Levanto la mano derecha—. No encaja en nuestro evento, por lo que si es joven, atractivo, amable y sin pareja (buscándola, detalle importante) es porque oculta un gran secreto que solo deja entrever a los pocos meses de relación. Momento en el que sus parejas huyen despavoridas. Tu turno.

Como es habitual en él, se toma su tiempo. Mientras espero, me llevo a la boca un trozo de pulpo, que se deshace en ella. A nuestro

alrededor, los demás comensales parecen disfrutar de la temperatura fresca y de la puesta de sol. Sería un lugar ideal para acudir con alguien que te importa, la verdad. Tomo nota para mi próximo… lo que sea.

—Ha sido un adicto al trabajo y se acaba de dar cuenta de que en la vida hay algo más. Antes de descargarse una aplicación de citas, prueba en el evento.

—¡Buah! Muy típico.

—Maquillaje.

—¿Qué?

—Maquillaje. En realidad, su piel es un campo de minas, por lo que, cansado de que lo descarten por su aspecto, cada mañana se la cubre con dos kilos de maquillaje.

—Mmm… ¿El sudor no lo derretiría? ¿Cómo lo gestiona en la playa? ¿O en la piscina?

—Vale, mi idea no es perfecta.

—¡Lo tengo! —grito, tan alto que la gente que nos rodea deja, por un instante, sus conversaciones para volverse hacia nosotros—. En estos meses en los que ha estado fuera, se ha sometido a varias cirugías para mejorar su aspecto. Su objetivo es utilizar el evento como escaparate para mostrarles a los vecinos su cambio.

—Podría ser viable —afirma con una seriedad impostada.

—Quizá es un mercenario. Su profesión era incompatible con mantener una relación estable y, ahora que ya no ejerce, sale al mercado.

—Por eso tiene conocimientos legales. Si alguien le preguntase, sabría qué contestar.

—Héctor, ese giro no lo vi venir. ¡Fantástico! —Aplaudo.

—Bien, la hipótesis de mercenario jubilado que busca el amor gana por goleada; de aquí al evento, seguiremos dándole vueltas. El autor de la mejor idea, y la que más se acerque a la realidad, ganará una invitación a cenar, ¿sí?

Estrechamos nuestras manos para sellar el acuerdo. Yo, con una sonrisa que se desvanece en cuanto su tacto me envuelve con calidez; él, con un rictus serio que se suaviza en el instante que nuestras pieles se rozan.

Debería ser incómodo. Si me apuras, una sensación normal, neutra. No lo es.

13

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 11:14
En la panadería, Anabel me ha soltado que, últimamente, se ve mucho a Héctor con Ana, que si yo tenía algo que compartir. E Inés, la vecina del primero, me ha preguntado si Héctor había dejado atrás la soltería. ¡Lo habéis conseguido! El rumor de una relación entre vosotros corre como la pólvora.

Rosa 11:18
¡Genial! Y vamos con tiempo para consolidarla antes del día 3. De aquí a final de mes, necesitamos muestra pública de afecto.

Héctor 11:21
Ana, ¿cómo sigues?

Pepi 11:24
¿Qué ocurre?

Héctor 11:25
Se ha levantado con fiebre, nada grave.

Rosa 11:25
¿Está sola? La fiebre es muy traicionera: sube en un segundo y a correr se ha dicho. Querida, necesitas compañía, ¿quieres que me acerque?

Héctor 11:26
Hace un rato me ha dicho que iba a acostarse. Dejadla descansar.

Pepi 11:28
Hijo, ven a casa. Prepararé una bolsa con la comida y la cena para Ana y se la llevas. Tengo una copia de las llaves de su piso.

Un olor a caldo, del tipo que despertaría a un muerto de su sueño eterno, inunda mis fosas nasales. Me incorporo sobresaltada. Repaso la habitación como si fuera la primera vez que me encuentro en ella; no veo a Andrés. Por la puerta, que había dejado abierta y que ahora descubro entornada, penetra un haz de luz proveniente del comedor. Me levanto con sigilo; en mi cabeza resuena un «¡NOOO!» prolongado. Supongo quién es, y… NO.

—Lo siento. —Héctor sirve un plato de sopa en la mesa—. El plan era dejarte la comida en la nevera e irme, pero te he visto hecha un trapo, Ana. Otro día, avisa.

Quiero gritarle que quién se ha creído que es para invadir mi espacio, que me devuelva las llaves que le dejé a Pepi para una situación de emergencia.

—¿Te ves bien para darte una ducha rápida antes de comer?

Virgencita, menuda imagen debo de proyectar: el flequillo pegado a la frente, la camiseta, al pecho; debo de parecer una pordiosera… Espera, espera, espera. ¡Al *pecho*! Mierda. No llevo sujetador. Clavo los ojos en Héctor, que tiene los suyos fijos en los míos. Juraría que lucha por no bajarlos. Eso es que ya sabe lo que encontraría. ¡Fantástico! Todo genial, todo bien, todo estupendo.

Me meto bajo el chorro de agua dándole excesivas vueltas a la situación. Andrés, sentado sobre el retrete, me mira con pena. Para cuando salgo, la decisión que he tomado es la propia de una persona adulta y sensata: agradecer el gesto, comer y despedir. Tres pasos fáciles, rápidos e indoloros.

—Justo a tiempo. —Héctor retira la silla para que me siente.

FLIPO.

—Gracias. Por todo. No hacía falta. —Bajo la cabeza para oler con avidez el plato—. Huele fenomenal. Puede que sí hiciese falta.

Héctor coloca sobre la mesa la jarra de agua fresca y ocupa un lugar frente a mí.

—En la nevera encontrarás más caldo, croquetas, albóndigas en salsa, tortilla de patatas, macarrones y pechuga de pollo rebozada.

—Es coña, ¿no?

—En absoluto. Los domingos, mi madre cocina para toda la semana; me ha enviado con dos raciones de cada comida y tres

litros de caldo.

—Oh.

Me llevo la primera cucharada a la boca; el gemido sale sin previo aviso.

—Brutal, ¿verdad?

Héctor, el *amigui*. Mejor; no veo a mis neuronas preparadas para su otra faceta.

—Súper.

—¿Te encuentras mejor?, ¿sigues con fiebre?

Engullo la tercera cucharada.

—Dormir me ha sentado de muerte. —Se me escapa una risita, de las tontas; parezco una cría. Héctor niega con la cabeza—. No sé si tengo fiebre, creo que no, aunque sigo agotada.

—A quién se le ocurre.

Abro la boca para replicar. Sería gastar saliva en balde. Tiene razón, aunque es algo que hemos hecho todos, ¿no? Ayer por la noche, después de un día gris, con nubes densas y un viento frío, salí a correr por el parque: la semana había ido a peor en el trabajo, no encontraba las palabras justas para el artículo del próximo jueves, el Héctor misterioso ocupaba mi mente (imperdonable), y la conversación con Víctor para zanjar nuestra no relación me tenía exhausta, preocupada y sin capacidad para razonar. En esa situación, el viento en la cara y mis pies trotando sobre la gravilla se me antojaron el mejor antídoto, por mucho que el cielo se cayera sobre mí. Literal.

—¿Te apetece algo más? —Héctor retira los dos platos junto con los cubiertos. Andrés lo sigue.

—No, gracias. Pero tú come, no te cortes.

Héctor abre la nevera, le echa un vistazo, masculla algo, la cierra. Coge una manaza del frutero, un cuchillo del cajón, un plato del armario. Se lava las manos, la manzana, se sienta, la corta y la empuja hacia el centro.

—Compartimos, ¿sí?

—Después llamaré a Pepi para darle las gracias —digo con un trozo de fruta entre los dedos.

—Ya la llamarás mañana, hoy descansa.

Asiento. Comemos en un silencio cómodo. Después, Héctor vuelve a adueñarse de mi cocina: recoge la mesa, coloca los platos en el lavavajillas, limpia la encimera, incluso barre el suelo. Ver que encaja a la perfección en mi espacio me alerta. Ni siquiera Víctor fluía como él. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, y no es por la fiebre, que ahora no tengo.

—¿Quieres dormir un poco más? —indaga, dándole de comer a Andrés.

—No. Prefiero sofá y portátil. Sigo atascada con el artículo para el jueves.

—Olvídate de él; primero, tú. ¿Dónde tienes las sábanas limpias? Te las cambiaré y pondré una lavadora.

Mi cabeza, hundida entre mis brazos porque estaba agachada haciéndole carantoñas a Andrés, se endereza tan rápido que me da un tirón en las cervicales. Me incorporo de un salto.

—¿A qué se supone que has venido?

—En un inicio, a traer comida. Después, a cuidar de ti. ¿Dónde las encuentro?

Resignada, lo sigo hasta la habitación. Sí, lo sigo, porque él va a lo suyo y yo no estoy de humor para abrir más frentes.

—Aquí. La lavadora está en el baño; el jabón y el suavizante, en el armario que encontrarás encima. La secadora no me cabía, así que la instalé en el aseo que hay al fondo del pasillo. ¿Algo más?

—No. Descansa en el sofá. Cuando acabe con esto, te miro la fiebre.

Hoy íbamos a ir a merendar, por aquello de dejarnos ver en público. Era mi propuesta más arriesgada hasta la fecha. Inocente de mí, no vi venir este giro del azar, en el que Héctor se encarga de mis tareas domésticas y mi temperatura corporal. Sin motivo aparente, mis ojos se clavan en su trasero, un buen, exquisito, duro… Borra, por lo que más quieras. Borra disco duro en tres, dos, apetecible, ¡céntrate! Una lavadora tarda una hora y quince minutos; secar la ropa, treinta más. Un montón de tiempo sin que nadie nos vea. Antes decidí reaccionar de forma adulta y ahora disfruto de una tensión pasivo (Héctor)-agresiva (yo y mi estrés mal gestionado), de

una situación inadecuada y de un tipo al que no sé cómo mandar a su piso sin convertirme en la mayor desagradecida del planeta.

Me enfoco en el paso tres: despedir.

14

—Treinta y siete con seis. No pinta bien. —Deja el termómetro sobre la mesa del comedor y coge a Andrés, que se acurruca en su pecho. Traidor.

—No seas cenizo, Héctor. Me acabo de tomar la medicación. Dale tiempo. ¿Qué haces?

—Sentarme.

—Eso ya lo veo. ¿No tienes partido o algo?

—No. ¿Qué te empujó a salir a correr? Alguna explicación lógica habrá.

—¿Una semana de caca removida con un palo te parece lo bastante lógica?

—Posiblemente, profundicemos en ello. —Héctor acaricia a Andrés en el lomo. *Mi* gato ronronea y se refriega contra sus manos. Inaceptable.

—El jueves, el decano me informó de que los fondos que esperábamos para continuar con un estudio que desarrolla terapias individualizadas no llegarán nunca. En consecuencia, si no ocurre un milagro, a finales de año cerramos el chiringuito. Además, ayer hablé con Víctor y, por lo visto, nuestras sensaciones respecto a nuestros encuentros distaban mucho; un drama. Para acabar, el asuntillo ese del rollo ficticio (que antes o después descubrirá todo el barrio, con lo que pasaré a ser una apestada, y una mentirosa, no lo olvides) me tiene tensa. ¡Ah! A ti también te fue de pena el curro. ¿Qué pasa?

Héctor baja la vista unos segundos. Sus mejillas se hunden hacia dentro; otra carcajada que deja morir. ¿Qué demonios le pasará por la cabeza?

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Esto. —Aprieto sus mofletes con los índices. A la porra el respeto por el espacio vital ajeno.

—Me haces gracia, pero no quiero importunarte.

—¡Oh! Qué gentil y considerado. ¡Falso! Tú no, tus palabras. Ains, supongo que será lo mismo. Da igual. No es correcto que te rías de la gente, ¿sabes? ¿Pepi no te lo enseñó? Hablaré con ella, aunque, a tu edad, ponerle remedio será imposible. ¡Otra vez! No te contengas. Eso, eso. Tú libérate, déjate ir. Total, ¿a quién puedes ofender? —digo totalmente en serio, por mucho que sonría.

—Lo siento. A partir de ahora no me contendré, si es lo que prefieres.

—Mil veces, Héctor. Reprimirse es nocivo. Lo leí en algún lugar. Ahora, de verdad: ¿qué te ha hecho gracia? No lo pillo. —Subo los pies sobre el sofá y me abrazo las rodillas.

—Has hablado del trabajo, de Víctor, de nosotros. Temas que merecen más detalle. Sin embargo, optas por desviarlos con una pregunta, para que no indague en tu vida. Ana, has sido tú la que ha alimentado mi sed de conocimiento, por lo que ventilar mis penas no conseguirá que me olvide de tus palabras.

Ahí está. El Héctor que me impulsa a correr bajo la tempestad reaparece de la nada. Tiene chispa, parlotea con una sonrisa, los ojos le brillan. Es divertido. Magnético. Me hallo en el epicentro de un terremoto, lo siento. El suelo tiembla, mi sofá se tambalea. Ni me inmuto.

—Se me ha olvidado mencionar que estoy tan colapsada que no me salen las palabras para el artículo. ¡Para! No abras el pico. Esto se lo cuento al amigo, no al jefe que afirma no ser tal cosa. Quizá podrías ayudarme con ello.

Andrés recuerda que somos colegas y viene en mi busca. Bajo las piernas para que se estire sobre ellas.

—Está bien. Tienes un artículo en el cajón; creía que lo subirías el próximo jueves.

—Lo sé, lo sé. Pero podría guardarse para justo antes del evento, puede resultar motivador.

—Te doy la razón; no obstante, dadas las circunstancias, veo dos opciones: o publicas lo que tienes, o le expones el tema a tu jefe para que él lo redacte. Seguro que no se le da tan mal.

—¡Ufff! No sé yo. Publico lo que tengo; solucionado. Siguiente tema del día: ¿qué tal tu semana?

—La dirección ha decidido que sobra personal, y los motivos que alegan, bajo mi punto de vista, no son justificables. De aquí al primer trimestre del próximo año, debo adornarlos para que suenen reales, prácticos e innegociables.

—¿Muchas personas se quedarán sin trabajo?

—Un quince por ciento de la plantilla. Aunque, si es injustificado, un uno por ciento ya resulta excesivo.

—Pues vaya caca de semana —susurro. Las fuerzas me abandonan por segundos.

—En perspectiva, puedo afirmar que no del todo. Anda, echa una siesta; yo veré una película. Más tarde volveré a mirarte la fiebre y te dejaré la cena en la mesilla, junto con la medicación, antes de irme.

—No tienes que…

—Quiero, y no por ser tu rollo ficticio.

Unas horas después, despierto en mi cuarto. Andrés duerme a los pies de la cama, la puerta está abierta y la oscuridad reina en el comedor. Héctor ha cumplido: un cuenco de sopa y un trozo de tortilla de patatas reposan sobre la mesilla. En la improvisada mesa auxiliar (un taburete), hay un vaso, una jarra con agua, el termómetro y las pastillas.

«Quiero, y no por ser tu rollo ficticio».

Si salgo a correr y se entera, ¿me cortará la cabeza?

15

Blog AAVV El Rincón Gatuno

HISTORIAS REALES DE AMOR EN LA TERCERA EDAD:

¡PORQUE EL CORAZÓN NO TIENE ARRUGAS!

Dicen que el amor es cosa de jóvenes, pero en El Rincón Gatuno sabemos que Cupido no lanza sus flechas en función de la cantidad de Nocheviejas vividas. Caza a tu *crush* es la prueba de ello: entre risas, charlas y algún que otro chupito, han nacido historias para no olvidar. Hoy queremos contaros dos de ellas.

Carmen y Genaro: el flechazo más comentado del barrio

Carmen (72 años, energía de veinteañera) llegó a la última edición del evento convencida de que iba a pasar un buen rato. «Yo vengo a charlar y a reírme, nada más», repetía. Lo que no sabía era que Genaro (71, bigote elegante y risa contagiosa) estaba a punto de cambiar sus expectativas.

Se sentaron frente a frente en la ronda de presentaciones y —os lo puedo asegurar porque estaba allí— no pararon de hablar ni un segundo. Había nacido una complicidad instantánea, y no cambiaron más de pareja. Mientras los demás hacían preguntas educadas, ellos discutían sobre cuál era la mejor receta de cocido madrileño.

Desde aquel día, Carmen y Genaro son inseparables. Los vecinos los ven pasear cogidos de la mano, discutiendo (con mucho cariño) sobre si la tortilla debe llevar cebolla o no, y animándose mutuamente en cada actividad del barrio. «Lo mejor de todo es que ahora la casa ya no me parece tan vacía», dice Carmen. Y Genaro añade: «Yo pensaba que a mi edad solo me quedaba ver la tele y sentarme al fresco, pero me faltaba por vivir lo más bonito».

Adolfo y Nuria: nueve meses de risas y compañía

La historia de Adolfo (66) y Nuria (65) viene de un poco más atrás, de la antepenúltima edición del evento. Él, tímido tras más de veinte años viviendo solo; ella, charlatana y con un humor que ilumina cualquier habitación. Coincidieron en una de las mesas y, aunque al principio Adolfo apenas levantaba la mirada, Nuria se encargó de romper el hielo: «Si no hablas tú, hablo yo por los dos». Y vaya si lo hizo.

Nueve meses después, Adolfo confiesa que no se imagina un día sin las historias de Nuria, y ella asegura que lo mejor de tener pareja en la tercera edad es poder compartir las cosas pequeñas: «Ya no desayuno sola, ya no veo las series sola, y lo más importante: ya no río sola».

Ambos reconocen que lo que más los sorprendió fue lo fácil que rodó la relación una vez que dieron el primer paso. «A veces pensamos que ya no nos queda nada por hacer, pero aún tenemos lo más valioso: tiempo para aprovecharlo con alguien que nos entiende», afirma Adolfo con una sonrisa.

Estas historias son un recordatorio de que el amor nunca se jubila. Carmen y Genaro, Adolfo y Nuria son la demostración de que siempre puede aparecer una persona dispuesta a compartir la risa, la comida y hasta las discusiones más tontas. Porque, al final, lo que realmente rejuvenece no son las cremas ni las dietas milagro, sino tener a alguien al lado con quien compartir la vida.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 09:19
¡¿De dónde habrán salido?! Gentuza.

Rosa 09:23
Meterse con Carmen y Genaro… Qué poca vergüenza.

Fabio 09:25
Mucho lío en el curro. Lo siento.

Pepi 09:25
Ana, ¿cómo sigues? La operación Cupido Vecinal está atascada; no es por presionar.

Rosa 09:26
Querida, esta tarde las niñas tienen música, así que puedo pasarme por tu piso sin problema. ¿Te voy a la compra?

Pepi 09:28
Es una lástima que nadie viese a Héctor entrar y salir de tu piso. ¿Cómo es posible? El barrio pierde fuelle.

Héctor 09:32
Buenos días. Dejad descansar a Ana. Más tarde la llamaré para saber qué necesita.

Pepi 09:35
Lo de R2-D2 hoy es demasiado. Hay que darle un empujón a lo vuestro.

Ana 09:35
Ahora no puedo. Estoy en el trabajo. Soy una mujer adulta, autónoma y sana. El sábado iré a ver jugar a Héctor, si es que juega el sábado, o el domingo, cuando sea. ¿Habrá suficiente público? Es ironía. Mierda, este finde tengo planes. ¡Que ahora no puedo! Estoy en clase. IMPARTIENDO clase. Soy peor que mis alumnos. En serio. NO puedo.

Pepi 09:38
Esta juventud y el trabajo… Igualita a Héctor.

Salgo de clase hecha un manojo de nervios. Culpa mía por mirar los mensajes, por no quitar los datos o ahogar el móvil en el retrete. Cualquier cosa, con tal de una mínima dosis de calma, puesto que la tempestad tras subir el artículo en el blog estaba asegurada. Poso el portátil sobre la mesa, me siento y, con un cabreo desmedido, me dispongo a aumentar mi nivel de ira. Leo.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

R2-D2
Esta junta tiene una mirada muy Disney. Las discusiones de Carmen y Genaro, ¿son con cariño? Todos los que frecuentamos el bar de Pepi podemos afirmar lo contrario.

Motosierra13
El último día que coincidí con ellos, Genaro afirmó que Carmen prepara el peor cocido madrileño que ha comido en la vida. Eso sí, solo a unos cuantos allegados; no quería perder a la moza.

R2-D2
¿En serio? No lo sabía. Nada, que Cupido y El Rincón Gatuno son uno, ¡ja! ¡¡Nueva junta, ya!! Basta de artículos que maquillan la realidad.

Carmen Díaz
¡Embusteros! Sois unos delincuentes, eso es lo que sois.

Valeria Díaz
Escoria. ¿Cómo podéis hablar así de una pareja tan bonita?

Severino H

Del último evento, Carmen y Genaro son la única pareja que sigue unida; no por ello se les debe faltar al respeto. Lo que tengáis con la junta, con la junta es.

Estela M
Conozco a las dos parejas y ambas son un amor. Afirmar que en el blog se maquilla la realidad es vergonzoso. Jamás se había tenido una asociación tan potente. ¡Abajo los golpistas!

César M
Se os va de las manos.

Colapso. Cortocircuito. Rebano cabezas imaginarias. Tengo que llamar a Carmen y a Genaro, disculparme, cerciorarme de que la situación no les afecte. Que maquillo… ¿Me creen una vendida? Me levanto para pasearme por mis seis metros cuadrados de independencia; mañana mismo me traigo las zapatillas viejas de correr y una muda. Ahora mismo trotaría por el campus, ordenaría los frentes abiertos, englobaría, priorizaría, tomaría decisiones. Con suerte. Mucha. Pero no puedo salir de aquí. Cojo el móvil, con el cabreo a tope.

Grupo El Rincón Gatuno

Ana 11:22
Esto es la guerra. Héctor, te veo en el entreno, ¿a qué hora es?

Pepi 11:25
¡Arriba las hachas!

Rosa 11:32
Tanto como las hachas… ¡Se te ha ido, Pepi!

Pepi 11:25
En absoluto, ¡arriba las hachas!

No contesto. Aunque es cierto que la afirmación de Pepi resulta excesiva, en mi mente siguen rodando cabezas. Deambulo mientras tecleo una contestación; perderé toda credibilidad si me pongo a su nivel. Escribo. Borro. Escribo. Mal otra vez. Escribo. Peor todavía.

—No contestes —me ordena Héctor por teléfono.

—Pero…

—Ana, no es el momento. Hay que ser certeros en la respuesta, y ahora mismo ninguno de nosotros tiene cabeza para actuar con frialdad.

—¿Ni siquiera tú?

—Ni siquiera yo. El entreno empieza a las seis y media; llega cuando te vaya bien.

De repente, la ansiedad afloja, la respiración fluye y el mundo es menos malo. Llaman a la puerta y el decano aparece con cara de lechuga pocha. Virgencita, ¿te has escondido?

16

El último «hurra» suena más alto que los anteriores. La misma determinación que he visto en el campo de juego se percibe en ese cántico simplón y entusiasta compuesto de muchas erres, el nombre del club y un extra de testosterona (se han unido los vástagos de algunos jugadores).

—¿Me ducho y nos vamos?

—¡No! Me gusta verte cubierto de sudor, con la camiseta pegada al pecho, y los pantalones… ¡no me hagas hablar de lo bien que se te ve el culito con esos pantalones! —suelto exaltada, tan alto como para que se me escuche sin parecer una vendedora de bragas y tangas.

Fabio, que está junto a su *amigui*, es el primero en estallar; Héctor lo sigue. Yo aprieto los labios. Una mujer le tapa los oídos a la que supongo su hija y se la lleva en dirección contraria; tres chicas acortan la distancia entre nosotros.

En dos zancadas, Héctor se coloca frente a mí y se agacha para susurrar:

—Por fin un comentario apreciativo y ¿real? de la Ana a la que conozco. La echaba de menos. Diez minutos.

BORRADO, ¡urgente! Eliminar pelillos erizados, aliento cálido en el cuello. Borro, borro, borro. Lo observo desaparecer rumbo a los vestuarios; ha sido un error, ¡un error con patas! Que es Héctor, Virgencita. Confirmado: no me escuchas.

—¿Estás bien? —Fabio sigue aquí.

—Mmm, sí.

—¿A que es majo?

—Majo, puede, pero dijiste encantador. Por cierto, se han pasado con Carmen y Genaro. He hablado con ellos este mediodía y los he visto bastante enteros, pero aun así… hay que ser mala hierba.

—Cierto. Lo son. En fin, si necesitas hablar, llama.

Fabio sigue los pasos de su amigo, que regresa en pocos minutos.

—Hola. —Se agacha para besarme en la mejilla.

—Limpio también tienes tu punto. ¿Me invitas a una copa?

Sonrío con la esperanza de que el cosquilleo en mi piel se desvanezca con la misma rapidez con que apareció. Dejamos atrás las gradas, el campo y a una pequeña multitud de observadores mudos, que no tardarán en abalanzarse sobre el móvil.

—¿Vamos al *pub*? Así puedes dejar el macuto en el bar de Pepi; nos pilla de paso.

—¿Ganas de saludar a la suegra «¡Arriba las hachas!»?

—¡Ufff!, en ese instante yo rebanaba cabezas imaginarias.

—Mis chicas, dos balsas de aceite.

»He preparado un comentario, luego lo revisamos juntos. A ver qué tal sale la operación Cupido Vecinal; si después de la cita de hoy no cuaja la cortina de humo que mi madre visualiza, miedo me dan sus próximas sugerencias. Por cierto, Carmen y Genaro están bien, quizá demasiado. Me ha parecido que la situación, lejos de incomodarlos, les divierte, ¿a ti no?

—No. ¿Cuándo has hablado con ellos? Yo, poco después de que me llamaras.

—He pasado por el piso de Carmen antes de venir a entrenar. Estaré equivocado. Mira.

—Hola, chicos, ¿cómo estáis? —Romeo sale del supermercado con un par de bolsas de la compra.

—Bien. ¿Y tú? ¿Cómo va la vuelta al barrio? —Héctor, tan comedido.

—¿Cena para dos? —El plástico de la bolsa es transparente, así que mi pregunta es obligada.

—Sí, mi sobrina está de visita un par de días. Debo aprovechar, ya que no tengo muchos momentos para alardear de lo buen chef que soy.

—¡Ostras! Eres todo un partidazo. Ojalá el día trece eso cambie y las excusas para cocinar a lo grande se multipliquen. De lo contrario, nos ofrecemos a ser tus conejillos de Indias. Nos gusta comer.

—Sí, esta mujer es capaz de asesinar por una lasaña.

—Uno de mis platos predilectos; queda pendiente una comida en mi casa, pero ahora os dejo. Pasad buena noche.

Vemos a Romeo alejarse. Me cae bien.

—Lo tenemos abandonado.

—Totalmente.

—Agente secreto jubilado. Lo llamaron para una última misión.

—¡Héctor! Qué buena esa. No puedo perder… —Tiro de él para seguir nuestro camino—. Nada, encefalograma plano. Pensaré en ello y te desbancaré.

—¿Tengo el podio?

—Por el momento, pero no te me vengas muy arriba.

Durante el resto del trayecto hasta el bar de Pepi, hablamos únicamente para saludar a vecinos, amigos y futuros participantes. Cuando llegamos, me quedo fuera; es más rápido y seguro. Cinco minutos más tarde, nos sentamos a una de las mesas más íntimas del *pub*, aquella a la que acuden parejas que necesitan ese plus de oscuridad.

—Nos ha visto bastante gente, habrá ido bien. —Juego con la caña de mi mojito sin alcohol.

—¿Te encuentras mejor? Creí que esperarías un poco más antes de volver al trabajo.

Tras pasar gran parte del domingo en mi piso, Héctor me ha enviado mensajes tres veces al día para conocer mi evolución. Muy normal, pues no; adorable, sin duda.

—Lo decidí esta mañana. Se me caía el techo encima; juraría que Andrés está a una película romántica de pedir la emancipación. Además, este finde voy a ver a mi hermana, y sería tener mucha cara irme sin haber pasado antes por la facultad. ¿Qué tal tu semana?

—Mejor que la anterior. Entonces, ¿no nos vemos hasta…?

Me encojo de hombros. Héctor se acoda sobre la mesa, recorta distancias.

—¿Te enseño el comentario que he redactado? ¿Como amiga?

—Como amiga.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

AAVV El Rincón Gatuno

Queridos vecinos y socios: en su día, la junta consideró que capar los comentarios en el blog iba en contra de la libertad de expresión. Aun con los últimos acontecimientos, nos mantenemos firmes en esa creencia. Si R2-D2 y Motosierra13 continúan vertiendo información no contrastada, o faltando al respeto a nuestros vecinos, nos veremos obligados a identificarlos, con el fin de acudir a las autoridades pertinentes.

Héctor Garrido

Presidente de la AAVV El Rincón Gatuno

17

Blog AAVV El Rincón Gatuno

Bailar como terapia

Clases comunitarias para ejercitar el cuerpo

Os traemos la actividad reina, ¡la que la mayoría esperáis! La que mejora la salud y alegra el espíritu: **¡bailar!** Un otoño más, llegan las irresistibles **clases comunitarias de bailoterapia con Rosa** (nuestra vecina con más ritmo que una orquesta).

Cuándo: todos los miércoles, de 19:00 a 20:00.

Inicio: segundo miércoles de octubre.

Fin: último miércoles de mayo.

Precio: gratuito para socios (¡sí, GRATIS!), y solo 2€ por sesión para no socios.

Inscripciones: abiertas durante toda la temporada. ¡Apúntate cuando quieras!

¿Por qué bailar es terapéutico?

- **Ejercitas el cuerpo** sin darte cuenta. Entre pasodoble, salsa o chachachá, tonificas músculos y mejoras tu equilibrio.
- **Liberas la mente.** Los problemas se quedan en la puerta cuando la música empieza a sonar.
- **Multiplicas la alegría**. El baile en grupo contagia la felicidad: una sonrisa aquí, una carcajada allá…
- **Conectas con los demás.** Porque no es lo mismo bailar a solas en la cocina que hacerlo con vecinos que disfrutan tanto como tú.

Así que ya lo sabes: reserva los miércoles por la tarde, ponte ropa cómoda y ven dispuesto a moverte. No importa la edad o la experiencia que tengas, lo que importa es dejarse llevar.

¡Nos vemos en la pista con Rosa!

Grupo El Rincón Gatuno

Ana 09:22
Ha sido un «copia y pega» del año pasado. No estaba de humor.

Héctor 09:23
Está perfecto.

Pepi 09:25
¿Estáis en crisis?

Ana 09:26
¿Qué?

Pepi 09:26
Mi hijo opina que es perfecto. Algo ocurre.

Héctor 09:27
¡Mamá!

Ana 09:27
Eres muy grande, Pepi. No te preocupes.

Rosa 09:32
¿No te preocupes? Mal rollito.

Pepi 09:32
¿Se os acabó el amor? ¡Si acabáis de dar la cara! Estamos a dos abrazos y un par de besos de confirmar relación.

Fabio 09:35
No sé por qué no me traigo palomitas al curro.

Ana 09:36
Idiota.

Héctor 09:36
Ana, ¿estás en el trabajo?

Ana 09:36
Sí, están viendo un vídeo para después debatir.

Héctor 09:36
Avisa cuando acabes la clase, tenemos que hablar.

Fabio 09:37
Se confirma la primera crisis.

Ana 09:36
¡Eso! Alimenta a las hienas.

Pepi 09:37
¿Qué hienas?

Encerrada entre mis cuatro paredes de independencia, observo el móvil igual que a una granada sin pasador. Si no llamo en breve, lo hará Héctor, que todo lo controla. En la batalla, la sorpresa es un factor clave; el mío se fue al garete cuando me ordenó que lo avisara al finalizar la clase.

Desde que nos despedimos en el *pub* —con un abrazo que duró más de lo que yo hubiese deseado—, lo esquivo. La razón: el finde pasado, mi hermana Julia y mi cuñado Santi anunciaron que se casan el 6 de enero. ¿Feliz? Mucho. ¿Acojonada hasta el sol, y vuelta? También. La despedida conjunta la celebran en noviembre, el fin de semana previo a la gran final de Caza a tu *crush* en la casa rural. Julia y Héctor son amigos; no en plan copas, sí en plan «coincidimos hasta en la carrera, ¿cómo no va a venir si estáis juntos? ¡Es mi amigo!», mi hermana; «es un tío de puta madre, ¡no puede faltar!», Santi; «¡por fin una relación con criterio!», mi padre.

Mierda, ya me está llamando. Lo cojo:

—Me evitas.

—Qué cosas tienes, serán imaginaciones tuyas.

—Ana…

—Es complicado.

—Santi me escribió anoche para contarme lo de la boda.

—Miserable.

—No se lo tengas en cuenta. Te conoce.

—No podemos ir juntos a la despedida; a la boda, ni te cuento. ¡No puedes aparecer en las fotos familiares! Esto es una farsa, una mentira. Si algún día se descubre… Pero ¿cómo justifico tu ausencia? Héctor, cierro los ojos y, a las cabezas que ruedan por el suelo, se les suman líneas rojas.

—Lo arreglaremos.

—Mi padre está entusiasmado con lo nuestro. No hay solución posible.

—Lo echo de menos. Es un gran adversario.

Durante unos segundos, aparco mis males. Había olvidado que, antes de que mis padres se mudaran a la ciudad, Héctor y mi padre eran miembros de la misma asociación de aficionados al ajedrez.

—Es un drama, un drama.

—Ana, hablaré con Julia; alguna excusa sensata se me ocurrirá. Y no apareceré en ningún álbum. Para el seis de enero, habremos roto.

—Eso: el disgusto por el fiasco de nuestra relación, para las fiestas. Tengo que dejarte, debo ir al laboratorio.

Diez, veinte, treinta, cuarenta segundos sin hablar. Mi cuerpo no admite más tensión.

—Vale. Luego…

—No. Mañana. Nos vemos mañana.

Cuelga. Debería sentirme mejor. La conversación incómoda ya ha tenido lugar, con su lazo y todo. Esperaba un mínimo de descompresión. La respiración, más fluida. Pero no. Creo que se debe a que la mente de Héctor sigue discurriendo sin compartir la información conmigo.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Herminia Z
Me apunto.

Valeria Díaz
Contad conmigo y con mi hermana.

18

Grupo El Rincón Gatuno

Ana 19:54
¡Acabamos de llegar a las treinta y seis inscripciones!

Rosa 19:54
Olé.

Ana 19:54
César acaba de salir. Nuestro eterno indeciso ha sucumbido.

Pepi 19:55
¡Me alegro tanto!

Fabio 19:55
Me encontré con él el lunes. Ha pegado un bajón.

Rosa 19:56
Es tristeza. Y arrepentimiento.

Ana 19:56
¿Arrepentimiento?

Rosa 19:57
Sí. No diré ni mu, no insistas.

Ana 19:57
Me quedo intranquila.

Pepi 19:58
Rosa, hija, no se te puede contar nada.

Ana 19:58
¿Me habéis dejado al margen? Pepi, soy tu nuera.

Rosa 19:59
Me enteré por cotilla, no por voluntad de Pepi.

Ana 19:59
Sigue siendo mi suegra. De pega, pero suegra.

Héctor 20:00
Hora de cerrar la asociación. Nos vamos a dar una vuelta.

—¿Te apetece ese paseo o prefieres tomar algo?

Héctor cierra la puerta; yo guardo el móvil en el bolso. Observo la calle: la tormenta de media tarde espantó a los vecinos, que deben de permanecer resguardados en sus hogares.

—¿Nos acercamos al parque? —propongo.

—Claro.

Igual que en otras ocasiones, me pego lo máximo posible a la pared de los edificios para evitar el contacto con Héctor. A estas alturas resulta estúpido, lo sé.

—Me gusta el aspecto del parque en días como hoy. Tras la lluvia, es un lugar solitario, un tanto tenebroso por la hora y el cielo plomizo, con esas nubes que solo falta que las pinchen con un alfiler para descargar agua, pero inspira calma.

—¿Te gustan las tormentas? —Parece extrañado.

—Mucho.

—A mí también, aunque suelo quedarme en casa.

—Te pega.

Sus labios esbozan una sonrisa.

—Supongo. ¿Por qué Biología?

Giramos a la derecha al final de la calle. Ya se dejan ver los primeros plataneros del parque.

—Quería entender la evolución.

—¿Lo has conseguido?

—Falta algún fleco. ¿Qué me cuentas de ti?

—Se me dan bien los números, quería ayudar a las personas y tengo buena memoria. Derecho laboral fue la opción más atractiva. Hemos llegado, tú mandas.

—Empecemos por dar una vuelta entera, después vemos. Lamento el dramatismo de ayer, bueno, mi comportamiento de toda la semana. Detesto las mentiras, y la que compartimos es enorme.

—No te disculpes, Ana. Te entiendo.

—No es culpa tuya, y actué como si lo fuese.

—Deja de comerte el coco. Encontraré una buena razón que me excuse, confía en mí.

Me detengo. Confiar en él, sí, puedo. Miro al cielo justo cuando una hoja vierte varias gotas de lluvia sobre mi rostro.

—¡Qué fría! —Me río—. ¿Qué?

Diez, veinte, treinta… A la porra.

—¿En qué piensas? Cuando te quedas así, ¿qué pasa por tu mente? —Me sitúo frente a él, tentada de acariciarle la sien.

—Hablo.

—Pues no escucho nada.

—Créeme, mejor así.

Echo a andar. No me cabe duda de que indagar en esa afirmación no me conviene. El silencio, tenso en un inicio, se convierte en uno cómodo y familiar en cuestión de segundos. Lo miro de reojo, en busca de una señal que confirme que abrir la boca no será una estupidez.

—Podemos ser amigos. Dentro y fuera de la asociación, en mi casa, aquí, en cualquier lugar. Añadimos una pizca de comedia en momentos puntuales, y listo: tu madre tiene su operación y nosotros, cierta paz mental. Pensar en el siguiente paso, como parte de un plan maquiavélico, me agobia. Dejemos que fluya.

—Vale.

—Bien.

—¡Hola! —La voz chillona de Estela me da un susto de muerte.

—¡Hostias! Cualquier día me envías directa al cementerio. ¿Dónde está mi colega? —Odín no va con ella.

—Voy ahora a por él. Vengo de casa de mi chico, hemos visto una peli. ¿Y vosotros?

—¡Ah! Te presento a Héctor, mi… chico. Ella es Estela, madre de Odín, un hurón muy majo, y famosa por aparecer de la nada.

—Encantado. —Héctor adelanta la mano, pero Estela lo agarra por los hombros y lo empuja hacia abajo para besarlo en las mejillas.

—Eres el presidente de la asociación de vecinos, ¿verdad?

—Así es.

—Guay, así tendré dos espías. Mi abuelo se ha apuntado a Caza a tu *crush*. Espero que me ayudéis a que dé un gran salto de fe.

—No intervenimos —afirma Héctor.

—Ni somos espías.

—Menudo bajón. Pero…, si os doy mi número, ¿me avisaréis si se queda solo en un rincón?

Miro a Héctor, que parece más perdido que yo.

—¿Y qué harás? La familia no puede acceder a la sala.

—Llamar a su futura pareja para que dé el primer paso —asegura, resuelta.

—¿Ya sabes con quién se emparejará? —Héctor suena escéptico.

—Llevan años tonteando, pero mi abuelo es muy suyo. Necesita un empujón.

—¡Ains! Tenemos romance asegurado. Claro que te avisamos —claudico. Héctor niega con la cabeza—. Te dejo mi número; hazme una perdida para ficharte. ¿Cómo se llama tu abuelo? Quizá no esté en nuestro radar.

—César Martínez.

—¡Oh! Estela, será un honor conspirar contigo.

—¡Ana!

—Héctor, César bien merece que enviemos un mensaje en caso de parálisis *vergüencil*.

Cuando Estela se despide de nosotros, espero una reprimenda por parte de él. No obstante, esta no llega.

—¿Te encuentras mal, Ana?

—No.

—¿Fiebre? ¿Sarpullido? ¿Acidez de estómago?

—Héctor… ¡Oh! ¡Eres una caja de sorpresas! Y con sentido del humor.

—Lo sé. Una recomendación: practica frente al espejo. Te falta fluidez.

—«Te presento a Héctor, mi chico». ¿Así mejor?

—Repite.

—Ni de coña, vamos. ¿Nos despedimos aquí?

Héctor mira hacia las dos calles que confluyen en esta salida del parque: una conduce a mi piso; la otra, al suyo. Me froto los brazos mientras toma una decisión. Debería haber cogido una sudadera antes de salir de casa.

—Claro. ¿Nos vemos mañana? Tengo partido el domingo.

—¿Vamos al cine? Elige peli. Muéstrame esa pasión tuya por la gran pantalla. ¡Ah! Y ven con amigos, a ver cuán elocuente eres.

Héctor sonríe y yo lo imito por inercia. Ser amigos se nos dará bien siempre que no me distraiga.

19

Me inclino hacia delante y los observo. Siguen en la misma posición que cuando hemos llegado: espaldas rígidas, brazos pegados al cuerpo, vista centrada en la pantalla. Me descolocan nivel Dios.

—¿Qué ocurre? —Héctor gira el torso hacia mí para evitar que sus amigos lo oigan.

—Es como si vivieran en compartimentos estancos.

—¿Qué?

—Seres independientes en hábitats distintos.

Él se pasa la mano por el rostro. Estallaría en carcajadas si no estuviéramos en el cine, lo sé.

—Veamos la película —sentencia.

Y no me aguanto, soy curiosa por naturaleza. Me agacho en plan «necesito rascarme el empeine», pero Héctor me propina un codazo. Lo miro con odio, aunque la oscuridad de la sala no le permita apreciarlo.

—¿Vas a insistir?

—Se merecen su propio estudio.

—Ana…

—Vale.

Quince minutos después, y tras dos observaciones que han durado dos minutos cada una, Héctor resopla.

—Lo siento, la situación me supera.

Miro a nuestro alrededor: hay bastantes espectadores, aunque a ninguno de ellos parece haberle llamado la atención la manera en que interactúan Dani y Manuela. Puede ser por dos motivos: el primero, porque crean que son amigos; el segundo, la película los tiene abducidos. Cuento un total de seis parejas: ella recostada sobre él; él rodeándola con el brazo; ella alimentándolo a base de palomitas; un beso en la boca; cuchicheos que desembocan en besos… Son los comportamientos estándar, que la luz que proyecta la pantalla me permite vislumbrar. Me inclino una vez más y echo un

vistazo rápido. Dani y Manuela me flipan. Ni tan siquiera comparten bebida.

—Y entonces, ¿cuánto hace de lo vuestro? Entre los miembros del equipo, el rumor de que habían pillado a Héctor ha sido una bomba. Es nuestro soltero de oro —me informa Manuela al abandonar el cine.

Héctor, que me ha cogido de la mano en cuanto las luces se han encendido (creo que con intención de aplacar cualquier batería de preguntas que yo tuviese preparada para la pareja objeto de mi estudio), me cede el turno de palabra con un alzamiento de cejas.

—Unas pocas semanas. La verdad, ninguno de los dos se lo esperaba. Nos conocemos de…, bueno, Héctor siempre ha estado presente en mi entorno de una forma u otra, pero ha sido pasar tiempo juntos en la asociación lo que propició que me fijase en él.

—Pues me alegro, se os ve muy bien. Por fin otra pareja en la cuadrilla con la que poder quedar en plan tranquilo. Ernesto y Edurne son tan increíbles como temerarios. —Daniel se ríe de sus propias palabras.

—¿Y eso? —Miro a Héctor.

—Son unos amantes del deporte de riesgo.

—¡Ah! Creo que me caerán bien. Chicos, repetimos cuando queráis. ¿Una cena la próxima semana?

—¡Claro! Que lo organicen los chicos. Y otra vez, mil disculpas: le prometí a mi hermana que hoy haría de canguro de mis sobrinos. La próxima quedada, sin hora para acostarse —asegura Manuela.

Nos despedimos de ellos y los vemos enfilar la calle. Héctor, que me había soltado, me sujeta de nuevo.

—¿Te apetece un bocata en el *pub*? —propone.

—Depende. Si me mancho de kétchup la comisura de los labios, ¿me limpiarás o me lo dirás?

Él, que había echado a andar, se para en seco. No me extraña. Debería haberle dado un par de vueltas antes de lanzar mi pregunta.

—¿Ahora eres especialista en conducta humana?

—Responde.

—Como amigo, te lo diría. Como lo que somos hoy, te lo retiraría con el índice.

Proseguimos la marcha.

—¡Bien! Entonces, ¿por qué me regañabas ahí dentro? La hostia, me dijiste que conocías a parejas que no se tocaban y no me lo creí. ¿Sabes si copulan?

—¿Follar es pecado?

Mi risa brota rauda, sin tiempo a que la frene un mínimo de compostura que me haga parecer una persona cabal.

—Follar requiere de un mínimo de anticipación, preparación o voluntad de cubrir cierta necesidad. Copular es más aséptico. Diría que ellos se unen para copular.

—Si ellos se entienden, es suficiente.

—Más que suficiente, pero que no necesiten tocarse, ¿no te llama la atención? Por supuesto; en caso contrario, no me cogerías de la mano para proclamar que somos más que amigos. El amor necesita contacto, afecto, miradas cómplices. El lenguaje no verbal entre las parejas es extenso: comprar un detalle porque al verlo has pensado que le gustaría al otro, prepararle la comida o la cena tras un día de caca removida con un palo, beber de la misma copa, compartir las palomitas, caricias, abrazos, enviar memes a horas intempestivas… Eso es la complicidad, entenderse sin necesidad de palabras.

—¿Y quién dice que en la intimidad no son así?

—He barajado esa opción.

—¿Y bien?

—Si saliéramos en serio, sería incapaz de coincidir contigo en la misma habitación sin rozar tu piel. Soy una puñetera lapa.

De repente, soy consciente de nuestras manos juntas, de los dedos entrelazados, del frío de la noche que alivia el calor de mis mejillas. Borra, borra, borra. Amigos, amigos, AMIGOS.

20

Grupo El Rincón Gatuno

Ana 20:33
He salido a correr, pero es misión imposible: Valeria, tras pellizcarme los carrillos, me ha pedido que no me despiste y que no pierda al buen mozo de Héctor, que el pobre lleva años bebiendo los vientos por mí; Abelardo, que si es una pena que no le haya dado una oportunidad a su nieto; Virtudes, que no me deje tomar como mínimo en seis meses, para confirmar que el muchacho sabe esperar; Sonsoles nos desea suerte y paciencia; Rafael ha encendido dos velas por nuestro amor.

Pepi 20:34
Es bonito.

Ana 20:35
Engañar así a los nuestros me chupa energía.

Rosa 20:36
Es por una buena causa.

Pepi 20:36
En la última entrada no hay comentarios de los insurgentes, pero no debemos bajar la guardia.

Rosa 20:37
Cuando he ido a recoger a las niñas al colegio, una madre me ha preguntado si conocíamos las identidades de R2-D2 y Motosierra13. Por lo visto, algunos socios realizan sus propias pesquisas.

Pepi 20:39
¿En serio?

Rosa 21:40
Que la gente no comente no significa que pasen del tema.

Pepi 21:42
Héctor, ¿qué tal tu día? ¿Te han felicitado?

Héctor 21:43
Sí.

Pepi 21:43
¿Y?

Héctor 21:44
Nada.

Pepi 21:44
Hijo, qué rancio eres cuando te lo propones.

Suena el teléfono. Sé quién es incluso antes de mirar la pantalla.

—Acabo de enviarte un par de sugerencias de mejora para el artículo. ¿Qué tal el día? Además de lo obvio.

—OK. Por el momento, la semana promete. Ayer, el decano me informó de que hay dos familias interesadas en financiar el proyecto y debo elaborar una presentación, y hoy, uno de los alumnos que más se esfuerza, y que es un verdadero entusiasta de la biología, me ha confirmado su asistencia a un pequeño evento para biólogos frikis. Que lo hayan aceptado es todo un logro, me alegro muchísimo. ¿Y tu día?

Suelto el móvil para activar el manos libres. Andrés reclama su cena; si pretendo oír algo de lo que dice Héctor, debo alimentarlo.

—Ana, qué buenas noticias. El trabajo, tranquilo por aquí también. Emi se alegra por nosotros; me ha pedido que te lo haga saber. Según Alejandro, es una pena que me deje pillar tan joven, y Úrsula prefiere no opinar sobre lo mucho que me descuidaré una vez que pasemos por la vicaría.

—Virgencita, qué locos estamos todos.

—Mucho. ¿Has cenado?

—No.

—¿Te apetece lasaña?

—Siempre.

—Llego en diez minutos. Calienta el horno.

En menos de media hora, el olor a Italia campa a sus anchas por mi piso. Me inclino sobre el plato, cierro los ojos, inhalo y suelto:

—Virgencita…

Cuando elevo los párpados, mi mirada se detiene en los labios apretados de Héctor, sus mejillas hacia dentro, su carcajada posterior.

—¿Traducción?

—Si sabe tan bien como promete, ¿puedes convertirte en mi camello?

—Quizá. Venga, salgamos de dudas.

Una sinfonía de sabores explota en mi paladar: ajos y cebollas fritos al punto correcto; el aroma del orégano y el tomillo, que me pasean por un pueblito de la Toscana que visité hace unos años; la reducción de salsa de tomate; el gratinado con la costra dorada y crujiente; la pasta *al dente*; la cantidad justa de nuez moscada en la bechamel; la carne jugosa… Aparto a Andrés, que pretende arrebatarme mi manjar.

—En este instante, soy muy pero que muy feliz —aseguro, tapándome la boca con una mano, sin esperar a tragar para hacérselo saber.

—Nadie lo diría.

—No te rías de mí. Además, no exagero, está brutal. No sabía que se te diera tan bien cocinar; de haber manejado ese dato, quizá no me hubiese resistido tanto. —Me río de mi propia broma—. Ahora en serio, es la mejor que he probado en mi vida, y han sido muchas. ¿Te enseñó Pepi a prepararla?

—Gracias, aunque me niego a convertirme en camello. Y sí, desde muy pequeño mi madre quiso que aprendiera a ser independiente.

—Es una gran mujer.

—Lo sé. ¿Preocupada?

Ya no hablamos de comida.

—¿De ahí tu lasaña? —Se encoge de hombros—. Mantener la farsa es mucho más agotador de lo que imaginé. Creía que, una vez puesta en marcha, se haría más llevadera, pero no. Las felicitaciones, los consejos, incluso las velas a Dios, o al santo que haya elegido Rafael, no nos lo merecemos. ¿Estoy atacada?

—En absoluto. Eres honesta, por eso te supone un esfuerzo.

—¿Y para ti?

—No lo es. Los dos necesitábamos esto.

—¿Un rollo falso?

—Conocernos mejor —sentencia con su seguridad habitual—. ¿Fruta o yogur?

Se levanta, recoge la mesa y lo introduce todo en el lavavajillas mientras le doy vueltas a su afirmación sin perderlo de vista. No sé qué me sorprende más, si que estemos de acuerdo o lo natural que ha sido que propusiera traer la cena.

—¿Ana?

—Un kiwi.

Nos comemos el postre sin mediar palabra. Andrés, encantado con la visita, se pasea entre las piernas de Héctor a la espera de recibir su ración de carantoñas. De repente, el cansancio del día, y los nervios por tener el papel protagonista en un espectáculo vecinal, se manifiestan en mí con un bostezo más propio de un camionero que de una dulce muchacha.

—Se nos ha hecho tarde. —Héctor se come el último trozo de su pera y se levanta para recoger, cómo no—. Quizá no ha sido buena idea que viniese.

Me concentro en sus movimientos: en cómo desliza el paño por la encimera, tapa el frutero, guarda la jarra de agua en el frigorífico. Se lava las manos y, a continuación, se agacha para dedicarle un par de minutos a Andrés, que ronronea del gusto.

Tres semanas. Ese es el tiempo que ha necesitado Héctor para encajar en mi vida. ¿Su visita ha sido un error? Por el momento, no. Congeniamos, por extraño que resulte; es más, mi némesis sabe cómo tranquilizarme.

21

Blog AAVV El Rincón Gatuno

¡CUPIDO HA VUELTO A HACER DE LAS SUYAS EN EL RINCÓN GATUNO!

¡Atención, vecinas y vecinos! Si pensabais que la SEXTA edición de nuestro mítico **Caza a tu *crush*** no podía ponerse más emocionante…, ¡agarrad fuerte vuestras tazas de café, porque os traemos una noticia de las que hacen tilín al corazón!

Primero, recordemos lo básico (para que nadie se despiste):

- **Cuándo:** sábado 13 de octubre a las 20:30 horas.
- **Dónde:** en nuestra asociación, como siempre, convertida en el escenario más romántico del barrio.
- **Inscripción:** GRATUITA hasta el 5 de octubre.
- **Requisitos:** ser mayor de 55 años, soltero y tener ganas de ilusionarse.
- **Lo de siempre, pero mágico:** dieciocho mesas, unos minutos de charla y, quién sabe, tal vez el comienzo de una historia de película.

Y ahora sí, ¡redoble de tambores!

Resulta que Cupido se ha colado en la mismísima junta de El Rincón Gatuno y nos ha flechado de lleno. Y como el amor se contagia, hemos decidido que la próxima edición tenga un toque aún más especial:

GRAN ANUNCIO: las parejas que se formen el 13 de octubre elegirán **a tres de entre ellas**. Estas tendrán la oportunidad de pasar el **puente de diciembre en una casa rural**, junto a

nuestros flamantes tortolitos de la junta directiva, para vivir la gran final.

El premio para la pareja ganadora: **dos noches a solas en la casa rural**. ¿Cómo se decidirá? Muy fácil: a través de nuestra web, todos los socios podrán votar quién merece llevarse la corona del amor.

Y, como la gran noticia que es, merece un fiestón:

Hoy mismo, a las 19:00 horas, en la sede de la asociación, presentaremos el programa, y todas las novedades, con bombo, platillo y alguna copita de anís (solo para valientes).

- Los que ya os habéis inscrito estáis convocados igualmente para brindar con nosotros y empezar a calentar motores.

Así que ya lo sabéis: sacad las mejores galas, aparcad la vergüenza y preparaos para la noche más romántica del año… ¡y para un puente de diciembre que promete ser inolvidable!

Porque en El Rincón Gatuno lo tenemos claro: **Cupido no descansa, y este año viene con puntería doble.**

Llevo toda la mañana con el piloto automático activado. Ni siquiera sé qué me ha preguntado el alumno que me mira con fijeza, a la espera de una respuesta que no le daré; ni de coña pondré en evidencia mi falta de atención. Cojo el móvil de encima la mesa y lo miro con cara de disgusto. Cierro el portátil para dar por finalizada la clase, con la excusa de atender una llamada de emergencia (inexistente) que me salva la vida.

Recorro zombi perdida los pocos metros que separan el aula de mi despacho. En las últimas horas he corrido más que en toda mi vida, he dormido menos que cuando tenía exámenes de fin de carrera y he comido como si no hubiera un mañana. Conclusión: estoy ansiosa. Hoy es el día. Acabo de coronarme como la mayor farsante del barrio, solo por querer mitigar un poco la soledad que acompaña a algunos de mis vecinos. Espero que valga la pena. Virgencita, dame suerte. Que la fachada resista; que Héctor sea majo, pero lo justo; que yo no espere sus llamadas. Que mi familia

no colapse cuando sepa en qué me he visto envuelta. Porque, tarde o temprano, la mierda flota.

Grupo El Rincón Gatuno

Ana 10:52
¿Por qué no dicen nada?

Pepi 10:54
¿Sobre qué?

Rosa 10:55
¿Qué ocurre?

Ana 10:57
¿Que qué ocurre? ¡Hemos hecho oficial la mentira! Cero comentarios por el momento; no es lógico. Os juro que me explotará la cabeza.

Héctor 10:58
Ana, dales tiempo. Mucho me temo que sí darán su opinión.

Fabio 11:03
Es raro de cojones, la verdad.

Ana 11:03
¡Gracias, Fabio! ¿Sabéis qué? Salgo a correr.

Héctor 11:05
Ana, ¿no estás en el trabajo?

Pepi 11:06
Empezamos mal si no sabes dónde está, hijo.

Ana 11:08
Pepi, ¿lo dices en serio? Esto no lo vi venir.

Pepi 11:09

¿El qué?

Héctor 11:10
Mamá, piénsalo y después nos vemos. Ana, hablamos en un rato.

Fabio 11:10
No tengo palomitas, pero me pilláis con el café. ¡Gracias!

No me enorgullece, pero sí, me he saltado el laboratorio. A la porra lo que mis alumnos piensen de mí. Algunos llevan lo de hacer pellas en el ADN; por un día que las haga yo, no se extinguirá ninguna especie. Necesito quemar energía. Punto.

Las zapatillas golpean el pavimento del campus. Corro para que mi cabeza no estalle, no para mejorar marcas; hoy no. Mi objetivo es reunir los melones abiertos, clasificarlos, ordenarlos, priorizarlos y atajarlos antes de que me exploten en la cara.

El sudor me resbala por la nuca, el flequillo se me pega a la frente y el pecho me arde como si me hubiese tragado una estufa. Sigo. Doblo en la facultad de Derecho, ¡fantástico! Solo yo podría sentirme aún peor al pasar ante un puñetero edificio. La portada de un libro de autoayuda se dibuja frente a mí: *Cómo NO arruinar tu reputación en cinco pasos*. No sé si existe o si es fruto de mi imaginación; lo buscaré.

Descuelgo sin mirar. Sé que es él; mi mente lo sabe, mi cuerpo lo sabe, seguro que el jodido universo también lo sabe.

—Dime. —Mi jadeo suena como una cafetera italiana y Darth Vader, todo junto.

—¿Has salido a correr?

—No… Estoy… escapando de mí misma.

Diez. Veinte. Treinta. Cuarenta segundos. Nada, sigue en modo *off*. ¿Pensará en qué demonios me ocurre? ¿En que, para haber dicho que sí al enredo, le doy demasiadas vueltas? ¿En que está claro que debe asistir a la despedida, pero no a la boda? ¿Que no nos queda otra para resultar creíbles? ¡Ains, no! Que esas son mis cábalas, no las suyas.

—Te llamo luego. Cuando no hiperventiles como si te persiguieran los cuatro jinetes del Apocalipsis.

—¡No! —Ralentizo la marcha hasta detenerme. Respiro con dificultad; Héctor espera—. ¿Cómo lo llevas?

—Sentado en mi despacho, estático, ¿te sirve?

—Envidio tu sangre fría, la verdad.

Diez. Veinte. Treinta. Camino de regreso a la facultad de Biología, con todos mis melones abiertos tan dispersos como antes de salir a trotar, pero más tranquila. La diferencia: Héctor. Cuarenta. Cincuenta.

—Ana, ¿te preocupa el contacto físico?

¡La leche! Un poco más y me como un bordillo.

—Mmm… Nooo.

—No deseo traspasar alguna línea roja que te hayas guardado.

—No soy de mantequilla, Héctor. Soy capaz de verbalizar mis inquietudes.

Silencio, otra vez. No como siempre; este es distinto, no incómodo, es… denso. Como si el aire pudiese espesarse entre nosotros incluso en la distancia.

—Ana —el tono íntimo con el que pronuncia mi nombre me hace sentirlo a mi lado, tan cerca que noto su presencia—, no me preocupan tus límites. Me preocupa que desconfíes de mí, que no sepas que aceptaré cualquiera que propongas, aunque no tenga justificación lógica.

Virgencita, ¡¿en qué empleas el tiempo?!

—Estarás sentado, pero no veas lo intensito que te has puesto.

Diez. Veinte.

—Uno no se convierte cada día en *crush* oficial, entiéndeme. La idea de acabar la tarde brindado por ello con chupitos de anís me fascina tanto como comer acelgas. Pero lo superaré; tengo a la mejor pareja para conseguirlo. ¿Nos encontramos en el súper media hora antes? Para ensayar un rato y comprar agua, que me juego el cuello a que mi madre se olvida.

—Hecho.

Cuelgo, dándole las gracias en mi cabeza: ha conseguido relajar la tensión. De momento.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M
¡Pero ¿qué me dices?! Abuelo, ¡a por todas!

R2-D2
¡Eso es untar al personal! ¡¿Es que nadie ve en esto un mal uso del dinero de los socios?!

Motosierra13
Encima, con la excusa, la parejita se va de puente. ¡Eso es meter la mano en la caja!

César M
No me gusta tanta exposición, la verdad.

Carmen Díaz
Ojalá mi hermana tenga suerte este año. Bloquead a R2-D2 y Motosierra13, ¡ya!

Valeria Díaz
Me encantaría ir a esa casita rural.

Severino H
A mí también.

22

Que metemos la mano en la caja; que disfrutaremos gratis de unos días en la casa rural a costa de la asociación de vecinos; ¡que los untamos! Oteo a mi alrededor cual águila avizora. Nadie conseguirá quitarme de la cabeza que compartimos oxígeno con R2-D2 y Motosierra13. Es imposible que alguien ajeno a El Rincón Gatuno, o poco activo en él, sea el artífice de semejantes barbaridades. No cuela. Asegure lo que asegure Héctor, viven muy pegados a nosotros, otra explicación no tendría sentido.

Cruzo los brazos y Pepi también lo hace. Juraría que nunca la he visto tan feliz. Pondera las bondades de esta edición especial: que los participantes puedan decidir a los finalistas, la casa rural, que los socios puedan escoger a los ganadores… Vamos, que se la sopla muy mucho el qué dirán. Ella es una revolucionaria del amor moderno.

—Queridos participantes, alzad vuestros vasos de anís —pide, con solemnidad de boda real—. Brindemos por Caza a tu *crush* y por el amor con el que Cupido nos ha honrado antes de nuestra cita del próximo trece de octubre.

Doy un paso al frente. Héctor rodea mi cintura con su brazo, como si fuera lo más natural del mundo. Inclina la cabeza y me da un beso en la sien.

—Sonríe.

—Te juro que mato a tu madre.

Su carcajada impacta contra mi mejilla, que se sonroja en el acto. Aparco de mi mente por un momento a los golpistas, a Pepi y su locura, al puñetero mundo. Me centro en Héctor. En los dedos que me aprietan las costillas con firmeza pero delicados a un tiempo; en la incipiente barba y el hormigueo que esta deja tras de sí por un simple roce; en el calor asfixiante que irradiamos ambos. En cómo es capaz de convertir una risa en una señal de advertencia con luces de neón y todo: «Peligro. Esto es una farsa, pero también un campo minado».

Alzo la vista en busca de apoyo, alguna señal que indique que no estoy como unas maracas. Una causa lógica. Una dirección.

Héctor se separa de mí, los ojos fijos en un lugar indescifrable. Quizá ni exista.

—¡Pareja! —Romeo se acerca acompañado de Sonsoles, la panadera recién jubilada, y viuda—. Muchas felicidades.

—Gracias. ¿Cómo van los nervios? —indago, y me alejo de Héctor con la excusa de coger una galleta de la bandeja que nos ofrece Fabio.

—¡No sé qué es eso! —afirma Sonsoles en un tono que delata lo contrario.

—Bajo control. Si tiene que ser para bien, que sea.

—Estupenda forma de verlo —responde Héctor, diplomático.

—Sonsoles, ¿un baile? —Romeo le tiende la mano.

—¡Por supuesto! Hasta luego, chicos.

—Se marchó por un amor no correspondido. Puso tierra de por medio, pero no consigue sacársela de la cabeza, por lo que ha regresado con la esperanza de que le dé una oportunidad —urdo, tan rápido que me falta el aire.

—¿Morirías por ganar la apuesta?

—¿Tú no?

—No.

—Cuando creo que todo fluye entre nosotros, ¡zas! Me muestras una parte de ti que me decepciona por completo. Deberíamos hablar con Cupido y sentar unas bases realmente firmes, ¿no crees?

—Desde luego, pero ¿debo considerar esa razón tan insulsa como el motivo por el que Romeo se apuntó al Caza a tu *crush*?

—Ni lo dudes.

—Ahora eres tú la que me defrauda. Tan intrépida, desinhibida, transparente y, a la hora de jugar, vas a lo seguro.

Diez. Veinte. Treinta. No digo nada. Me como la galleta a cámara lenta, con la mirada perdida en un punto estratégico: el calendario de gatitos.

—Suéltalo, no vayas a morir atragantada por guardártelo.

—Tú lo has querido. Se nota que no hemos…, ya sabes.

—¿Que no hemos, qué?

—Eso. —Nos señalo—. Si lo hubiéramos hecho, sabrías que «ir a lo seguro» no es lo mío. «Juego», «desinhibida» e «intrépida» son mi sello personal. Quedarme en lo conocido, ni en broma, rollito.

Silencio. No de los incómodos ya familiares, sino de esos que vibran, capaces de romper cristales.

Y justo ahora, como si el universo quisiera salvarnos de nosotros mismos, Pepi alza de nuevo la voz:

—¡Por el amor! ¡Por las nuevas oportunidades! ¡Y por los colchones con muelles silenciosos!

La sala estalla en carcajadas. Héctor, por primera vez desde que hemos llegado, ríe tan fuerte que mi cuerpo tiembla de pies a cabeza. Todo MAL. Demasiadas maracas de por medio.

23

La puerta de la sala de reuniones se cierra con un clic seco. Héctor ha salido con educación, sin montar un drama, dejándonos al resto de los miembros de la junta con cara de pasmo. Pepi, consciente del ligero seísmo que acaba de provocar, mira al suelo, aunque sigue organizando las mesas del evento con la precisión de un militar, hasta que se le quiebra la voz. Rosa le aprieta una mano; Fabio murmura que menudo chasco.

Miro hacia fuera, a la espera de que Héctor regrese. Sin embargo, lo conocemos y no ocurrirá.

—Pepi, todo irá bien. Confía en tu hijo.

Salgo a la calle. Lo diviso al fondo, justo antes de doblar la esquina. Es posible que yo esté a unos segundos de cruzar una línea roja no escrita. Hay circunstancias que deberían reposar, como el flan de huevo o el rencor, pero, tras el bombazo de Pepi, imposible no mover un dedo.

—¡Héctor! Espera.

Se detiene.

—Hola. —Voz neutra. Pose rígida. No invita a intervenir.

—Hola. Te acompaño a casa, o, mejor aún, ven a cenar a la mía. Juraría que Andrés te echa de menos; en mi mente lo llamo traidor. Hasta hace poco, eras mi enemigo acérrimo, él lo sabe mejor que nadie, y aun así te rinde pleitesía. Ver para creer.

Cinco. Diez. Reanuda la marcha en dirección a mi piso; me acerco a él lo suficiente para que se sienta acompañado sin invadir su espacio.

—¿Pretendes distraerme de mi pequeño drama con más tragedia? ¿A tu enemigo acérrimo?

—El antiguo Héctor era odioso, literal. No me mires con cara de no saber a qué me refiero: «Ana, esta palabra no es exacta, busca la correcta», «Ana, el artículo de hace tres meses ya trataba la misma temática, dame más opciones», «Muy visto», «Frases manidas,

fuera». De verdad, ¡ni que yo fuera periodista y El Rincón Gatuno, un periódico!

—Nunca he sabido por qué te uniste a la junta.

—Jamás has preguntado.

—Eres capaz de escribir sobre temas dolorosos desde el humor, lo cual es un arte. Yo no sabría, ambos somos conscientes, pero eso no quita que encuentre que el texto puede mejorar. ¿Acérrimo, Ana? ¿De verdad?

Casi escucho una risita cuando menea la cabeza a los lados.

—Eres peculiar, Héctor, admítelo.

—Compartimos ese rasgo.

—Cierto.

Desde la otra acera, César y Romeo nos saludan. Por suerte, parecen ir con prisa y no hacen amago de cruzar.

—Dime, ¿qué plan maléfico del destino te condujo hasta mi estricta supervisión?

—No fue qué, fue quién. ¿Lo adivinas?

Se frena unos segundos, en los que su rostro se torna serio, como si acabara de armar un puzle que se le resistía y el resultado fuera inesperado. Prefiero no indagar; el exceso de drama agota.

—Mi madre.

—La misma. Habló con la mía, que a su vez habló con mi padre, que a su vez habló conmigo. Soy incapaz de ignorar cualquier petición suya, lo saben y lo aprovecharon. Al día siguiente teníais bloguera.

—Descendemos de manipuladores.

—Así es.

En cuanto entramos en el piso, Andrés se restriega entre las piernas de Héctor. Me agacho para acariciarle el lomo.

—Colega, recuerda que soy yo la que te da de comer.

—¿Celosa? —Habla Héctor, pero con voz de… ¿Andrés?

Me incorporo.

—Un poco. —Andrés se sube a la mesa del comedor, desde donde me frota el brazo con la cabeza. Lo cojo para susurrarle al oído—: Este tipo pretendía seguir llamándote Manchitas, no lo olvides.

Ahora sí, Héctor estalla en esa risa que me intriga. Lo percibo ligero, él, único, esa versión de la que, en ocasiones, yo querría la exclusividad. Después, nada. Dos personas en un salón, dos amigos; puede que algo más.

—Si quieres, ponte cómoda. Te espero aquí.

Maldita sensación de hogar.

Cuando salgo de la habitación, Héctor se desplaza por la cocina: sobre la encimera hay huevos, lechuga, tomates, cebolla, calabacín, una lata de atún, otra de espárragos. La sartén se calienta sobre los fogones, Debussy suena por el altavoz. Fuera es de noche; es el primer día que refresca de verdad. Un socavón de nostalgia anticipada se hunde en mi pecho.

—Deja que cocine yo. —Me pongo a su lado y cojo la lechuga—. Prometo no vengarme por tus comentarios tediosos.

—Juraría que ese adjetivo se queda corto. —Suelta la lata para sujetar mi mano, adueñándose de mi atención—. Lo lamento. Pretendía ayudar, solo eso.

—Lo sé. —Me libero de su agarre. Necesito moverme—. Yo me encargo de la ensalada y tú, de la tortilla. Por cierto, ¿con o sin cebolla?

—Sin.

—La Virgen, qué desperdicio de hombre.

—Gracias por esto, lo necesitaba.

—¿Que te abriera los ojos? De nada, es un auténtico placer.

—No sé por qué he reaccionado así.

Dejo de cortar y me giro para encararlo.

—Porque quieres a tu madre, confías en ella, y enterarte al mismo tiempo que el resto de la junta de que participa en el Caza a tu *crush* supone un golpe. Juraría que ha escogido ese momento porque no sabía cómo afrontar una conversación a solas contigo.

—¿Tan rígido soy?

—No creo que se trate de eso.

—¿Entonces?

—No lo sé, pero la dueña de las respuestas vive cerca. Deberías visitarla.

Héctor asiente. Cinco, diez, quince, veinte.

—¿La invitación a cenar era un anzuelo desde el inicio?

—¡No! ¿Por quién me tomas? Me ofendes, novio de pega, que lo sepas. Ostras, otro zas en toda la boca. Así no aguantaremos…

Héctor tira de mí hacia su pecho. Me envuelve con sus brazos. Suave, firme, decidido.

—Gracias, Ana. Eres una buena amiga.

Amiga, menuda palabra cruel.

24

Blog AAVV El Rincón Gatuno

HILOS QUE UNEN GENERACIONES:

¡VEN A COSER A EL RINCÓN GATUNO!

¡Atención, vecinas y vecinos! Este otoño-invierno la asociación lanza una iniciativa tan original como entrañable: **tardes de costura intergeneracionales**. Sí, habéis leído bien. Queremos unir a nuestras sabias costureras del barrio con las personas que quieren aprender a coser y pasar un rato ameno.

Detalles de la actividad:

- **Cuándo:** todos los viernes de noviembre, diciembre y enero.
- **Horario:** de 18:00 a 19:30.
- **Lugar:** sede de la asociación.
- **Precio:** gratis para socios. No socios: 4€.
- **Requisitos para los/as aprendices:** traer su propia máquina de coser, además de las ganas de experimentar.
- **Fecha límite inscripciones:** 31 de octubre.

Ya tenemos cinco profesoras dispuestas a enseñar sus trucos, puntadas y secretos. La idea es simple y preciosa: maestra y discípulo/a pasarán hora y media entre agujas, telas, charlas y risas.

No importa si eres joven y no has cosido un botón en tu vida o si tienes experiencia y quieres compartirla: **este espacio es para ti.**

Así que…, si quieres aprender, ¡aquí estamos! Pásate por la asociación y apúntate. Porque en El Rincón Gatuno creemos que **coser no es solo dar puntadas, es tejer comunidad.**

Don Empezar-el-curso-en-el-punto-de-mira-supone-mucha-presión arquea las cejas y alterna la vista entre mi rostro y mi móvil, que parece cobrar vida en cada vibración. Virgencita, dame paciencia, que amigos sensatos me faltan. El alumno, tenaz y con una verborrea excelente, pretende arañar tres décimas en una prueba de laboratorio; los demás componentes de la junta de El Rincón Gatuno, vete tú a saber.

Me levanto de la silla con determinación, camino hacia la puerta e invito a Narciso (habría que psicoanalizar a sus padres) a salir, tras recomendarle que emplee tanta perseverancia en sus estudios. Cojo el móvil, a ver con qué me sorprenden hoy.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 09:32
Buenos días a todos. El cielo debe de escupir personas en lugar de agua; no cabe ni un cliente más en el bar.

Rosa 09:34
Con razón estabas tan callada. ¡Buenos días, queridos!

Fabio 09:35
¿Quiénes son las cinco profesoras? Me he perdido esa conversación.

Rosa 09:35
No existen.

Pepi 09:36
Aún.

Fabio 09:36
¿Ahora mentimos en todo?

Rosa 09:37
¡Por supuesto que no! Es una estrategia para animar a los vecinos. Un efecto dominó.

Pepi 09:37
Es el efecto Dedal dentro de la operación Aguja e Hilo.

Fabio 09:38
Perdemos el norte. Aviso.

Héctor 09:39
¡Buenos días!

Pepi 09:41
¡Euforia mañanera! ¿Has dormido en tu piso? ¿Solo?

Pepi 09:43
Hijo, ¿por qué no contestas?

Rosa 09:43
¿Te imaginas que es con Ana? Sería la guinda del pastel.

Fabio 09:44
Es posible que imaginemos cosas que no son. Aviso dos.

Pepi 09:44
Fabio, muy seguro te veo. ¿Acaso existe otra? Sería una alegría, aunque de lo más inoportuna.

Rosa 09:45
Quita, quita. Lo que menos nos conviene ahora es que Héctor le ponga los cuernos a Ana. Menudo Cupido chungo.

Fabio 09:48
Pepi, en ocasiones, razonar contigo es imposible.

Pepi 09:49
Hijo, lo mejor es que seas sincero con esa muchacha. Dile que te pilla en un momento convulso, que para febrero podréis retomar vuestra actividad.

Fabio, déjate de tonterías: ¿crees que me caerá bien esa chica?, ¿encaja como posible madre de mis nietos?

Rosa 09:49
Si no es Ana, espero que sea tan simpática y buena muchacha como ella.

Héctor 09:52
Este grupo debería centrarse en la asociación, no en la vida privada de sus miembros.

Pepi 09:52
Ana y tú sois nuestra cara visible. Si echas una cana al aire, importa.

Héctor 09:53
Muy bien, mamá, captado. Llueven clientes, ¿recuerdas?

Rosa 09:53
Se ha molestado. Mejor no insistir.

Pepi 09:54
Ana, te pido disculpas en nombre de Héctor. Jamás lo creí capaz de semejante traición.

Fabio 09:57
Surrealista.

Cojo la bata; no tengo tiempo para más locuras, en tres minutos empieza la clase de laboratorio. Cierro la puerta del despacho y me dejo llevar por el río de estudiantes. Desconectar la mente es lo más complejo que hay; a mí se me da de pena. Pepi y sus ideas, Rosa y su apoyo incondicional, Fabio y su prudencia (porque esperar que admita que están para que las encierren es pedirle demasiado) y Héctor y su habitual silencio. Ains, Virgencita, esa parte es la que de verdad me inquieta. Miro el móvil: no suena, no vibra, NO NADA. ¿Debería llamarlo yo? Ni de coña, a saber dónde ha pasado la noche. Asustada, me detengo para evaluar mis emociones:

- ¿Celos? No.
- ¿Curiosidad? Mucha.

- ¿Decepción? Un poco. Un mucho. Un sí, joder, sí.
- ¿Estoy metida en un buen lío? Afirmativo.
- Venga, sé sincera, no tienes nada que perder. ¿Celosa?

Subo al primer piso con la respuesta en la punta de la lengua, pero incapaz de verbalizarla. Sacudo la cabeza con la esperanza de reiniciar de forma efectiva mis facultades. Nada. Sigo lenta, torpe, obtusa. ¡Qué bonito es el autoengaño! Si no puedo decirlo, no existe. Si no existe, no debe preocuparme. Magnífica mentira, pero no cuela.

Delante de los lavabos, apoyado en la pared, uno de los camellos del campus me guiña un ojo. Cualquier otro miércoles, le devolvería el gesto antes de entrar en la primera aula a su izquierda; sin embargo, esta mañana se me antoja acercarme para pedirle un cigarrito aliñado, cuando suena mi teléfono.

El que faltaba.

—Hola.

—Buenos días, ¿ya en el laboratorio?

—Me pillas en la puerta, ¿ocurre algo? —Seca.

—He pasado la noche en…

—¡No! Héctor, no lo hagas, no cruces esa línea. Dijimos que nada de sentimientos, ¿recuerdas? No me debes ninguna explicación. Somos falsos, cartón piedra, monigotes, títeres en la operación que dirige tu madre. Punto. Te dejo, debo impartir una clase.

Pero no cuelgo, permanezco en la línea a la espera de… todo, en realidad. Diez, veinte, treinta…

—Junto con un compañero, hemos redactado una serie de medidas que ahorrarían a la empresa el equivalente a los sueldos del diez por ciento de los empleados que la dirección tiene previsto despedir. Sería un ahorro a tres años vista, pero puede funcionar. Hoy mismo enviaremos el documento al director general para que se vote en la próxima asamblea.

—Es una gran noticia, Héctor. —Casi un susurro.

—Quería compartirla contigo.

Diez. Veinte. Treinta. La pelota sobre mi tejado.

—Debo impartir clase, me pagan por ello.

—Claro. ¿Corremos juntos más tarde?

—Te aviso cuando esté a punto de salir. Que vaya muy bien el día, Héctor.

—Igualmente, Ana.

Y ahora sí, cuelgo. Diez, veinte, treinta, cuarenta, ¡a la porra! «ME GUSTA Héctor, joder, me gusta mucho», murmuro en el umbral del aula. Tres de mis alumnas se ríen por lo bajo, pero no me importa.

Primer paso: aceptación. *Check*.

Ahora, a ver cómo lo gestiono.

Virgencita, te necesitaré. No te me vayas de cena con los apóstoles.

25

Los primeros en adentrarse en el que, espero, será el lugar en el que Cupido reparta sus flechas esta noche son Valeria y Severino.

—¿Crees que Severino habrá movido ficha antes de hoy? Por aquello de allanar el terreno —le susurro a Héctor desde nuestra posición estratégica frente a la entrada de El Rincón Gatuno, donde damos la bienvenida a los asistentes.

—Ni idea, aunque Valeria parece dispuesta a darle una oportunidad —afirma él cuando la escuchamos interesarse por las dotes de baile de Severino.

A medida que llegan más participantes, me encargo de recordarles, junto a Héctor, que quince minutos antes de finalizar la noche, y si Cupido los ha bendecido con una de sus flechas, deberán escribir en el papel que les entregamos el nombre de la persona que les ha hecho tilín y depositarlo en la urna del fondo de la sala. Fabio, por su parte, ayuda a unos y a otros a guardar bolsos, chaquetas y medicinas. Rosa sigue pegada a su móvil; decidir la canción con la que abrir el baile la trae de cabeza. Por otro lado, Pepi, a la espera de sucumbir al amor, se integra con sus iguales. Miro a Héctor. No hemos vuelto a hablar del hecho de que su madre concurse hoy.

—¿Estás bien? —tantea cuando me pilla con la vista fija en él.

—Sí. ¿Y tú?

Se aproxima. Mucho. En exceso. Mierda, mis mejillas arden. No deberían, se supone que somos pareja. Virgencita, una dosis de indiferencia por aquí.

—No te preocupes por mí, Ana. Mi madre y yo hablamos y acercamos posiciones; no sufras.

—Buenas noches, pareja. —Ramón nos saluda acompañado de Virtudes, quien ríe por algo que, supongo, han compartido antes de entrar.

—Bienvenidos, chicos. Pasad y disfrutad. —Héctor señala el interior de la sala.

—¡Y que Cupido os alcance! —añado.

La siguiente en entrar es Herminia, con un bolso cargado de *porsiacasos*; la sigue Carlos, que se nos despista con dónde dejar su sombrero y lo acompaño a buscar a Fabio. Cuando me reúno con Héctor de nuevo, Romeo aparece vestido con un traje oscuro, decidido a triunfar.

—Buenas noches.

—¿Una rosa en el ojal? Romeo, eres todo un galán.

El hombre se levanta la solapa y le echa un vistazo a la flor con cierta nostalgia. Qué extraño.

—Espero regalársela a alguien antes de que acabe la noche.

—Seguro que sí. —El Héctor diplomático.

—Ese alguien, ¿tiene nombre? —Mi yo cotilla.

—Chicos, os complementáis a la perfección. —Romeo coge el papel para después y se aleja entre risas.

Pepi, sentada a una de las mesas, se acomoda el pelo mientras mira de reojo a Emilio, su compañero para la primera ronda (destripe: lo escogió ella). Romeo ocupa su lugar frente a Sonsoles, que le sonríe tímida. Ramón y Virtudes comentan la bonita coincidencia de iniciar el evento juntos. Carlos, más tranquilo, aguarda a que llegue su primera cita. En un par de minutos dará inicio la sexta edición de Caza a tu *crush*, y yo espero que valgan la pena todas las mentiras construidas para que así sea.

—Faltan por llegar cinco personas. César es una de ellas.

Mis ojos recorren la sala en busca de nuestro eterno indeciso, ¿se habrá arrepentido? Le escribo un mensaje a Estela. Ella no tarda en responderme que se acercará a casa de su abuelo a ver qué ocurre.

A las ocho y media en punto, Rosa, tras colocarse en el centro de la pista de baile improvisada (a lo sumo, cuatro metros cuadrados ganados a un archivo), da dos palmadas y un par de vueltas sobre sí misma.

—¡Vamos, queridos! Que esto no es una biblioteca. Música, por favor.

A su señal, Fabio pincha *Bésame mucho* en versión salsa. El local de la asociación se llena de un ritmo pegajoso que consigue hacer reír hasta al más serio. Herminia levanta las cejas, divertida, con la vista clavada en su pareja:

—¿Un bailecito?

Valeria es la primera en lanzarse: coge a Severino de la mano y lo arrastra cerca de Rosa.

—Emilio, no te hagas el remolón —le dice Rosa cuando lo ve desenvolverse con escaso desparpajo.

Romeo se lleva la mano al corazón.

—Toda una declaración musical. Sonsoles, ¿me concederías el honor de bailar conmigo?

—¡Ya tardabas!

Mientras tanto, Virtudes inicia un movimiento de hombros que arranca las carcajadas de Ramón.

—¿Ves? No hace falta saber bailar, solo seguir el ritmo —asegura ella.

Rosa deambula entre los candidatos y anima a los que se resisten.

—¡Vamos, Ramón! Un pasito no ha matado a nadie. Que yo sepa.

En un par de minutos, no queda un alma quieta. Algunos marcan pasos tímidos; otros se atreven a improvisar. Incluso Héctor, a mi lado, menea las caderas en una cadencia hipnótica.

—Si tú bailas, ya hemos roto el hielo por completo —bromea.

—En otra vida, Héctor.

—Ya se verá. Por cierto, ¿mantienes tu hipótesis de que ha regresado por amor? —Señala a Romeo, muy pegado a Sonsoles.

—Sí. ¿Y tú la de espía jubilado?

—Por supuesto.

—Vas a perder, jamás sabremos si tus sospechas son fundadas.

—Quién sabe.

—Eh, aquí el gen tarado de tu madre haciendo de las suyas.

La puerta se abre. César, despacio, se suma a la fiesta.

—Lo siento. El sentido común me golpeó en el último instante, pero ya pasó.

La música sigue, César se incorpora a la pista.

Ahora sí que sí. Pequeño querubín escurridizo, ¡no nos falles!

26

La música termina y Rosa, desde un rincón de la sala, da un par de palmadas:

—Todos a sus puestos, ¡empieza la primera ronda!

Los candidatos se sientan a sus respectivas mesas. El murmullo general se convierte en un zumbido vibrante. Héctor reparte las tarjetas con los primeros temas de conversación que los ayudarán a vencer la timidez, mientras que Fabio y yo corroboramos que nadie tiene problemas para leerlas. Con todo en orden, los primeros tres minutos de charla dan comienzo.

Pepi y Emilio, en la mesa cuatro, parecen cómodos. Ella ya no se atusa el pelo y él la mira directamente a los ojos.

—Bueno —dice Emilio, sonriendo nervioso—, ¿vienes mucho a este tipo de eventos?

—Es mi primera vez. Soy más de organizarlos. —Ambos ríen.

Cruzo los dedos, deseándole suerte a Pepi. Paso por la mesa contigua, en la que se encuentran Valeria y Severino.

—Sin duda, el mejor bar para desayunar en el barrio es el de la esquina. Tiene el mejor *croissant* —asegura Valeria.

—Pues yo prefiero el churro de toda la vida —responde Severino —. Aunque me podría acostumbrar al *croissant*.

¡Bien por Severino!

En la mesa cinco, Carlos instruye a Paquita en la teoría de que las plantas crecen mejor si les hablas cada mañana. Ella lo mira entre divertida y escéptica: «Jamás me he tragado semejante barbaridad», parece querer decir, pero confiesa que bautiza a los geranios de su balcón.

Avanzo hasta la mesa en la que Romeo y Sonsoles comparten sus gustos culinarios. Sigo hasta la de César, que, acompañado de Elvira, se ríe de una anécdota del barrio, que desconozco.

Los tres minutos se agotan. Aviso a Rosa, que da la señal para rotar. El salón se llena de movimiento, risas, arrastre de sillas y conversaciones con promesas de seguir luego.

La segunda ronda da inicio con más confianza, bromas y hasta un par de choques de manos, vete a saber por qué.

Busco a César, que escucha paciente a Herminia, aunque no le quita el ojo de encima a Pepi, que ahora comparte mesa con Romeo. ¡No fastidies! Aunque… No. Son amigos. Muy amigos. Amigos. O quizá… Cojo el móvil.

—Disfruta del momento. Si no fuese por ti, ellos se lo habrían perdido. —Héctor, pegado a mí, me insta a dejar el aparato.

—Ya. Es importante. Ten. —Le cedo el minutero y camino hacia una esquina.

Envío el mensaje a Estela mientras verifico, desde diferentes ángulos, mis sospechas. A la cuarta comprobación, la Tierra podría tragarme para escupirme en el otro extremo y no me impresionaría ni la mitad.

No es a Pepi a quien mira. Es a Romeo.

—¿Qué ocurre? —Héctor.

—Tienes cara de pasmo. —Fabio.

—Querida, disimula, que los asustas. —Rosa.

—Tenemos que poner en marcha una nueva operación.

Antes de que acabe la segunda ronda, pongo al día a mis compañeros.

—Necesitamos a Pepi.

—Rosa, tu fe en el resto es brutal. —Fabio nos mira a Héctor y a mí, a la espera de nuestro apoyo.

—Necesitamos a Pepi.

—Necesitamos a mi madre.

—¿En serio? —Fabio no da crédito, pobrecito.

—Mi madre es nuestra mejor arma.

—No tenemos tiempo.

—Mi amiga es la mejor celestina.

—¡Pero es su momento!

—Y el de César y Romeo —aseguro.

—Decidido. —Rosa mira hacia la mesa de César—. Que se enfurruñase hasta hacerlo obvio no lo contemplamos.

—¿Contemplamos? ¿Ya existe un operativo en marcha? —Indignada me hallo.

—Querida, desde que tienes novio, vives muy dispersa.

¡Pero ¿qué?! Observo a Fabio, que se encoge de hombros, y a Héctor, que hunde las mejillas hacia dentro. ¡La madre que las parió! Hasta en un día como hoy nos la tienen que liar.

Rosa se acerca a Pepi, que asiente con rapidez. Durante los minutos que le quedan a este bloque, barajo opciones que ayuden a la futura pareja: una última mesa impuesta a dedo, igual que la primera; mesas de cuatro para… Nada, cero ideas en condiciones. Además, ¿y si ellos quieren mantener el anonimato? ¿O si Romeo conoce el interés de César y no le corresponde?

—¿Algo que valga la pena? —Fabio, junto a mí, no pierde de vista a Romeo.

—Nada. —Héctor, al lado de su amigo, observa a César—. Aunque ahora sabemos que se apuntó en el último momento porque Romeo lo hizo primero. Ya es un paso.

—¿Seguro? —Una oportunidad. Si Héctor está en lo cierto, el plan de Romeo es provocarle.

De nuevo, el salón bulle de movimiento. En esta ocasión, Rosa se acerca a la que sería la pareja de Pepi en la ronda tres para pedirle disculpas por la interrupción, mientras yo la pongo al día del descubrimiento.

—¡Por el amor de Dios! Confiad en ellos. Si al final de la noche no han dado el paso, os juro que yo misma me encargaré de que no salgan de aquí sin haber hablado antes. Ahora, si me lo permitís, un posible *crush* me espera.

—Pero… —Nada, ya se ha ido. Ni escucharme quiere.

—Tiene un plan, seguro. —Rosa, tan confundida como el resto, no le quita el ojo de encima a su amiga—. O no. Es muy raro que no nos mande instrucciones, ¿se encontrará bien?

—Es la primera vez que no me dice qué debo hacer.

—Y a mí también —afirma Fabio—. Ahora caigo: nos ha ordenado no hacer nada.

—Cierto.

—Cierto.

—Pues sí.

Durante las siguientes rondas, escuchamos conversaciones, ayudamos a leer alguna tarjeta (más por curiosidad de los participantes que por necesidad) y observamos a Romeo y a César pasar de una compañera a otra sin perderse de vista. Ahora que lo sé, me parece tan evidente el interés de César que no comprendo sus reticencias.

Camino hasta el escritorio donde se encuentra la urna. Junto a ella, los *amiguis* charlan animados y Rosa trastea en su móvil.

—Ya tengo la canción para el cierre. Voy al baño y la pinchamos.

—Yo voy a por más bolígrafos, nos harán falta. Y papeles, que nunca saben dónde los han guardado. —Fabio se apresura a seguir los pasos de Rosa.

—¿Crees que siguen dejándonos solos a propósito?

—Ni lo dudes. ¿Ya no te pones nerviosa?

—Pero ¡¿qué dices?!

—Cada vez finges peor, o yo te pillo antes. Tranquila, dejemos esta conversación para más tarde. ¿Sabes que has ganado? Romeo regresó en busca de un antiguo amor. —Héctor me coge de la mano. Un cosquilleo conocido, una sonrisa que asoma—. Ven conmigo.

—Es bonito. Lo de ellos.

—Y triste a la vez. —Tira de mí.

Sé a dónde me lleva, así que no me resisto. No pretendía acabar así la noche, pero ver a César contenido y a Romeo anhelante me proporciona una visión clara de lo que no quiero que ocurra entre Héctor y yo. Puede que sea un rollo falso, que yo vea sentimientos donde no hay o que, por el contrario, tenga razón; el tiempo nos lo dirá. Mientras, disfrutemos.

Rosa indica el fin del último tiempo.

—Queridos, hasta aquí las rondas. Recordad que tenéis cinco minutos para anotar en el papel que os hemos dado con quién os gustaría repetir. Ya sabéis: lo dejáis en la urna y, mientras bailáis, nosotros descubriremos si Cupido ha hecho de las suyas. A las diez y media, los resultados, ¡que nadie se despiste!

Fabio pincha *Sabor a mí*. Héctor y yo, en medio de la pista, empezamos a movernos. Poco a poco, algunos de los participantes se unen; otros, como Pepi y Emilio, conversan en un rincón. Busco a

César con la mirada; necesito enfocarme en algo que no sean las manos de Héctor sobre mi cintura, en sus labios a la altura de mis ojos, en la presión de sus dedos sobre mi piel, por mucha ropa que haya de por medio.

—¿Te gusta?

—¡¿Qué?!

—La canción, que si te gusta. Mis padres solían bailarla los sábados por la noche. Cuando mi madre llegaba del bar, mi padre preparaba la cena mientras ella se daba una ducha; después de comer, me enviaban a dormir y sonaba esta canción en bucle. Recuerdo la primera vez que me levanté a investigar qué hacían: él la cogía como yo a ti ahora y ella se dejaba llevar con la cabeza apoyada en su pecho. Eran dos personas y a la vez, una. Cada uno con sus movimientos formando un todo. De adolescente, yo creía que sabría si la chica era la correcta al bailar con ella esta canción. Hasta que me di cuenta de que es demasiado antigua como para que la pongan en cualquier sala. —Aligera el ambiente con la última frase.

—Bien pensado. —Me aferro a ello.

Nos arrimamos más en cada estrofa; el mundo se queda mudo, sin ruido ni palabras que arruinen el instante. Hasta que aparece Fabio:

—Allá va César. Romeo baila con Sonsoles en la otra punta.

—¿Le pegará un puñetazo? —Rosa se suma al corrillo.

—¿A Romeo? —No me lo puedo creer.

—¡No! A Sonsoles, por robarle la pareja. César es muy visceral, y desconoce que Sonsoles está en el ajo.

—¿Perdón? —Héctor no da crédito.

—Hijo, qué torpe eres —anuncia Pepi tras él.

Pero la sangre no llega al río. Sonsoles ve a César aproximarse y desaparece. Romeo, desubicado de primeras, se recompone cuando César se para en seco frente a él. Romeo, tieso, aguanta el tipo. Cuando ya imagino que ninguno de los dos actuará, César da un paso al frente y le dice algo a Romeo, quien, con una sonrisa, retira la rosa de su solapa y la coloca en el ojal de César.

—En ocasiones, tan solo hay que creer —afirma Pepi.

27

Blog AAVV El Rincón Gatuno

CRÓNICA DEL GRAN EVENTO:

¡CUPIDO, NUESTRO MEJOR ALIADO!

Curiosos del amor, si no vinisteis el pasado sábado a la sexta edición de nuestro mágico **Caza a tu *crush***, dejad que os pongamos al día:

Abrimos las puertas con nervios y expectación. Lo primeros llegaron con tiempo de sobra (y con perfume extra); otros, justitos a las 20:30, y, cómo no, algún rezagado tuvo que correr para no perderse el inicio. Rosa, con su energía habitual, fue la encargada de poner a todos en movimiento para romper el hielo. ¡Y vaya si se rompió! En menos de cinco minutos, las sonrisas y los bailes inundaron la sala.

Durante la fase de conversaciones, por las mesas desfilaron historias, anécdotas y hasta debates sobre churros o *croissants*, pero vamos al grano, que, con tantas emociones, nos distraemos con suma facilidad.

El momento más emocionante de la noche llegó cuando Héctor y Ana anunciaron **las tres parejas finalistas** que pasarán el puente de diciembre en la casa rural, acompañando a los flamantes tortolitos de la junta. La sala entera prorrumpió en aplausos, abrazos y hasta algún meneo de celebración. ¡No es para menos!

Desde aquí, les deseamos mucha suerte a todos:

- Valeria Díaz y Severino Hernández
- César Martínez y Romeo Durán
- Pepi Luna y Emilio Zaragoza

Recordad, esto es solo el principio: **la pareja ganadora** será elegida por los socios a través de la web de la asociación. ¡Vosotros decidís quién disfrutará de dos noches a solas en la casa rural!

Avance exclusivo: muy pronto publicaremos entrevistas para conocer mejor a los finalistas y que así podáis votar con el corazón.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M
¡Estoy tan feliz! Abuelo, eres muy TOP.

R2-D2
El presidente y su chica se van de fin de semana con la pasta de los socios, ¡y ahora se les suma la madre! Esto es un desfalco en toda regla. ¡Reunión extraordinaria, ya!

Motosierra13
De escándalo. La pasividad de los vecinos resulta indignante.

César M
Muchas gracias por todo.

R2-D2
¡¿Gracias?! A la gente se la compra muy fácil.

Motosierra13
Deberían dimitir en bloque. ¡Abajo la junta! Necesitamos unos directivos honestos, que no crean que se puede echar mano a la caja sin consecuencias.

R2-D2
Tres parejas, con toda la pantomima que hemos leído en las últimas semanas, es miseria. ¡Y el gasto de la casa rural! Cupido pasa de vosotros.

Carmen Díaz

La junta debería eliminar los comentarios que no aporten.
¡Felicidades, hermana!

Valeria Díaz
¡Estoy tan contenta! Gracias, gracias, gracias.

Severino H
Son muy buena gente.

Leo los comentarios; dudo que a alguien le extrañe el contenido. R2-D2 y Motosierra13 recurren a lo fácil, a sembrar polémica, aunque el hecho de que Héctor, Pepi y yo vayamos a la casa rural es ponerles en bandeja unos argumentos que se niegan a contrastar (nadie nos ha solicitado las cuentas ni se ha acercado a la asociación). Lo que me escama es que salten en las entradas relacionadas con el Caza a tu *crush*, pero no en el resto. Si su objetivo es desgastar a la junta, ¿no deberían hacerlo con cada una de sus propuestas?

Dejo el portátil sobre el colchón y me desperezo a la par que Andrés. Hoy tengo festivo en la universidad, el sol brilla por su ausencia y mi cuerpo, aún cansado por las emociones del sábado y los veintidós kilómetros que corrí ayer junto a Héctor, se resiste a ponerse en marcha. El móvil vibra. Mucho tardaban.

Grupo El Rincón Gatuno

Fabio 11:12
¿Por qué estamos tan callados?

Rosa 11:13
Es más de lo mismo. A mí me aburren, la verdad.

Fabio 11:13
Eso sí, pero ¿dejamos que sigan a lo suyo?

Pepi 11:14
El mejor desprecio es no hacer aprecio. De toda la vida.

Fabio 11:14
¿En serio?

Pepi 11:14
Los jóvenes sois muy impetuosos.

Fabio 11:14
Flipo. Bueno, cuando queráis que tomemos cartas en el asunto, avisad.

Ana 11:15
Buenos días. Es todo muy extraño, algo no cuadra.

Pepi 11:15
Son golpistas, no eruditos.

Héctor 11:16
Son un par de inconscientes.

Fabio 11:17
Muy relajados os veo. En fin, os dejo.

Tardo cinco minutos en salir de la cama, quince en desayunar tostadas con atún y un café con leche, siete en ducharme y cuatro en hacerle carantoñas a Andrés, no sin antes confesarle mi plan y alimentarlo con una de sus latas.

En la calle respiro hondo. Me gustan los lunes, al contrario que a un porcentaje elevado de la sociedad. Disfruto con el inicio de la semana y las posibilidades de reinicio que ofrece: me encantan los «buenos días» arrastrados, las legañas pegadas a los ojos, incluso las sábanas marcadas en la piel de los dormilones. El ser humano y su renuencia a afrontar su destino me intriga y divierte a partes iguales. Supongo que, además de tener una mente inquieta, también es cabrita.

Cruzo dos calles dándole vueltas a mi misión, porque hay decisiones que marcan un antes y un después: comprarse un colchón caro, elegir entre paella de marisco o de verduras. Y esta: comprar una novela para Héctor.

Me adentro en la librería con la determinación de quien se enfrentará a una fuerza desconocida. El lugar huele a papel, madera barnizada, café y el perfume frutal de Teresa, la propietaria.

—Buenos días, Ana. ¿Te echo una mano?

Miro a mi alrededor, oteo entre los carteles que indican el género en cada estantería. Dudo si navegar sola o aferrarme a su opinión profesional, puesto que la elección es íntima.

—Busco una novela divertida. Que tenga chispa, ironía, algo de caos y que no termine con el protagonista criando malvas.

Teresa asiente sin pestañear.

—¿Para ti o para regalar?

—Es un regalo para un tipo que se hace el serio pero tiene alma de comediante reprimido.

—¿Hablamos de Héctor?

—Del mismo.

—Sígueme, tengo justo lo que necesitas.

Me deja frente a una estantería con una selección de títulos que oscilan entre lo absurdo y lo excéntrico. La perdición está servida. Veamos:

Opción A: *Un asesino en el armario y otros secretos inesperados*. Una comedia de enredos con un protagonista que descubre que su madre es una exespía y que su gato puede estar implicado. ¡Ufff! Demasiado ridícula para Héctor, aunque le vendría bien una madre ficticia para equilibrar a la real.

Opción B: *La directora chunga y el alumno faltón: vivencias en la escuela*. Según su autor, una historia trepidante llena de amenazas veladas, padres que pierden los papeles y una asociación de alumnos capaz de cualquier cosa con tal de borrar del mapa a la dirección. La Virgen, demasiado común.

Opción C: *Diario de una mujer mediocre (y orgullosa de serlo)*. La crítica dice: «Un monólogo interno hecho novela». Divertida, mordaz, con un gato que juzga todo y a todos y una protagonista que sobrevive a cenas familiares gracias al vino y a la fantasía de que su madre se convierte en oruga. Sin duda, mi favorito.

Aprieto el lomo de la *Mujer mediocre*, lo suelto. El del gato espía le va como anillo al dedo, a juzgar por su teoría sobre Romeo. Lo

cojo y leo la primera página. Es bueno. Permanezco con él en las manos un rato, la vista fija en el otro. Vino, cenas familiares y orugas; puede ser alucinante. Y demasiado para Héctor.

—Este.

Mientras Teresa me cobra, pienso en cómo se lo daré. El sábado vamos a cenar juntos: me invita por haber ganado la apuesta. También es su cumpleaños.

Salgo de la librería con la sensación de que acabo de estrechar nuestra relación mediante un gesto ínfimo que abarca más de lo que parece.

Como unas maracas, no miento.

28

Blog AAVV El Rincón Gatuno

HALLOWEEN EN EL RINCÓN GATUNO

TERROR, ANÍS Y DISFRACES CUESTIONABLES

Queridas criaturas nocturnas, vecinos encantadores y gente que tiene el valor de disfrazarse: se acerca esa gloriosa noche del año en que nuestra asociación se tiñe de negro, se cubre de telarañas e **invita a sus miembros** a una velada llena de sustos y ambiciones estéticas que no deberían abandonar jamás el ámbito privado, pero lo hacen.

- **Cuándo:** jueves, 31 de octubre.
- **Dónde:** en nuestro local.
- **Hora:** de 20:00 a 22:30.
- **Qué habrá:** música tenebrosa y concurso de disfraces con regalo sorpresa. Ojo: no es otro llavero de El Rincón Gatuno, lo hemos superado.
- Y, por supuesto, **el clásico brindis con anís**, porque el miedo se lleva mejor con un poco de ardor en el pecho.
- **No es obligatorio acudir disfrazado**, pero, si no lo haces, Rosa podría confundirte con un lienzo en blanco y actuar en consecuencia.
- **Tenéis hasta el 26 de octubre para apuntaros.**

Nota importante: no os olvidéis de saludar a Roque, nuestro esqueleto articulado, que lleva un año esperando este día con más

paciencia que un santo… muerto. ¡Este año hemos lavado la calavera! Para que no digáis que no lo cuidamos.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 10:11
Criaturas, ¿cómo va vuestro día?

Rosa 10:13
Después de dejar a las niñas en el colegio, he ido a comprar, tendido la colada y hecho la comida. Estoy agotada. En serio, necesito vacaciones.

Fabio 10:13
Es un jueves extraño. Después del Caza a tu *crush*, siempre me da bajón. Deberíamos celebrarlo cada mes.

Ana 10:13
Fabio, grábatelo a fuego: por encima de mi cadáver. Rosa, quizá te falte hierro. Que te hagan una analítica.

Pepi 10:15
Ana, ¿tan mal te trata mi hijo?

Fabio, necesitas pareja.

Rosa, ve al médico.

Rosa 10:16
No tengo tiempo ni de eso. En fin, se me pasará. Fabio, querido, apúntate a bailar; hay chiquillas majas.

Pepi 10:16
Y estupidillas. Fabio, ni caso. Yo me encargo.

Rosa, como si tengo que ir yo a por las niñas y que coman en el bar. Pide cita.

Ana 10:18
Fabio está muy callado…
Rosa, llama al ambulatorio ahora mismo.

Rosa 10:19
Que llame, dice, como si atendieran por teléfono… Bendita juventud.

Pepi 10:20
No hay como gozar de buena salud para desconocer el colapso del sistema sanitario.

Fabio, pásame por privado tus preferencias o actuaré por mi cuenta.

Rosa 10:21
Me da pena el chaval.

Fabio 10:22
En ningún momento he comentado que busque pareja. Estoy bien solo.

Pepi 10:23
Menuda chorrada. Mira, mi hijo también creía que estaba mejor solo y jamás lo he visto tan risueño como desde que sale con Ana.

Fabio 10:23
No contesto a eso.

Ana 10:24
Recuerdas que es de pega, ¿verdad?

Pepi 10:24
Déjame soñar, Aña.

Rosa, mi nuera es brutalmente franca.

Fabio, ¿crees que el otro rollo de Héctor encajaría más conmigo?

Fabio 10:25
Lo siento. Mucho trabajo. Adiós.

Ana 10:25
¿Alguna cuestión que comentar de la junta o sobre la entrada del blog?

Rosa 10:26
No. Y no cogen el teléfono, ¡¡qué raro!!

Pepi 10:27
No. Cuando decida de qué nos disfrazamos, os aviso.

Rosa 10:29
¿Nos?

Pepi 10:32
Emilio y yo.

Rosa 10:32
¡Qué bonito!

Pepi 10:32
¿Por qué no contesta Héctor? ¿Ana?

Ana 10:33
Está reunido.

Pepi 10:33
Así me gusta, que lo ates en corto.

Ana 10:35
¡¿Cómo?! Los zascas deben de ser genéticos, madre mía…

Dejo el móvil sobre el escritorio para abstraerme en el blanco descascarillado del techo; necesita una mano de pintura. Abro el portátil para contestar los correos de algunos alumnos que, a diferencia de Narciso, creen que enviar mensajes para rogar

misericordia es más efectivo que comparecer en persona. Por lo visto, el drama digital es tendencia.

Esta madrugada se ha inundado el laboratorio. Enterito. Se ha convertido en una piscina de químicos, cables y dignidad flotando a la deriva. Así que me hallo ociosa. Con ese tipo de energía que empuja a cometer una locura: llamar a cierto abogado, un *amigui*, un rollo falso, para saber qué tal le ha ido la reunión con la directiva de su empresa.

No cederé.

Mejor invertir el tiempo en investigar quiénes son los responsables de que el cuerpo de bomberos nos haya deleitado con su presencia. No ha trascendido la versión oficial, pero si tuviese que apostar, pondría mi sueldo íntegro en los de tercero. Les noto el alma rebelde, así como un nulo respeto por la asignatura que se imparte a primera hora.

—¡Adelante!

—Ana, buenas noticias. —El decano trae consigo un halo de optimismo.

—¡Tenemos financiación! —Salto de la silla y me arrojo en sus brazos. Literal. Espero que su inminente jubilación le permita interpretar mi efusividad como euforia profesional, no como un acto de cortejo.

—Todavía no, chiquilla —responde, entre risas y con cierta incomodidad—. Pero tras enviar la presentación que preparaste, una de las familias benefactoras sigue interesada.

—¿Solo una?

—Si los convences, será suficiente. —El hombre se sienta—. Solicitan una reunión contigo, a poder ser, a principios de la semana que viene. ¿Qué les contesto?

—Que me tienen a su entera disposición.

Es casi la una. Héctor permanece mudo y mis nervios, por las nubes. Sé lo importante que es para él conseguir que la dirección de su empresa crea en su propuesta; espero que le den la oportunidad de desarrollarla como se merece. Corro frente al edificio de la facultad

de Derecho y freno en uno de los parterres cercanos; quizá debería llamarlo, o enviarle un mensaje. Darle ánimos. El teléfono vibra.

—¿Y? —jadeo, cual perro asmático.

—Han aceptado.

—¡Toma ya! Lo has conseguido, Héctor. Estoy tan orgullosa. —Me ahogo, joder. El sudor me gotea por la espalda y tengo la respiración de Darth Vader después de una clase de *spinning*, pero sonrío como una idiota.

—¿Otra vez huyendo de los cuatro jinetes del Apocalipsis?

—Me tenías preocupada. Y eso es algo que no debería ocurrir. Hay normas.

Se ríe. Bajo. Al oído. No necesito verlo para saber que ha girado la cabeza hacia una ventana. Lo noto en la pausa que hace, en los segundos que transcurren, en cómo respira. Maracas, maracas, maracas.

—¿Dónde estás?

—Frente a tu templo del saber.

—¿Qué haces ahí?

—Esperar una señal. Una paloma, una columna de humo, una bandada de flamencos con pancartas que anunciaran: «¡Héctor lo ha conseguido!». Me has decepcionado. Muy poco teatro.

—No soy de efectos especiales. Me conformo con que el director general me haya ofrecido la oportunidad de liderar la presentación con los inversores. Solo eso.

—Solo eso… —Me siento, con dramatismo exagerado, sobre el borde del parterre; qué pena que no pueda verme—. «Eso» es reconocimiento, validación. El inicio de una nueva etapa. Ojalá vean que no todo son números, Héctor.

—Estoy en la senda.

—Desde luego.

Miro al cielo, azul y sin nubes, tranquilo. Yo, en cambio, tiemblo por dentro. Qué rápido vamos, o voy. Podría bajar los párpados y sentirlo a mi lado.

—¿Y tú? —Su voz suena suave—. ¿Cómo va el día?

—Maravilloso. Se ha inundado el laboratorio esta madrugada, así que el campus ha sido colonizado por tipos macizos achicaaguas.

Los de tercero están muy callados; juraría que ha sido cosa suya. Después, el decano me ha informado de que una de las familias benefactoras quiere reunirse conmigo tras ver la presentación que preparé. Si los convenzo, puede que apoquinen. Estamos en racha, rollo falso.

—Eso es increíble, Ana. Enhorabuena.

—Todavía no cantes victoria. Me han citado la próxima semana; no sé si me evaluarán para subvencionar el proyecto o si buscan controlarlo directamente.

—Irá genial. No conozco a nadie capaz de resistirse a tus encantos.

Silencio. Breve, cómodo, de esos que se producen entre dos personas que no necesitan palabras para entenderse.

—Debería regresar a la facultad —murmuro, sin muchas ganas de ser eficiente.

—Y yo, al trabajo. ¿Vendrás al entrenamiento?

—Claro, tengo que marcar terreno. Hasta luego, Héctor.

—Hasta luego.

Cuelgo. Un cosquilleo se extiende por mi pecho porque yo improviso, pero él me llama. Porque, sin saber con exactitud cuándo, ni cómo, ni por qué, este rollo falso se ha vuelto peligrosamente real, y casi, casi, pero casi, no me asusta el desenlace.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M
Abuelo, nunca te he visto disfrazado. ¡Anímate!

Valeria Díaz
Esa fiesta no acaba de gustarme.

29

La atmósfera del restaurante emana una calidez familiar que me gana desde el primer segundo: mesas de madera, manteles de tela y, de fondo, una melodía que no intenta seducir, solo sobrevivir al murmullo general. Nos acomodan en una esquina, junto a la ventana con vistas a un patio interior, mucho más romántico. A nuestra derecha, una pareja se besa con ímpetu; a la izquierda, una señora bebe vino blanco como si fuera agua bendita.

—Aún no me creo que acertaras el motivo de la vuelta de Romeo. Y que fueras a lo seguro, dicho sea de paso.

—Mira que tienes mal perder, Héctor.

—Eso también. ¿Qué te apetece?

Examino la carta. Pasta: demasiado contundente. Lasaña: después de probar la de Héctor, ni lo intento. Pizza: por lo que veo, son gigantes.

—Pediré una ensalada. No tengo mucho apetito.

—Muy saludable. Yo, una pizza cuatro quesos.

El camarero, después de recomendarme la ensalada de la casa, nos toma nota y nos sirve la bebida junto con un pan caliente que me hace la boca agua.

—No te cortes. Tampoco me mires como si fuera un oráculo. Ana, salivas.

—No me avergüenzo de ello. Joder, está de muerte. ¿Quieres? ¿No? Estás chalado. Por cierto, ¿sacamos ya el tema del romance de tu madre o esperamos al final de la velada?

—¿Era necesario cargarte así la noche? —Seco. Frío. Desconcertante.

Mierda. Mierda. Mierda. Solo pretendía quitarnos de en medio el elefante en el salón para después cenar tranquilos. La he cagado. Dejo el trozo de pan sobre el plato, me seco el sudor de las manos en el mantel. Sí, mantel; me he nublado hasta el punto de no recordar dónde está la servilleta.

—Vale. Ya está. —Héctor me sujeta la muñeca—. Para esa centrifugadora tuya. Era broma. Soy adulto, puedo hablar de mi madre y de Emilio sin que el mundo se venga abajo. Al menos, ahora sí. Sí contigo.

¡Ah! Genial. Se supone que el «sí contigo» debe tranquilizarme. Vale. Bien. Lo que él crea. Héctor no sospecha en qué punto estamos. Estoy. Es importante que me corrija: ESTOY. Puto drama.

—Eres un ser despreciable. Un poco más y…

—Ha sido gracioso. Y no he permitido que te diera un vahído, he sido bueno.

Nos sirven la cena. El olor a quesos es una puñetera delicia. Mi ensalada, por mucho langostino y aguacate que lleve, se ve tan insulsa que me dan ganan de llorar.

—Disculpa, ¿nos puedes traer un par de platos? Al final, compartiremos.

—¿En serio? ¡Ains! Qué feliz me haces, Héctor. Acabas de subir dos posiciones en mi lista de amigos especiales. Eres un amor —declaro con palmadas incluidas.

—Y tú, una lianta de mucho cuidado.

El primer mordisco a la masa no decepciona. Mi gemido es más propio de una vaca en proceso de parir que de una veinteañera en la que, se supone, es una cita con su *crush*.

—¿Hace mucho que conoces este local? No me extraña que insistieras en venir aquí, la comida es extraordinaria.

—El propietario era amigo de mi padre y veníamos en las fechas señaladas. Ahora vengo un par de veces al año con mi madre, para recordar viejos tiempos.

Me detengo. El queso fundido se despliega como una telaraña entre la masa y mi boca. Engullo, puesto que no sé qué decir.

—Ana, ¿tienes algún lugar favorito?

—Sí. Claro. ¿De qué tipo? Perdona, ya me centro. La casa de mis padres, la de aquí, no la de la ciudad; mi piso; el laboratorio, cuando no hay nadie; el bosque a primera hora de la mañana; un pequeño restaurante en la costa en el que cocinan el mejor arroz con bogavante que hayas probado; una tienda muy cuqui de decoración que hay en el barrio donde vive mi hermana; la piscina en la que mi

padre nos enseñó a nadar. El parque en el que corremos; la asociación; Andrés. Te toca.

Diez. Veinte. Treinta. Cuarenta. Me niego a claudicar ante la corriente que me arrastra hacia él. Necesito más señales, gestos, palabras que demuestren que no es un espejismo, que somos reales, no dos actores que van a más en mi imaginario. Cincuenta.

—Este sitio; la casa de mis padres; el bar donde prácticamente me crie; el bosque; el parque; una playa en el norte de difícil acceso, que sé que te encantaría; la barca de mi abuelo, que sigue amarrada en el puerto de su pueblo. Lugares sencillos repletos de recuerdos. Somos unos sentimentales, Ana.

—Cierto. —Me revuelvo en la silla—. ¿Tu madre?

—Seguimos bien. La veo tan feliz que desear que les fuera mal sería egoísmo puro. Jamás he actuado pensando en mí, y no empezaré ahora. Además, Emilio es un buen hombre, me cae bien. Eso facilita que supere la fase de aceptación.

—Por tu madre y por Emilio. —Levantamos los vasos de agua—. Y por lo lista y rápida que soy.

Su carcajada brota espontánea. Miro a los lados, convencida de que más de un comensal se ha girado para observarlo. Así es. Una, dos, hasta cuatro personas lo miran con una sonrisa bailándoles en los labios. Igual que yo. Me centro en él. En lo mal que me caía, en lo mucho que lo evitaba, en el pánico que sentí cuando escuché el plan de Pepi. ¿Cómo se puede vivir tan equivocada?

Salimos del restaurante pasadas las once, sin una sola mención a que, en menos de una hora, finaliza su vigésimo sexto cumpleaños. Bendita Pepi y sus indiscreciones. El peso del libro en mi bolso, la luz de la luna filtrándose entre los árboles, las estrellas, el aire fresco acompañando nuestros pasos sobre la gravilla. Como se diría: nos ha quedado una bonita noche.

El trayecto hasta su piso transcurre en un suspiro. La radio del coche encendida, mis ojos de un lado a otro del habitáculo: ordenado, limpio, con olor a pino. Muy él. No por el aroma a bosque, sino por lo bien que refleja su carácter.

—Te acompaño hasta tu portal. Es tarde.

—Ni de coña, estaría bueno. Mmm…, Héctor, ¿no se te ha olvidado contarme algo? —Me balanceo sobre mis pies.

—¿El qué?

—Virgen santa, me agotas. De una forma u otra, puedes conmigo. Anda, ten. Espero que te guste. ¡Feliz cumpleaños!

—¡Oh! Eso. —Se lleva la mano libre a la cabeza unos segundos—. No era necesario… Por eso no quise decírtelo. En realidad, no somos nada. No deberías sentirte obligada.

—¡Cállate y desenvuelve!

—«*Diario de una mujer mediocre (y orgullosa de serlo)*». El título promete. Hoy mismo lo empiezo.

—¿No vas a salir con Fabio, Elías y los demás para celebrar tu cumpleaños?

—Mañana, después del partido, los invitaré al vermut, poco más. Justificaré tu ausencia, no te preocupes. Ya tenemos demasiados compromisos en pareja, no sumaré otro. ¿De verdad que no quieres que te acompañe?

—Verdad verdadera, rollito.

Héctor elimina el espacio entre nosotros, me envuelve con sus brazos, besa mi mejilla.

—Gracias —susurra—. Buenas noches, Ana.

Cuando se separa de mí, el frío me invade.

—Buenas noches, Héctor. Lo he pasado… ha estado bien.

Por el camino, el fresquito de octubre se cuela por las mangas de mi chaqueta; me gusta la sensación. Miro al cielo: las estrellas no brillan como en el aparcamiento del restaurante. Sin duda, un lugar precioso para una primera cita, aunque a lo nuestro no se le pueda colgar esa etiqueta.

Entro en casa. Andrés me recibe con un bostezo felino, como si viniera de picar piedra y no de dormir sobre una superficie mullida. Le rasco detrás de la oreja. Me tumbo en el sofá y él se enrosca sobre mi barriga.

—Colega, soy una mujer adulta, con dos carreras, un gato, capacidad para coordinar grupos de investigación y a alumnos con delirios de grandeza. Saldré ilesa de la operación Cupido Vecinal, ¿verdad?

Andrés me mira escéptico.
—Mal. Muy mal. Así no hay quien confíe en el futuro, amigo.

30

Escucho el móvil. Salgo del baño tan rápido que un poco más y me llevo por delante a Andrés. Descuelgo el aparato a la vez que me lanzo sobre el colchón.

—Diga.

—¿Te pillo bien? —Héctor.

—Más o menos. ¡Bah! Te doy un sí para que te quedes tranquilo. Y a Andrés también lo coges en buen momento. —Miro a mi colega, que me observa desde la cómoda con una cara de notable desprecio.

—¿Qué tal la reunión? Venga, cuenta. Me tienes abandonado.

—¡Claro! No te lo vas a creer. Yo sigo en proceso de asimilación. —Me giro para perder la vista en el techo.

—Te escucho.

—No te he hablado nunca de Narciso; pues bien, Narciso es un alumno de primer año que, cada vez que pongo un examen, acude al despacho a rascar unas décimas, por eso lo mantengo bajo mi radar. La familia inversora, ¡es la suya! Narciso padre y María son encantadores, aunque me han noqueado un par de veces. Te pongo en situación: restaurante caro, potenciales inversores, investigadora, miles de euros en juego, y me sueltan: «Queríamos conocerte por dos razones: una, la investigación; dos (y aquí viene el momentazo), porque no todo el mundo sabe decirle que no a nuestro hijo».

—¿Literal?

—Palabra por palabra. Me he quedado con el tenedor a medio camino de la boca, como si alguien hubiera apretado el botón de pausa. ¿Cómo puede ser tan extraordinario saber decirle que no a alguien?

—Ni idea. Hubiese pagado por ver la escena, y a ti con la boca cerrada.

—En realidad, la tenía abierta.

—Mira que eres tonta. Al final, ¿invierten?

—Sí, el cien por cien. Becas, equipos, campaña de divulgación… Todo, Héctor, esta gente va con todo.

—Ana, es genial. De verdad. Me alegro.

—Lo sé. ¡Ah! Y otra perla: al despedirnos, María me ha dicho que esperaba que mi hijo se contagiase un poco de mi sentido de la realidad. Te juro que, por un segundo, creí que era una broma. Pero no.

—No te conocen. Dales un respiro.

—Vete al cuerno. ¿Qué tal tu día?

—Ha sido bueno, sin sobresaltos. Por cierto, me quedan veinte páginas para acabar la novela. La empecé sin expectativas y resulta que no quiero que se termine. Hay un fragmento buenísimo. Un momento, voy a por el libro. Vale. Escucha: «El problema de aparentar ser una mujer cabal es que, cuando por fin te sacudes el miedo y el disfraz, la gente te observa como si hubieras prendido fuego a una gasolinera».

—Es brutal.

—En cuanto termine de leerla, te la presto.

—¡Vale! Por cierto, este fin de semana iré a la ciudad a ver a mi familia. He pensado en inventarme que tienes un partido al que no puedes faltar porque estáis bajo mínimos en el equipo, por si a Santi le da por escribirte. Y, otra cosa, recuerda reservar el último sábado de noviembre: es la despedida.

—Lo tengo presente.

—En un rato te envío el artículo para el blog. Primero saldré a correr. Sola, si no te importa. Necesito rumiar un par de temas del trabajo.

—Por supuesto. Buenas noches, Ana. ¿Nos vemos mañana en el entreno?

—Allí estaré. Buenas noches, Héctor.

Reparo en que ya no escogemos por turnos qué haremos, sino que, desde que optamos por dejarnos fluir como amigos, el rollo falso ha dado paso a una sincronía inesperada. Cojo a Andrés y me lo llevo al pecho. Qué cabrona es la vida: te apuntas a una farsa con fecha de caducidad y acabas preguntándote con quién compartirás ciertos momentos cuando esta expire.



31

Grupo El Rincón Gatuno

Ana 08:11
La web se ha caído. En cuanto pueda, me pongo en contacto con el servidor.

Rosa 08:13
Querida, en cristiano. No todos hablamos raro.

Ana 08:13
La web no funciona. Después de la primera clase, intentaré averiguar qué ocurre. No toquéis nada, os lo ruego.

Héctor 08:14
Puedo llamar yo en un rato.

Ana 08:14
Genial. ¡Gracias! Fabio, ¿cómo sigues?, ¿resucitaste?

Fabio 08:15
Muerto. No salgo más con vosotros ni aunque Pepi me ofrezca su arroz al horno de los domingos.

Rosa 08:15
¿Qué le habéis hecho al chiquillo?

Pepi 08:15
¡Buenos días! El artículo ya saldrá, Ana; los vecinos pueden vivir unos cuantos días más sin saber cómo preparar el pastel de calabaza y las momias de hojaldre y chocolate. Que se busquen la vida un poquito.

Héctor 08:17
Salimos a correr.

Ana 08:17
Un poco.

Fabio 08:19
Veinticinco kilómetros por la montaña, de noche, ¡con lluvia!

Héctor 08:20
Nadie te obligó a apuntarte.

Fabio 08:21
El comentario de Marta tampoco me ayudó a quedarme en casa, lo confieso.

Pepi 08:22
Esta noche, todos enfermos. Pero ¿qué necesidad tenéis? ¿Buscáis compartir un trauma que estreche vuestros lazos?

Ana 08:22
Se pican con nada. Yo propuse una vuelta corta y Héctor se vino arriba con una especie de triatlón.

Rosa 08:22
Necesito saber qué te dijo Marta, Fabio. Detalles, por favor.

Héctor 08:23
Flojo.

Fabio 08:24
Gracias, amigo. Tu palabra es un bálsamo para mis costillas magulladas.

Pepi 08:26
Esa muchacha me cae bien. Fabio, ¿te interesa? Yo sigo con la búsqueda, pero puede que encuentres a tu chica ideal más cerca de lo que crees.

Ana 08:28
Ahora en serio, ¿te duelen las rodillas?, ¿la dignidad?, ¿todo junto?

Fabio 08:30
Sigo en la cama.

Pepi 08:33
¿Tan mal fue, hijo?

Héctor 08:34
Se comió un árbol caído y rodó unos cuantos metros colina abajo.

Pepi 08:34
¿Y no se os ocurrió llamar a una ambulancia? ¿Llevarlo al hospital?

Ana 08:35
Imposible. Hizo acto de presencia su carácter arisco y no dejó ni que le revisáramos las heridas.

Rosa 08:37
¿Qué demonios hay en vuestra cabeza? ¿Serrín? ¿Aire?

Fabio 08:40
Os dejo, me llama el jefe.

Héctor 08:41
Muy oportuno. Yo también os dejo. Zanjo un par de temas y realizo esa llamada.

Ana 08:41
¡Hasta luego! Fabio, cuando salga de aquí, voy para tu piso. Llevaré algo dulce.

Rosa 08:42
Dejo a las niñas en el colegio y me paso también.

Pepi 08:43
Sobre las doce te acerco la comida. Hoy toca caldo; no luches, déjate cuidar.

32

Cierro la puerta de la habitación de invitados con más sigilo del que jamás imaginé tener. Clic. He ahí el sonido de la libertad. O, al menos, del respiro.

La casa de mi hermana sigue despierta al otro lado del pasillo: la carcajada de mi padre, el ruido del lavavajillas, mi madre y su típico: «¿Alguien quiere mantecados?» después de cenar, aunque sea octubre. Todo fluye, menos yo. Por suerte, la excusa de que la semana me ha dejado exhausta ha funcionado. No sé cuánto tiempo más habría resistido antes de que alguien me exigiera una presentación oficial de Héctor a la familia.

Me dejo caer sobre la cama sin deshacerla. Encima de la colcha, con la cara hundida en el cojín, valoro si seré capaz de dormir si no hago lo que el cuerpo me pide. Me giro para observar el techo: blanco e inocente. ¡Qué envidia!

Saco el móvil del bolsillo del pijama. Es ridículo, no sé si llamarlo. ¿Quizá un mensaje? Miro su foto de perfil, correcta, sosa; neutra, diría él. Nada que ver con la mía, en la que aparezco disfrazada de unicornio.

Dudo. Mucho. Durante casi diez minutos, juego con el aparato como si tuviera cuarenta y siete botones secretos y cada uno activara una catástrofe distinta. No debería llamarlo. Es sábado. Estará con sus amigos. Lo echo de menos. A él, sus silencios con intención, la voz seca… Maldita sea.

Tres tonos. Cuatro. Cinco.

—¿Ana? —El ruido de fondo mengua, como si se hubiera metido en un armario o, más probablemente, salido del *pub*.

—¿Molesto? —se me escapa.

—¿De qué hablas? Me has salvado de iniciar una discusión sobre si usar calcetines con chanclas resulta visualmente ofensivo.

—¡La Virgen! Debes de estar con Fabio y Elías; lamento interrumpir.

—Y con dos amigos más a los que no conoces. —Se escucha una moto cerca. Luego, pasos—. ¿Estás bien?

Es la primera vez que lo llamo yo, normal que sospeche que me encuentro al borde de la histeria.

—Sí. Bueno, no. He fingido que me iba a dormir para no responder por tercera vez qué planes tengo con mi chico.

—¿Tu chico?

—Tal cual. Juraría que evitan pronunciar tu nombre porque lo otro les parece más real. O puede que sea un mantra para que yo acabe de creérmelo. Que me conocen, y lo de nuestro romance exprés no acaban de asimilarlo. Demasiado reacia durante años a sentar cabeza, como alega mi madre. ¿Y tu noche?

—Mi mayor dilema ha sido elegir entre agua o cerveza. ¿Te cuidan bien? Al margen de que te interroguen, claro.

—Mi padre ha preparado su tortilla de verduras, y mi hermana, pastel de queso. Brutal.

—Entonces seguro que apruebas con nota el fin de semana. Bien alimentada se piensa mejor.

—Eso espero. ¿Vas de camino a casa? Escucho tus pasos sobre el asfalto.

—Sí. Cuando acabemos de hablar, le enviaré un mensaje a Fabio para avisarlo. —Cinco. Diez. Quince—. Te echo de menos, Ana. Pasamos tanto tiempo juntos últimamente que es extraño organizar un plan que no contemple coincidir contigo en algún momento. Prefiero ir a casa, leer un poco, escuchar música. Mañana regresas y podremos correr por la montaña. Si se lo propongo a Fabio, capaz que me pega.

—Pobrecillo. No te rías, que lo ha pasado fatal.

—Oye, si necesitas refuerzos, avisa. Podemos hacer una videollamada a cualquier hora, para que yo los salude. Total, ya nos conocemos todos, e igual así te dan una tregua.

—Hecho. Y gracias por coger el teléfono. Buenas noches, Héctor.

—De nada, ha sido un placer. Buenas noches.

Cuelgo. Sigo tumbada, con el móvil pegado al pecho, como si todavía pudiera escuchar su voz. No sé qué es esto, pero ya no me siento tan sola; para mí es más que suficiente. Mañana regresaré al

pueblo, con Andrés, que me mira mal cuando divago, y con Héctor, que me trae lasaña. Por primera vez desde que mi familia se mudó a la ciudad, no se me hace bola.

33

Cruzo el umbral de la asociación a las ocho y cinco con paso lento, fúnebre, teatral. El aire huele a anís (se supone que es para el brindis final), galletas de jengibre y a laca barata, lo que confirma que Pepi ha peinado las pelucas, para aquellos que decidan disfrazarse en el último segundo, con excesivo entusiasmo.

—¡Morticia ha llegado! —grita Rosa desde un rincón de la sala, enfundada en un tutú naranja, alas de murciélago y lo que parece una peluca de Elvis Presley.

Me acerco a su posición, incrédula. Cada año es peor que el anterior.

—Señora…, su falta de sobriedad me preocupa.

Rosa ríe como si acabara de escuchar el mejor chiste del año; levanta su copa de anís. A mi lado, Héctor, en versión Gomez Addams.

—Dama de la oscuridad, el inframundo le pertenece esta noche. —Me ofrece su brazo.

—Y yo sin haber pasado por manicura —susurro al engancharme a él—. Menudo desliz.

La sala está irreconocible: telarañas artificiales cuelgan de los fluorescentes, manteles con estampado de calaveras visten las mesas, y Roque, nuestro esqueleto articulado, ha sido ascendido a maestro de ceremonias, con sombrero de copa incluido. En cada canción, alguien lo saca a bailar. Ahora es el momento de Fabio, que lo hace girar al ritmo de *Thriller*; él va vestido de vampiro, con capa incluida, y dos colmillos que no le permiten cerrar la boca por completo.

—¿No se suponía que irías de zombi?

—¡Me lo pisaron! Rosa se presentó de murciélago, y ya sabes que con ella no se negocia.

—¡Eso te pasa por no informar! —interviene Pepi, disfrazada de bruja, detrás de una mesa, barra improvisada, desde la que Emilio y ella sirven refrescos, anís y conjuros (zumos) varios.

—La noche progresa según lo previsto. Disfrutemos.

Héctor tira de mí hasta el centro de la pista. Romeo, vestido de Drácula clásico, levita alrededor de César, que permanece serio, casi molesto.

—No me asustas, bicho de pacotilla. Voy a por una copichuela —anuncia César.

—¡Para mí, una dosis de cero negativo! —le pide Romeo entre risas—. Es muy poco cómico. Os dejo un trozo más de pista; voy a asegurarme de que me pide algo, que es capaz de dejarme seco.

Romeo bate su capa en busca de su amado.

—Una pareja curiosa. Lo llevan bien. —Héctor mira hacia ellos, que aguardan su turno frente a la barra.

—Sí, o eso aparentan. ¿Bailas, señor Addams?

Nos deslizamos por la pista, donde saludamos a Severino y Valeria, que, pegados como lapas, demuestran una forma física envidiable en el siguiente pasodoble.

—¿Qué disfraz te gusta más? —susurro, para que ningún concursante ponga la oreja.

Mala idea. Héctor acerca aún más nuestros cuerpos para responder:

—Sonsoles, de Barbie zombi, tiene su punto. ¿Y a ti?

—El hombre lobo de Ramón, con la bala de plata incrustada en el pecho entre tanta pelambrera, es brutal.

Dicho lo cual, busco que el aire circule entre nosotros separándome un poco de Héctor, quien no debe de considerarlo necesario, pues, en cuanto doy un par de pasos hacia atrás, él los da hacia delante.

Genial, fantástico, fabuloso. Repito y… ¡otra vez! En esta ocasión me coloca una mano en la espalda con cierta determinación, puede que… ¿con posesividad? Juro que no he bebido ni un solo trago de anís.

Después de tres canciones y cero intentos de huida, no puedo más. Fabio baila con Virtudes, que luce una de las pelucas de Pepi; Rosa, en un rincón, le enseña unos pasos a Ramón. Necesito espacio, respirar, procesar un plan de amigos sin derechos para mi novio falso.

—Rollito, voy al baño.

Me suelto de su agarre con brusquedad. Lo miro cuando me doy cuenta de ello; evidentemente, demasiado tarde. Héctor, descolocado, me observa; sé que no comprende mi actitud y anda en busca de la razón. Seguro que espera que sea lógica. ¡Ufff! Qué cruz.

Niego con la cabeza y me voy.

Héctor me sigue. Lo sabía.

—No huyes, ¿verdad?

Virgencita, un poquito de comprensión, por favor. ¡Ayúdame!

—¿Pretendes venir al baño conmigo?

Se frena en seco y lo dejo atrás. Menos mal. Entro en el cubículo, apoyo la espalda en la pared. Uno, dos, tres, cuatro, me da por contar. Es verdad lo que se rumorea: cuando pasas mucho tiempo con otra persona, se te pegan sus manías. Cinco, seis, siete. En cuanto salga, iré a por una bebida y, con suerte, podré secuestrar a Fabio para una charla. Media hora sin Héctor es lo que me pide el cuerpo. Tiro de la cadena. Salgo.

—¿Qué ocurre?

Héctor, desafiando cualquier normativa de higiene, me espera apoyado en la encimera del lavamanos.

—¡Hostia! Menudo susto. ¡¿Qué haces aquí?!

—Hablar contigo.

—Ya veo. —Me lavo las manos, por mantenerme ocupada.

—¿Te diviertes?

—Sí. ¿Tú?

—He bailado con mi chica —«rollo falso», corrijo en mi cabeza— y con un esqueleto de plástico al principio de la velada, ¿qué más se le puede pedir a la noche?

—Comer sesos, beber sangre, sacrificar a una virgen…

Cuando nuestras risas se apagan, llega el mutismo: cómplice, cómodo, nuestro.

—¿Qué ocurre? —Héctor me toma de la mano y me conduce hasta él—. Cuéntamelo.

—Deberíamos bailar con más personas. En realidad, quedar con más personas. Que me eches de menos no entraba en los planes.

¡Pero ¿qué digo?! Mierda, no me vi venir.

Héctor me suelta y se pone en pie. Diez, veinte, treinta. Es insoportable. Me desquicia su actitud. Esperaba un «vale», un «claro», quizá un «por supuesto». Encuentro seriedad, distancia, algo más que se me escapa.

Llega Rosa:

—¿Dónde están mi dama gótica y su maromo adicto al silencio?

—Aquí —responde él.

—Bien. Empiezan las votaciones para el concurso de disfraces, os necesitamos.

Cuando desaparecen, me quedo un momento más a solas. Soy una bocazas; con lo bien que íbamos, y acabo de cargarme algo. ¿El qué? No lo sé con exactitud, pero algo.

34

Blog AAVV El Rincón Gatuno

ENTREVISTA

SEVERINO Y VALERIA, LOS AMANTES DE LOS CULEBRONES

Queridos amigos de El Rincón Gatuno, como lo prometido es deuda (y aquí estas se pagan con anís o con contenido exclusivo), inauguramos nuestra miniserie de entrevistas a las parejas finalistas de la sexta edición de Caza a tu *crush*. Ellos serán los afortunados que compartirán confidencias, desayunos y, probablemente, ronquidos en la próxima escapada a la casa rural. ¿Queréis conocerlos un poco mejor antes del fin de semana romántico? Pues empecemos por Severino y Valeria, los reyes de las telenovelas.

Ana: Valeria, Severino, bienvenidos y enhorabuena. ¿Os esperabais ser finalistas?

Valeria *(cruza las piernas, ajusta su collar de mariposas)*: Yo ni siquiera me esperaba acabar con cita; hasta ahora jamás había sido así. Vine por insistencia de mi hermana Carmen. Bueno, también por pasar un buen rato. Pero mira tú, Severino, el tímido del segundo, resultó tener labia. Y mirada. Y brazos. Todo bien empaquetado.

Severino *(mira al suelo antes de responder, le brillan los iris)*: Llevaba tiempo con intención de hablarle. Desde que coincidimos en una reunión de vecinos del bloque, puse los ojos en ella, pero no encontraba el valor ni las palabras exactas.

Héctor: ¿Es cierto que vuestro primer tema de conversación giró en torno al desayuno?

Valeria: Sí. Este hombre defiende los churros como si fueran religión. Yo soy de *croissant*, punto.

Severino: Pero nos hemos adaptado. Ahora desayunamos zumo, churros, *croissant* y… algo más dulce que la mermelada *(se ríe)*.

Valeria *(golpeando una uña con otra)*: Eso último lo dice por los besos. Por si no lo habéis pillado.

Ana: ¿Cuál fue el momento del clic, el instante exacto en que dijisteis: «Uy, me gusta»?

Valeria: Cuando bailamos. Siempre me han gustado los hombres que saben conducir a una mujer. Severino te conduce al cielo.

Severino: Como he dicho, lo mío viene de lejos. Fue un día de lluvia en que Valeria entró en el portal empapada. Verla entrar con esa dignidad me cautivó.

Héctor: ¿Qué esperáis del fin de semana en la casa rural?

Severino: Paz, naturaleza, tiempo juntos.

Valeria: Y que el baño tenga pestillo.

Ana: Por el amor de Dios, que lo tenga.

Héctor: ¿Unas palabras para terminar?

Valeria: Que la vida sorprende cuando estás fuera de tu zona de confort…, aunque sea en una sala con lámparas de flúor y Rosa poniendo salsa.

Socios de El Rincón Gatuno, no perdáis de vista a esta pareja: se viene fin de semana con potencial para historia de amor o novela de enredos, el tiempo lo dirá.

Permaneced atentos al blog. Pronto, segunda entrevista.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 10:11
Chicos, muy mona la entrevista de Severino y Valeria, pero ¿por qué no hemos contado lo de la colchoneta de pilates?

Ana 10:11
Porque no es un blog erótico.

Rosa 10:13
¿Qué me he perdido?

Fabio 10:14
¡Gracias, Rosa! Estaba esperando que a alguien más le pudiera la curiosidad. Quiero contexto, por lo que más queráis.

Ana 10:14
En la clase de la semana pasada, se fueron los dos al trastero a colocar las colchonetas y tardaron diecisiete minutos. Nos contaron que el ejercicio les viene muy bien, sobre todo el pilates.

Rosa 10:15
¿Cómo lo sabes?

Ana 10:16
Porque le pregunté a Pepi. La risilla de ambos era… demasiado cómplice.

Rosa 10:16
Bueno, que cada uno explore sus pasiones como quiera, ¿no? Igual que lo de la vela.

Fabio 10:16
¿Lo de la vela?

Ana 10:17
¡¿Qué vela?!

Rosa 10:17
Una con olor a brisa sensual. Valeria la trajo al taller de risoterapia y dijo que la ayudaba a «concentrarse».

Pepi 10:17
No mientas. Afirmó que la ayudaba a conectar con su centro, y después le dio una palmada en el trasero a Severino.

Fabio 10:18
Qué a saco va la juventud.

Pepi 10:18
Demasiados años de sequía.

Rosa 10:19
¿Hablas por ellos o por ti?

Héctor 10:19
¡Que es mi madre!

Ana 10:19
Y mujer.

Fabio 10:20
No opino.

Héctor 10:21
He decidido silenciar este grupo por salud emocional.

Pepi 10:21
Hijo, no aguantas ni una broma. ¡Ah! Hace años que perdí el himen.

Héctor 10:22
¡Mamá!

Pepi 10:22
Ah, pero ¿no nos habías silenciado?

Revoloteo por la cocina con el altavoz del móvil activado, una sartén al fuego con unos huevos revueltos y Andrés observándome igual que una esfinge peluda desde lo alto del especiero.

—Marta irá a por los globos de números y Eloy se encargará del pastel. ¿Seguro que no sospecha nada? A mí me da que se hace el tonto.

—Si lo hubiera descubierto, nos lo refregaría en los morros —afirma Héctor.

—Muy seguro te veo.

—¿Cuándo Fabio se calla algo?

—Vale, sí, tienes razón. Por cierto, ¿por qué la junta no habla de los comentarios de R2-D2 y Motosierra13? Es imposible que solo a mí me hierva la sangre.

—No puedo hablar por los demás. Por mi parte, diré que una confrontación pública no beneficia a nadie.

—Te lo compro. Aunque contemplar el bloqueo de comentarios, o que nosotros tengamos que aceptarlos antes de que se publiquen, no sería descabellado. ¿Te importa si lo propongo en la próxima asamblea?

—En absoluto. —Vierto la cena en un plato y me siento a la mesa; Andrés salta a una esquina, con todos sus sentidos pendientes de mis alimentos. Treinta. Cuarenta. Cincuenta. Sé que Héctor tiene algo más que decir—: Ana, ¿estás preparada para sacar el tema de lo que ocurrió en Halloween?

¡Ah! Eso. Pequeño detalle sin importancia.

—Mmm… No. Si afirmase lo contrario, me daría un ataquito y quiero vivir, Héctor. A poder ser, sin conflictos ni suicidios verbales.

—¿Me avisarás cuando…

—Nunca. Olvídalo. No ocurrió. Fin.

—Pero sí…

—No.

—Es que…

—Ni de coña, rollito.

Su risa, a través del móvil, me pone los pelos de punta. Observo los de mi brazo. «Por eso, Héctor». Justo por cómo reacciono ante él, mejor me callo.

—De acuerdo, aunque tendrás que darme algo a cambio.

—¡¿El qué?!

—Una comida de domingo con Emilio y mi madre. Por aquello de mantener la fachada.

—¡Ufff! Imaginé que pretendías algo más sucio. Comer es aceptable.

—Define «sucio», Ana.

—¡Ni por todas tus lasañas futuras! Buenas noches, Héctor.

—Buenas noches, Ana.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M
¡Me encanta la entrevista!

R2-D2
Se van gratis de fin de semana. Vecinos, llegó la hora de tomar partido. Además, lo de Valeria huele. ¿El año pasado su hermana y este año, ella? ¡¡Enchufe!!

Motosierra13
Me gustaría saber cuánto ha costado el alquiler de la casa en cuestión. Es imposible que con lo que se recauda en el Caza a tu *crush* puedan sufragar el gasto. ¡Vacaciones pagadas a nuestra costa!

César M
No comprendo qué necesidad hay de ciertos comentarios.

R2-D2
César M, habló uno de los que viajan gratis.

Motosierra13
Comida, transporte, material para las dinámicas que hagan… No es solo el alquiler. ¡¡Dimisión!! Y anulación del Caza a tu *crush*, ¡ya! Menos baile y talleres de risoterapia y más cursos que interesen de verdad.

Carmen Díaz
¡Infames!

Valeria Díaz
La envidia es muy mala.

Severino H
Y la infelicidad, más.

R2-D2
¡Vendidos!

35

En un *pub* que ha vivido tiempos mejores, Fabio pretende que su cumpleaños finalice con el mayor ridículo de todos los tiempos: el karaoke. Virgencita, un fundido de plomos sería de gran ayuda. Estírate, anda.

Miro a los lados: Dani y Manuela ya han hecho su elección; Marta le arrebata a Fabio la lista de títulos; Eloy no habla, pero sus brazos cruzados dejan clara su postura.

—Canto de pena, Héctor. —Me giro a mitad de frase, pero él no está. ¿Habrá desertado sin mí? Traidor.

—Suele ser el primero. —Fabio se acoda en la mesa de pie—. ¿Con qué nos deleitarás?

—Con nada.

—¡No seas aguafiestas!

—Fabio, mis cuerdas vocales graznan. Cero armonía, ¿lo pillas?

—Tengo vértigo y me habéis regalado un salto en avioneta. Cantáis.

—El rencor no es buena compañía, amigo.

—Y reírse de uno mismo es salud, amiga. Para muestra, él.

—¿Va en serio? —murmuro.

Héctor agarra el micrófono con seguridad, postura firme, decisión. Parece un puto ídolo de quinceañeras. Los focos, rojos, azules y amarillos, vuelan sobre el escenario. Las primeras notas de *Livin' la vida loca* estallan en los altavoces. Héctor no solo canta, ¡baila! Se mueve con soltura, señala al público, incluso se atreve con pasos de salsa que… Cierro los ojos. BORRADO de imagen en tres, dos, uno. Mierda, los abro porque ni quiero eliminar el recuerdo ni podría, menuda estupidez. Fabio se ríe tanto que casi se atraganta con su cerveza.

—Es evidente que ya no quieres matar a mi *amigui*.

—¿Qué insinúas?

—Afirmo.

Bebo un trago largo de agua para ganar tiempo. Eso sí, con la vista fija en unas caderas que… Virgencita, ¡llévame contigo!

—Tus sentidos están atrofiados.

Fabio se encoge de hombros, como quien deja caer una bomba para después huir del lugar de los hechos a paso lento.

—Me alegro por vosotros.

—Déjalo, no seas pesado.

—Ana, cada vez que lo miras pones una cara rara, entre susto y ternura. Te has dado cuenta de que es encantador y menos cuadriculado de lo que creías.

—¡No pongo cara rara!

—Vale, lo que tú quieras.

Me río porque no puedo evitarlo. Fabio es certero y un grano en el culo.

La canción termina entre aplausos y vítores. No es para menos; si fuese por mí, fundaba ya su club oficial de fans. Héctor hace una reverencia; yo hago lo imposible por no parecer demasiado atenta a sus gestos. Lo intento. No sale.

—Héctor, ¡locura total! Marta, ¿un baile? Os dejo solos.

Héctor me besa en la mejilla sin preguntar, suave, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Y eso?

—No querrás que piense que somos compartimentos estancos, ¿verdad? —Y mira hacia Dani y Manuela.

—Eres una caja de sorpresas, rollito. Cantas, bailas, interpretas… ¿Qué más ocultas?

Un paso, dos. Cero espacio vital, nula incomodidad.

—¿Agua? —En el último momento se ha arrepentido de lo que fuera a hacer.

—Te acompaño. ¿Crees que puedo esfumarme sin que Fabio se dé cuenta?

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, no, tú quédate. Son tus amigos, no quiero que dejes de pasar tiempo con ellos porque…

—Ana, ¿sí o no? —Su tono no admite discusión.

—Grazno como una urraca, pero me vengo arriba porque soy así de temeraria; después me veo en los vídeos y… Un drama, Héctor. Lo juro por Andrés. No puedo subir a ese escenario; si no huyo, acabaré en él. No deseas vivir esa experiencia. Yo tampoco.

La puerta del local se cierra a nuestra espalda. La calle nos recibe tranquila, fría, oscura. Esta zona del pueblo, con más naves en alquiler que abiertas; las farolas, con esa luz intermitente que existe pero no, y su proximidad al bosque, ofrece un escenario ideal para sicarios y ladrones. Alguien debería meter mano y adecentarla.

—¿Qué te da miedo?

—Violadores, rateros de poca monta, matones con conocimientos de boxeo, carteristas con navajas afiladas…

Héctor se detiene. La carcajada, indiscreta y de lo más irreverente, frena mi retahíla.

—Menuda imaginación, Ana.

Camino rápido hasta su coche, dejándolo atrás. Ah, no, sigue a mi lado en modo *ninja*. Lo miro de reojo. No me lo puedo creer. Me paro. Sí, no era cosa mía: tiene las mejillas hundidas hacia dentro.

—Héctor, no te cortes.

Con los labios apretados, niega con la cabeza. Exasperante. Subimos al coche.

—Eres muy divertida.

—Lo que tú digas.

Tras cinco minutos de mutismo envuelto en tensión, en el que el muy gracioso se ríe cada poco, aparca en mi calle.

—Buenas noches. Gracias por traerme. —Abro la portezuela. Héctor me agarra por la muñeca, de modo que la cierro—. ¿Qué ocurre?

—No te vayas molesta. Te preguntaba por nosotros, no por la calle. Lo de que no quieres que deje de pasar tiempo con mis amigos por tu causa me preocupa. No eres una obligación, Ana. Nunca he visto lo nuestro como tal.

«Lo nuestro», la farsa, el teatrillo, la gran mentira.

—Ninguno de los dos debería inmiscuirse en la vida del otro hasta el punto de convertirse en un integrante más de su grupo —afirmo. Los ojos de Héctor se abren de golpe—. Cuando el rollo acabe, los

echaré de menos. Sois una amalgama digna de estudio —aligero la confesión.

Diez. Veinte. Treinta. Cuarenta. Demasiada tensión. Cincuenta. Me toca romperla. Me inclino. Beso su mejilla. Abro la puerta de nuevo.

—Ya os echo de menos. Y eso no entraba en el embuste. Ahora sí, hasta mañana, Héctor.

El «os echo de menos» es auténtico, pero menos que el «te echo de menos» que me trago, que indigesta, que duele. Aún queda la despedida de soltera, la casa rural, la ruptura. O tomo distancia o me marchito.

36

Blog AAVV El Rincón Gatuno

ENTREVISTA

PEPI Y EMILIO: ENTRE LA REBECA Y EL ACEITE DE ALMENDRA

Vecinas, vecinos, feligreses del anís: ha llegado el momento de hablar del elefante en la habitación. Hoy os traemos una entrevista sin filtros, sin censuras y más subidita de tono que el karaoke de los domingos en el *pub*.

Pepi, vicepresidenta de El Rincón Gatuno y dueña del bar adyacente; Emilio, exconserje del Instituto Cervantes, experto en crucigramas. Ambos han demostrado que no hay edad para lanzarse al juego del amor. Literalmente. Porque saben que, en su caso, no ha sido un *crush*, sino una auténtica colisión frontal.

Héctor: Vamos al lío, ¿cómo empieza lo vuestro? ¿Viene del Caza a tu *crush* o ya os rondabais desde antes?

Pepi *(se inclina hacia delante, como si nos revelase un secreto)*: Mira, yo te digo la verdad: Emilio me gusta desde que lo vi recoger una silla con la espalda recta y las rodillas flexionadas. Un hombre que no maltrata su zona lumbar merece un doble vistazo.

Emilio: Me fijé en ella cuando la escuché corregirle una falta de ortografía a Fabio delante de todos en la anterior edición de Caza a tu *crush*. Qué manera de destruirle el ego; fue poético.

Ana: En la primera cita, ¿hubo conexión inmediata o tuvisteis que calentar motores?

Emilio: Bueno, digamos que me puse tan nervioso que empecé a describirle mi operación de cataratas.

Pepi: Lo corté enseguida: «A mí háblame del amor y sus artes, pero no me vengas con hospitales, que me levanto y no me ves más». Y oye, funcionó.

Héctor: Se rumorea que os tomáis muy en serio participar en los talleres de El Rincón.

Pepi: ¿Rumores? Hijo, si tú mismo me prestaste la colchoneta para los estiramientos de pareja. *(Pausa dramática)*. Conserva aún el olor a romero.

Emilio *(le quita importancia al asunto con un gesto de la mano)*: El malentendido viene de dos semanas atrás. El pestillo no cerró bien y Rosa vio más de lo que debería.

Pepi: Mi amiga tiende a exagerar. Un beso en la nuca no es delito.

Ana: ¿Y cómo ve la familia esta historia de amor? ¿Hay bendición oficial?

Pepi: Héctor está feliz por su madre, como debe ser. Verdad, ¿cariño?

Héctor: Verdad.

Emilio: Mis nietos me han dicho que haga lo que quiera, mientras no lo suba a redes. No tengo la menor idea de cómo se hace, así que todo en orden.

Héctor: ¿Algo que queráis decir a vuestros fans, ahora que sois pareja finalista?

Pepi: Que se puede empezar de cero a cualquier edad, aunque os aconsejo que busquéis a un compañero que sepa dar buenos masajes.

Emilio *(con los ojos como dos luceros)*: Que quien no arriesga no gana. Si os enamoráis durante una clase para mantener la memoria activa, ¡id a por todas! Nunca se sabe en qué momento se nos irá la cabeza.

Vecinos, vecinas, ¿cómo lo veis? Por nuestra parte, auguramos unos días inolvidables en la casa rural. ¡No os los perdáis! Tampoco la tercera entrevista, que llegará el próximo jueves.

¡Nos vemos por el barrio!

Grupo El Rincón Gatuno

Fabio 11:15
¿Vamos a fingir que hoy no se ha publicado la entrevista?

Ana 11:15
Yo no doy crédito a los comentarios. Son… Sin palabras.

Rosa 11:16
La miga está en lo que no se ha compartido.

Héctor 11:16
Para mí, se ha mostrado demasiado. Sigo sin comprenderlo.

Ana 11:17
Sin censuras, ¿recuerdas? O con las mínimas.

Pepi 11:18
No fue tan traumático.

Fabio 11:18
Si fingimos haber olvidado lo del aceite de almendra.

Ana 11:19
Pensé que me había vuelto loca, de verdad. ¿Aceite con notas de almendra y pasión? ¿Eso existe?

Héctor 11:19
Debe de ser lubricante. Guglea por tu cuenta y riesgo.

Rosa 11:19
Mi pregunta es: ¿quién puso eso en el botiquín de la asociación?

Pepi 11:20
¡Qué más da! Lo importante es que la sensualidad se entrena, igual que los abdominales. Hacía mucho que no ejercitábamos nada, necesitábamos una ayudita.

Ana 11:20

Pero recluiros los dos en el baño, después de la entrevista… Pues no, Pepi. Que el cupo de recuerdos dañinos ya estaba en su cota máxima.

Fabio 11:21
Eso, ¿por qué Emilio salió con los pantalones en los tobillos? Quise arrancarme los ojos.

Pepi 11:22
Se le rompió el botón y entré para echarle una mano. Lo del aceite fue una medida justificada. Lo de salir en cueros, no sé.

Héctor 11:22
Cincuenta sombras en El Rincón Gatuno. Esa peli no me llamaba.

Rosa 11:23
Amiga, brillabas igual que una barca tras un buen barnizado.

Fabio 11:23
Pepi, me alegro por vosotros, pero aflojad un poco, a ver si os jodéis la cadera. Por cierto, alguien debería decirle a Emilio que la final se publicará en el blog. Por sus nietos.

Pepi 11:23
Claro, Héctor se encarga, ¿verdad, hijo?

Héctor 11:25
Qué remedio.

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M
¡Adoro las respuestas de Pepi! Un hombre que respeta sus lumbares debe ser venerado.

Motosierra13

Sin comentarios.

R2-D2
Ahora se financian encuentros sexuales en la tercera edad. Obsceno.

César M
Una entrevista muy divertida (soy Romeo con el usuario de César).

Carmen Díaz
Los rincones de la asociación dan para mucho. Pepi, necesitamos un taller de renovación sexual, un *tuppersex* de esos.

Valeria Díaz
Sí, por favor. Y otro de masajes en pareja.

Severino H
Hay temas que deberían quedar en la intimidad.

37

Blog AAVV El Rincón Gatuno

ENTREVISTA

CÉSAR Y ROMEO: AMOR SILENCIOSO PERO SEGURO

Vecinas, vecinos y románticos empedernidos: cerramos esta serie especial en el blog con la que, sin duda, es la pareja más enigmática, analítica y ¿pero-qué-demonios-está-pasando? de todo el evento. Sí, hablamos de César y Romeo. El dúo que nadie vio venir.

César, funcionario de Hacienda ya jubilado, parco en palabras pero con un corazón que no le cabe en el pecho. Romeo, abogado recién jubilado también, aventurero y aficionado a los haikus y a las plantas.

Ana: Empecemos por lo obvio, ¿en qué momento os dais cuenta de que… hay tema?

César *(coge de la mano a Romeo)*: Un día en la librería, los dos buscábamos el mismo título. Quedaba un único ejemplar, que él me cedió.

Romeo: Yo lo supe antes. Lo vi llegar una mañana de invierno a la biblioteca. Cuando se quitó el abrigo, su aspecto, con ese jersey de cuello alto color caoba y sus gafas de pasta negra, me robó el aliento.

Héctor: ¿Qué tal lleváis ser la pareja menos ruidosa pero más observada?

Romeo: Es liberador. Nadie espera que hablemos, así que, cuando lo hacemos, impactamos más que un noticiero de última

hora.

César: Vive y deja vivir. Fin.

Ana: ¿Quién dio el primer paso?

César: Técnicamente, él. Me invitó a ver su jardín. No era metafórico. A los dos nos gustan las plantas.

Romeo: Y aceptó. Cuando me agarró del brazo para cruzar la calle, fue… romántico. Y paternal. No se lo tuve en cuenta por ser su primera vez.

Héctor: ¿Y lo del baño de El Rincón? Porque Rosa dice que…

César: Desmentimos categóricamente cualquier encuentro en el baño. Lo nuestro necesita tiempo, espacio y buena iluminación.

Romeo: Además, el pestillo estaba roto. Seguridad ante todo.

Ana: ¿Qué destacaríais del otro?

Romeo *(solo hay que ver cómo mira a César para darse cuenta de que bebe los vientos por él)*: Su silencio. No es incómodo, al revés: está lleno. Como si pensara cosas importantes pero bonitas. Y sus manos. Que no lo parece, pero saben.

César: Su capacidad para hablar con todo el mundo sin decir tonterías. Y su forma de cuidar las plantas. No es broma.

Héctor: ¿Un deseo para lo que viene?

César: Que nadie nos meta prisa.

Romeo: Que acepte mi propuesta de vivir juntos.

Hasta aquí la entrevista a nuestra última pareja! ¿Os imagináis las noches en la casa rural, junto al fuego, entre haikus y mimos? Pues que no os lo cuenten: permaneced atentos a nuestro blog.

Grupo El Rincón Gatuno

Rosa 08:15
Lo del baño, ¿fue real o lo imaginé?

Fabio 08:15
César dice que no, Romeo se muestra ambiguo. Lo cual significa que sí, pero no lo reconocerá delante de César. Por cierto, Pepi,

¿por qué os gusta tanto ese baño?

Ana 08:16
Imagino su encuentro en la librería y se me humedecen los ojos.

Pepi 08:16
No es el baño, son las hormonas.
¿Y la escena de la biblioteca, jersey y gafas de pasta? Romeo es mucho Romeo.

Ana 08:16
Su historia me emociona.

Héctor 08:17
Lo llevan muy bien. Cuando formaron pareja, miedo me dio la reacción de los vecinos, pero no.

Rosa 08:17
La novedad es César; lo de Romeo se intuía desde hace tiempo. Si la familia los apoya, poco jaleo habrá.

Ana 08:18
Son muy dulces. César, pese a lo hosco que es, se derrite cuando Romeo lo mira. Si le hubiese dicho en la entrevista que acepta vivir con él, me habría echado a llorar, os lo prometo.

Rosa 08:19
Niña, ¿estás bien?

Pepi 08:21
¿Usáis protección? A ver si estoy esperando un nieto y no lo sé. ¿Te imaginas, Rosa? ¡Un retoño gateando por El Rincón!

Fabio 08:21
Vale, aviso uno: vemos cosas que no son.

Héctor 08:21
Mamá, por lo que más quieras.

Rosa 08:22

La niña calla. Por cierto, ayer estuve en el médico. Me ha mandado un complejo vitamínico.

Ana 08:23
¡Estoy menstruando, joder! No conocéis lo que es la intimidad ni tampoco os interesa saberlo.

Pepi 08:24
Perdona. Pero ¿podría haber ocurrido?

Fabio 08:24
Aviso dos: no va por ahí la cosa.

Héctor 08:25
Mamá, entre Ana y yo no hay nada, ¿recuerdas?

Pepi 08:25
¿Sigues viéndote con la otra chica? No le faltes al respeto a Ana.

Fabio, ¿has avanzado con Marta? ¡Tengo una posible candidata! Una sobrina de Emilio, la mar de maja.

Ana 08:26
Lo que me faltaba por leer. Me agotáis.

Héctor 08:27
No salgo con Ana ni con nadie.

Fabio 08:28
Pepi, aviso tres: de Marta me encargo yo.

Pepi 08:28
¡Lo sabía!

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M

Abuelo, ¡di que sí!

R2-D2
¡Pero ¿qué ocurre en el baño de la asociación?! Vergüenza ajena. Resulta imperativo que la junta dé explicaciones, facilite números, convoque elecciones.

Motosierra13
¡Una poda, ya! Personas responsables en los cargos. Cero enchufismos.

César M
Gracias por la entrevista.

R2-D2
Ya ni responden a los comentarios; se creen inmunes.

Carmen Díaz
Chicos, me habéis emocionado. César, acepta la propuesta: Romeo te quiere, y tú a él. No nos queda mucho tiempo.

Valeria Díaz
Debemos aprovechar cada segundo. César, actúa.

Severino H
Amigos, os felicito por el paso que habéis dado. Sois muy valientes.

38

El aire huele a leña y a hojas mojadas, una mezcla reconfortante, dada la situación. Desde que le dije que ninguno de los dos debería invadir el territorio del otro, nos hemos ceñido a correr por el parque y a cenar en el *pub*: bocadillo rápido en un rincón oscuro. Para el público interpretamos el papel de pareja; para nosotros, el de amigos distantes.

Espero acercar posiciones antes de la despedida.

Me ajusto los guantes, resoplo por tercera vez desde que salí de casa y cruzo el parque hasta el banco en el que he quedado con Héctor.

Me espera sentado, con las piernas estiradas, los codos sobre las rodillas y la mirada clavada en el camino, o en mí, con él nunca se sabe.

Dos besos de rigor, un abrazo inesperado.

—Hola —susurra en mi oído.

—Hola —murmuro cuando nos separamos.

Desde que todo se volvió más difuso, las palabras se han reducido para cederles espacio a los cuerpos. Una tortura deliciosa. De esas que se repiten porque una parte de ti adora sufrir.

Empezamos a correr acompañados del sonido de nuestras pisadas sobre la gravilla, las respiraciones entrecortadas, el crujido de alguna rama bajo nuestros pies, el ladrido indignado de un perro con abrigo. A lo lejos, conversaciones ininteligibles, el motor de los coches. La vida sigue mientras la nuestra se detiene para ver en qué dirección ir.

—¡Ana! —Estela, junto a Odín, nos saluda efusiva.

—Hola. —Sonrío mientras recupero el aliento—. Cuántos días sin veros. ¿Está bien el chiquitín?

—Sí, estupendo. Vengo de ayudar a mi abuelo con el traslado. Después de la entrevista y la presión vecinal que se generó, digna de una telenovela, le dijo que sí a Romeo.

—Felicidades. —Héctor choca la mano con ella.

—Ojalá todos los nietos se preocupasen tanto por sus mayores.

Odín se acerca para saludarme. Yo me agacho, pero enseguida se va; por lo visto, una hoja que acaba de caer de un árbol es mucho más interesante que yo.

—No todos los abuelos son como el mío. Muchas gracias por la entrevista, fue muy respetuosa.

—No se merecen menos —respondo.

—¿Quedamos un día para tomar algo? Así os presento a mi chico.

—Claro, cuando quieras. —Me sale sin pensar, de corazón. La cabra siempre tira al monte, joder.

—Te enviaré un mensaje —conviene Estela, alejándose.

Reanudamos la marcha. Rozo el brazo de Héctor sin querer; a los pocos metros, él roza el mío. Se me escapa una sonrisa. Ha sido aposta. Otra vez. Y otra. Hace trampas.

—Héctor…

—Ana…

—He preparado lasaña. Si te acercas a casa, te doy un táper.

—¿Me sobornas con comida?

Me coge de la mano para que me detenga frente a él. Me suelto.

—Esta distancia forzosa es una barrera incómoda e innecesaria. No más salidas con amigos, de acuerdo, pero necesito que la complicidad regrese a las nuestras. Las citas por cumplir con el papel no van conmigo. Con nosotros. No me creo que a ti te sirvan.

Entrelazo mis manos y fijo la vista en ellas. Diez. Veinte. Esto parece una cuenta atrás para tirarse en paracaídas sin paracaídas. Treinta. Necesita una respuesta. Mi intención de esta noche era acercarme, ¿por qué me da pánico la perspectiva? Cuarenta. Dos meses, un poco menos. Y todo volverá a ser como antes.

—Siento ser tan extraña.

—No te creas tan especial, Ana. Tu postura es comprensible.

—¿Sí? —Camino hacia la salida.

—Del todo.

Andamos sin hablar en un lapso que sabe a tregua. No sé si soy tan transparente como me temo: no quiero que me hagan daño, ni que la soledad me muerda tras la ruptura.

A lo lejos, Carmen y Genaro se afanan por llegar a casa; seguro que vienen de ver la telenovela con Valeria y, desde hace un tiempo, también con Severino. Sonrío al imaginar a los cuatro frente el televisor.

—Tú les diste la oportunidad. No olvides por qué somos pareja. —Héctor, el locuaz.

Nos despedimos frente a mi portal. El ambiente se ha transformado. Más cálido. Más cómplice. Más nosotros, signifique eso lo que signifique. Un abrazo, dos besos.

—¿Te apetecen unos churros con chocolate para desayunar? Tengo de sobra para los dos.

Sus hoyuelos se remarcan, los ojos le brillan como si acabara de ver una aparición mariana. Se tensa. Lo noto. Algo se le cruza por la cabeza.

¡Oh, no!

—Borra de tu mente esa idea. AHORA MISMO. ¡No iba por ahí la invitación!

Explota. Esa maldita risa, causante de todo este embrollo, resuena en mi pecho.

—Ana, ni siquiera te das cuenta de lo adorable que eres.

—Eso ha sonado paternalista. ¿Qué pasa?

Se inclina hacia mí. Preparándome para un susurro en tres, dos…

—Después de una cita nocturna con un chico que te acompaña hasta tu piso, no lo invites a desayunar si no quieres que crea que pasará la noche contigo. Regla básica donde las haya.

—Estás enfermo, ¡joder! —Retrocedo dos pasos, lo justo para que no note lo roja que me he puesto.

—Lo dudo.

—¿Qué os pasa a los tíos? Me has pedido proximidad, Héctor.

—Lo sé. No me quejo. Me encanta esta versión tuya. —Se aleja con lentitud—. Me alegra haber eliminado esa tensión mal gestionada. Nos vemos mañana; sobre las nueve y media vendré a desayunar. Buenas noches.

Claro que sí, Ana, «nos vemos». Maldita la hora en que acepté ser su rollito. Y bendita la parte de mí que, aun con todo, no quiere dejar de jugar. ¡Arriba las maracas!

39

Blog AAVV El Rincón Gatuno

TALLER DE MASAJES RELAJANTES

NO TODO VA A SER SUFRIR, QUERIDXS

Queridos miembros de El Rincón Gatuno, simpatizantes del drama ajeno y sufridores en silencio: enero es el mes en el que uno intenta renacer mientras arrastra el espíritu navideño, el empacho y algún que otro propósito que empieza a sonar a chiste. ¡Que no cunda el pánico! Os traemos la mejor manera de iniciar el año.

Taller de masajes relajantes impartido por un profesional.

- **Cuándo:** sábados 10, 17 y 24 de enero.
- **Dónde:** en nuestro local.
- **Hora:** de 10 a 12 de la mañana.
- **Precio:** socios 5€. No socios 9€.
- **Plazas:** 12 (riguroso orden de inscripción)
- **Inscripción:** del 21 de noviembre al 21 de diciembre, de 19:30 a 20:00 en la asociación.
- **¿Qué haremos?:** Aprenderás técnicas básicas para relajar cervicales, espalda, brazos y esas zonas que acumulan tensión de más.
- **Importante:** puedes venir con tu pareja, con un amigo o con tu soledad. Aquí no juzgamos.

¡Nos vemos en las colchonetas!
Namasté, vecinos.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 07:12
Buenos días, criaturas. Si el taller tiene éxito, para febrero, el *tuppersex*. Os lanzo la propuesta y me voy a caminar, que en media hora abro.

Rosa 07:13
Amiga, te beso los dedos de los pies. Se me ocurren un mínimo de tres productos que me cambiarían la vida.

Ana 07:14
¿Perdón? ¿He leído bien o te falla el corrector, Pepi?

Me alegro de que no sea nada, Rosa.

Héctor 07:16
Mamá, la asociación es un espacio polivalente, pero no tanto.

Fabio 07:16
¿Sería como un *brunch* pero con plástico y pilas? Ya me tiemblan las retinas.

Pepi 07:17
Nada de pilas, incultos. Existen productos con más tecnología que el móvil de Héctor.

Rosa 07:17
Es divulgación, salud, bienestar, alegría.

Ana07:19
Cero reticencias contra el bienestar. Muchas por convertir la asociación en un desmelene erótico. Nos iban a poner buenos R2-D2 y Motosierra13.

Héctor 07:21
Me uno. Nada de encuentro erótico-festivo en El Rincón Gatuno.

Fabio 07:22

Gracias por la imagen, Héctor.

Pepi 07:23
Pandilla de mojigatos. El saber no ocupa lugar, y el placer, menos.

Rosa 07:25
Hay formas sutiles de anunciarlo. Se podría presentar como: «Charlas sobre la conexión con una misma».

Héctor 07:26
Cambiemos de tema. Rosa, las cartillas para los juegos de la casa rural, ¿están impresas?

Rosa 07:28
Iré mañana; tengo a una de las niñas enferma y me es imposible ir antes. Lo de la «charla» no se acaba aquí.

Fabio 07:28
Ya iré yo a la imprenta esta tarde. Y también creo que lo del *tuppersex* sería mejor hablarlo en otro grupo, otro universo, otra galaxia.

Pepi 07:29
Es una petición de la socia más veterana. Debería tratarse con el respeto y la seriedad que merece.

Ana 07:36
En la asociación, no, pero en mi casa se podría organizar. ¿Os parece? Solo os pido que sea un grupo reducido; no me metáis a medio barrio en el comedor.

Rosa 07:38
Olé, olé y olé, nuestra Ana qué rebonica es.

Fabio 07:39
Eres una floja.

Pepi 07:39

Sin duda, tengo la mejor nuera del universo. Héctor, ¡no dejes que se te escape! Voy a hablar con Herminia para que me pase los datos de la muchacha a la que contrató ella. Le pido el primer sábado que tenga disponible. ¡Qué alegría se llevará Emilio!

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Estela M
¡Mi chico y yo nos apuntamos! Intentaré convencer a mi abuelo, aunque no lo veo fácil.

Carmen Díaz
Qué ilusión. Nosotros cuatro no nos lo perdemos.

Valeria Díaz
¡Eso!

Severino H
Tanto entusiasmo debe de ser insano.

40

No sé qué esperaba, pero no era esto. El piso de Héctor no solo está ordenado y limpio: huele bien. Como él. Lo primero que me llama la atención es la estantería junto a la entrada: repleta de libros, una fotografía antigua en blanco y negro y un cactus que no tiene intención de morir.

—Es la primera vez que me abres las puertas de tu piso, me siento una privilegiada —digo mientas me quito el abrigo y lo dejo sobre el respaldo de la silla que me señala.

—No será para tanto.

Nos sentamos a la mesa del comedor; de fondo, una versión acústica de *The scientist*, de Coldplay, me arrulla. Héctor ha servido dos vasos de agua y dispuesto los materiales de los juegos en montoncitos milimétricamente alineados: tarjetas, dados, cartulinas, clips, un cronómetro y seis sobres con nombres codificados. Si no fuesen para la casa rural, juraría que intentamos planificar el asalto a un banco.

—Bien, revisemos que esté todo correcto —propongo tras apoyar los codos en la mesa.

—No me destroces el orden. Hay una lógica.

—Ah, claro, la lógica del hombre que necesita terapia y no lo sabe. Héctor, por favor.

Empiezo a pasar las cartulinas. Cada vez que nuestros dedos se rozan, mi estómago cortocircuita. Como si el aire se cargara y el cuerpo gritase: «¡Atención, derrumbe emocional inminente!». Yo lo sé, él lo sabe. Sonreímos, idiotizados.

A la media hora, se levanta.

—¿Tienes hambre? He preparado la cena: bocadillos con atún, lechuga, tomate y mayonesa casera. Estoy desatado.

—Me vale. ¿Te echo un cable? —Intento levantarme, pero Héctor me frena con su mano sobre mi hombro.

—Son un par de platos. Enseguida regreso.

Trae los bocadillos en platos lisos, sencillos, bien presentados. Un detalle tonto, pero que se suma a la lista de cosas que consiguen que me sienta ridículamente cómoda.

—Vale, Héctor, debo decirlo: están buenísimos.

—Es por la marca del pan, junto con el amor con el que extiendo cada una de las capas.

—Lo que sea.

Tras el tercer bocado, se me queda una mancha de mayonesa en la comisura de los labios. Lo sé. La noto. Antes de que pueda retirarla, él deja su bocadillo, se acerca y me la limpia con el índice, como si llevara toda la vida haciéndolo y fuese lo más natural entre nosotros.

Me quedo sin aire.

—Gracias —susurro.

—De nada —responde, como si realmente no hubiera pasado nada.

Puede que así sea, porque la cena continúa y el repaso al material, también.

A las diez de la noche, la pereza nos vence. Los platos siguen en la mesa; ninguno de los dos ha tenido ganas, o energía, para levantarse. Revisamos el último juego entre risas. Se trata de un cuestionario de «¿Quién es más probable que…?», diseñado para sacar trapos sucios y anécdotas absurdas.

—«¿Quién es más probable que huya a otro país tras una cita desastrosa?» —leo la tarjeta que sujeto entre las manos.

—Tú —decimos los dos al unísono, y señalamos al otro.

—Perdona, pero fuiste tú el que se marchó del parque por haber tenido un mal regreso al trabajo —lo acuso, conteniendo la risa.

—Y tú me evitaste cuando tu hermana anunció la boda.

Nos reímos. Mucho. Tanto que se nos caen varias tarjetas y nos agachamos al suelo para recogerlas. Otra vez su piel. De nuevo ese roce nada casual.

—Te ha gustado el bocadillo, ¿eh? —pregunta en voz baja.

—Una experiencia religiosa.

Nos incorporamos al mismo tiempo. Demasiado cerca. Yo, con la respiración temblorosa; él, con una expresión que interpreto como

un «no pasa nada».

La canción que suena ahora desde el altavoz es *Where's my love*, de SYML. Voz suave, piano, nostalgia. En mi pecho se agolpan emociones a medio camino entre un suspiro y un puñetazo. Tal vez por eso me atrevo a confesar:

—La soledad es muy chunga.

Se tensa. Sabe que no es una afirmación aleatoria.

—Desde que me dijiste que Andrés se llama así por *Donde manda marinero*, no he podido dejar de pensar en ello. En cómo la canción habla de que, a veces, aunque quieras quedarte, hay que zarpar. Que hay personas que aman sin quedarse. O que nunca aprendieron a quedarse.

Trago saliva. Lo dice como siempre: camuflado bajo una máscara de calma.

—En ocasiones, creo que no sé quedarme.

—Sabes resistir, que no es lo mismo. Aunque, últimamente, no estás tan sola.

No le respondo. No puedo. En su lugar, dejo que el silencio haga su trabajo.

—Desde que mi hermana se instaló en la ciudad y se llevó consigo a mis padres, me he defendido sola. Sí, tengo amigos, tengo trabajo, tengo a Andrés. Pero las cenas sin compañía, los domingos por la tarde sin conversaciones, las cuatro paredes que amenazan con caérseme encima…

Él no dice nada. Me observa con una ternura feroz, como si entenderme supusiera una prioridad vital. Y entonces, lo comprendo: estar así con otra persona, sin hablar, sin miedo, sin necesidad de fingir, no es común.

—Gracias por invitarme esta noche. —Recojo los platos para no desmoronarme.

—Gracias por venir.

Me acompaña hasta la puerta. Lo esperado: abrigo, bufanda, las llaves en la mano. Lo inesperado: mutismo que suena a hogar, la forma en que se apoya en el marco de la puerta como si no quisiera dejarme ir.

Salimos al rellano. Se acerca. Dos besos. Un segundo de más con nuestras mejillas pegadas.

—Buenas noches, Ana.

—Buenas noches, Héctor.

No me muevo. Él tampoco. Me alejo porque, si me quedo un minuto más, le confesaré todas las veces que he querido que fuese real.

Llego al ascensor y suspiro hondo. Me niego a diseccionar la noche, a rastrear significados ocultos, a clasificar sensaciones antes de acostarme. Esta vez, no.

Salgo del bloque con tres certezas: 1) me gusta compartir tiempo con él; 2) en el piso flota su olor; 3) en ese bocadillo había más amor que en mis últimas relaciones.

41

Blog AAVV El Rincón Gatuno

¡YA TENEMOS EL NÚMERO DEL SORTEO DE NAVIDAD!

SÍ, LO SABEMOS, VAMOS TARDE

Queridos socios, vecinos y supersticiosos varios:

Sabemos lo qué pensáis: ¡¿cómo que el número de lotería de Navidad!? Pues sí. Ya sabéis que, aunque en El Rincón Gatuno la puntualidad escasea, la suerte nos ha acompañado los últimos tres años, así que, ¡no os quedéis sin vuestro décimo!

Este año jugamos con el:

46.189

Apostamos por un número bonito, con buena energía y, según Rosa, con forma de gato sentado si lo miras mucho tiempo seguido (eso ya cada uno que lo interprete).

Podéis adquirir vuestro décimo en los dos templos oficiales del barrio (sin contar la iglesia):

- El bar de Pepi
- El local de la asociación, los días de atención al público (de lunes a viernes de 19:30 a 20:00 horas)

Importante:

- No se admiten reservas.
- Cuando se acaben…, se acabaron.

- Si toca, luego no vengáis con que os lo ibais a pensar y se os pasó.

Un último consejo:

Compradlo, por lo que pueda pasar, que después, en la asamblea de enero, vienen los lloros y las reclamaciones pasivo-agresivas.

¡Vecinos, que la suerte nos acompañe!

Recordad: si nos toca, como es tradición, lo celebraremos con chupitos de anís.

Abro la cremallera de la maleta con la sensación de ir a firmar mi ejecución. Mi hermana me pillará y Santi confirmará sus sospechas: su cuñada no está fina. Y mis padres… A papá le daré el disgusto de su vida; mamá meneará la cabeza, me dará unos golpecitos en el hombro y continuará a lo suyo, como quien hace años se resignó con mi forma de ser y ya nada le espanta.

Andrés, con su radar infalible, detecta mi bajón. Salta sobre la cama para revolcarse en el par de camisetas y los pantalones que tenía preparados.

—Colega, muy sutil, pero debo ir. Y Héctor también.

Agarra uno de mis calcetines con las patas delanteras, lo lanza como si fuera una presa y lo atrapa con la boca. Sale disparado hacia el comedor.

—Claro que sí, tú a tu bola.

Andrés regresa; en esta ocasión, viene a por mi pijama favorito. Ni en broma.

—¿Qué demonios te ocurre?

Suena el móvil.

—¿Sí? —Intento sonar normal mientras Andrés muerde por un extremo y yo tiro del otro. Nos cargaremos el pantalón.

—¿Interrumpo?

—Más o menos. Andrés pretende conquistar mis posesiones.

—¿Quién gana?

—Por el momento, él, pero dame tiempo. ¿Qué ocurre? —Me siento en el suelo y dejo ir la prenda. Andrés, con cara triunfal, se

enrosca sobre la tela.

—¿Pudiste adelantar el tren del domingo? Al final jugamos el partido a las siete. No me gustaría eludir mi papel a la hora de la comida como un traidor sin alma.

—Sí, sí, lo hice esta mañana, se me olvidó decírtelo. Si en los próximos tres días no me estalla la cabeza, es probable que no suceda nunca. Entre la maleta, el grupo de WhatsApp de la despedida y que acabo de descubrir que tengo menos ropa interior decente de la que imaginaba, no sé ni en qué día vivo.

Diez. Veinte. Treinta. ¡Virgencita, tápame la boca! Si es que no tengo remedio. Cuarenta. Un resoplido.

—No pasa nada. Acabo de llegar del despacho tras uno de esos días en los que te replanteas el sentido de la existencia. Si no fuera porque en la nevera me espera el estofado de ternera de mi madre, ya me hubiese ido a la cama.

—No me hables de comida, que aún no he cenado.

—¿Nerviosa?

—Ha habido tiempo para asumirlo… —De asimilarlo, no tanto. La idea de pasar la noche en la misma habitación se me antoja un ejercicio de meditación avanzada.

—Deberíamos tener una señal secreta, por si uno de los dos necesita un respiro, ayuda o un plan de huida.

—Me gusta. Propongo: «Houston, drama a la vista», más tres guiños de ojos, y salimos por patas.

—¡¿Tres veces?! Pensaba en algo más discreto: me paso la mano por el cuello, digo que tengo calor y vamos los dos «a por agua».

—Héctor, eres muy inocente. Era broma.

Río. Miro a Andrés, que ahora duerme dentro de la maleta. Ha conquistado el reino.

—Hoy el grupo está calmado. Por fin un descanso.

—¿Y no es maravilloso? Como cuando de repente no oyes a los niños y, aunque sospechas que se debe a que están haciendo alguna travesura, prefieres no ir a comprobarlo, por tu salud mental.

La carcajada de Héctor explota rauda, sin filtros. Sonrío como una imbécil.

—Totalmente. ¿Cómo va el laboratorio?

—Si todo sigue así, en diez días podremos contratar a un par de investigadores más. No veo el momento, aunque eso signifique más horas en la universidad y menos en la asociación. Ayer Pepi se ofreció a sustituirme cuando no llegue a tiempo a las horas de atención a los vecinos. Cuando quiere, tu madre es un amor.

—Ana, no sabes lo orgulloso que estoy de ti. En serio.

—Gracias, Héctor —pronuncio bajito, tanto que no me extrañaría si no me escucha.

—Hasta mañana, ¿vale?

—Buenas noches.

Colgamos. Miro a Andrés; tendré que despertarlo. Me dejo caer sobre la cama sin ganas de que llegue el sábado, pero con el deseo de pasar tiempo con Héctor. Todo bien. Todo normal. Todo muy yo. NO. Todo muy nosotros.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 22:03
Buenas noches, amores. Hoy se han apuntado tres vecinos más al taller de masajes; ya son ocho en lista de espera. Nos han propuesto que busquemos otra fecha e impartamos un segundo taller. Rosa y yo hemos llamado a la profesora: ella estaría encantada, y tiene hueco esas semanas para realizar los dos a la vez.

Rosa 22:04
¡Bravo por nosotros! Nuestras propuestas gustan. No podemos dejar a tantos vecinos con las cervicales hechas un ocho.

Pepi 22:04
Peeero… debemos llenar el cupo de doce personas. Si no, nos cuesta riñón y medio.

Rosa 22:05

Así que, queridos, necesitamos refuerzos. Ana, Héctor, os apuntáis. Fabio, trae a Marta.

Fabio 22:12
Perdón, ¿qué? No tengo nada con Marta, ¡no iré con ella! Ni solo.

Pepi 22:12
Qué lento eres, hijo. Esa muchacha es oro.

Héctor 22:13
Mamá, ni lo sueñes. Ana y yo ya no estaremos juntos para entonces. Y Fabio ha dicho que no. Acéptalo.

Rosa 22:15
¿Y qué más dará? Te puede dar un masaje un amigo. Además, es por la comunidad, queridos. No seáis aguafiestas.

Fabio 22:17
Rosa, ni por la comunidad ni por nada. Que no. Me niego.

Pepi 22:18
Entre roce y roce, podría surgir la chispa. Es muy erótico compartir ese tipo de actividades con la persona adecuada.

Héctor 22:19
Mamá, que no.

Rosa 22:20
Ana, cielo, ¿silencio administrativo? Necesitamos tu respuesta, por favor.

Pepi 22:21
Ana, sería inhumano dejar a tus vecinos sin masajes.

Rosa 22:21
¡Exacto! Es un deber social.

No contesto. Demasiado calladas estaban; no aprendemos.

42

La puerta del ascensor se abre con un chirrido metálico que me es familiar. Mismo rellano, mismo suelo hidráulico, misma planta que mi madre jura que es nueva pero que pide un tiesto más grande. Es la imagen de bienvenida de cualquier fin de semana, si no fuese porque, tras de mí, viene Héctor con una mochila cruzada y esa determinación del que sabe que el mundo le pertenece.

—¡Mi niña! —Sofía, mi madre, me estruja contra su pecho. Me ahoga. Le da igual.

—Ho-la, ma-má.

—Buenos días, Sofía, qué ilusión verte. Gracias por acogerme en tu hogar. —De lo mono que es, da repelús.

—Héctor, hijo, por fin. Empezábamos a sospechar que Ana deliraba —le susurra mi madre de camino al salón.

—Te he escuchado —advierto seca. Ni pizca de gracia, oye.

La risa nerviosa de Héctor hace acto de presencia. Tranquilo, rollito, esto es solo el principio.

Pasamos frente a la cocina. El olor a café recién hecho y a bizcocho de yogur nos recibe. Es evidente que mi madre pretende conquistar a Héctor por el estómago, ¡cuánto me alegro!

Nos adentramos en el comedor. Mi padre se levanta del sofá sin soltar el periódico, le da una palmadita a Héctor en el hombro cargada de testosterona, y este imita el gesto.

—No pienso dejar que te vayas sin que antes juguemos una partida. La última vez me ganaste; aún me duele. —Mi padre lo mira con aprobación, para después fijarse en mí—. Pequeña. —Extiende sus brazos y yo me dejo querer.

—Hola, papá.

El sonido de las llaves en la puerta me tensa. ¡Más madera!

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido un escalofrío tonto —miento. Primera mentira del fin de semana. No. Segunda. El oro se lo lleva el rollito. Iré al infierno del infierno. NUNCA se debe engañar a un padre.

Julia y Santi se suman al grupo.

—¡Pareja! —Mi hermana nos besa, primero a Héctor; después, a mí. Me guiña un ojo en señal de aprobación, como si no conociese a «mi novio». Es un poco payasa—. ¿Preparados para una noche apoteósica?

—Baja esas expectativas, cariño, o te decepcionará la velada. —Santi le da un abrazo a Héctor, que responde efusivo.

Luego se gira hacia mí.

—¡Cuñada, a mis brazos! ¿Lista para sufrir?

Si él supiera… No. Mejor que viva en la ignorancia.

Cuando acaban los saludos, mi madre me sugiere que dejemos el equipaje en la habitación de invitados. Allá vamos. Maracas, comportaos un rato largo, por favor.

—Es bonita. —Héctor, tan diplomático como siempre.

—Sí, y para valientes.

La cama es grande, aunque no inmensa. Las sábanas, con motivos de hojas otoñales, huele a suavizante de lavanda. En un rincón, una mecedora con un cojín de colores vivos, en el que incide la luz que entra por la ventana, invita a descansar. Me siento en el borde del colchón.

—¿Todo bien?

—¡Ufff! Sí, sí. Mentalización al poder. ¿Roncas? Mi sueño es superligero.

—Tranquila. ¿Y tú? Puedes roncar. O hablar dormida. O ambas. No me enteraré.

—Tampoco.

Me tumbo de espaldas sobre la cama; el colchón cede y mi cerebro emite señales de humo. Vale, Ana, es fácil. Es tu rollito de siempre. Nada nuevo bajo el sol. Superable al cien por cien. No temas. No huyas. No nada, por lo que más quieras.

—¡Venga! Deshacemos el equipaje y nos reunimos con los demás antes de que nos invadan. Los conozco; faltarán unos diez minutos para la primera incursión.

El olor a asado ocupa cada rincón de la casa. Cierro los ojos, olfateo, me derrito por dentro. Mi madre va con todo: croquetas de espinacas, ensaladilla rusa en forma de erizo, salmón marinado.

—¿Tenéis en mente dar el siguiente paso? —pregunta—. No sé, una escapada, un pisito, un nieto…

—¡Mamá! —Evito escupir una aceituna *in extremis*—. ¡Joder! Creía que se lo decías a Julia y a Santi. ¿En serio? ¡Los que se casan son ellos!

—A mí no me metas. —Mi hermana niega con la cabeza.

—Mujer, se os ve muy bien. Se nota la complicidad —añade mi padre.

—Es demasiado pronto, Sofía, pero dadnos tiempo —contesta Héctor sin que nadie lo haya invitado a este drama. Lo miro indignada. No con sorpresa. Indignada. Mal. Muy mal. Todo mal.

—Aún recuerdo cuando Héctor vino a estudiar a casa y encontró a Ana en el jardín con unas gafas de buceo, un cuaderno y un bote de colonia.

—Como para olvidarlo… —comenta Héctor. Esta vez sí me sorprende.

—¿De qué habláis?

—En teoría —prosigue mi padre—, estabas descubriendo una nueva especie de esporas domésticas. Regaste a Héctor con un mejunje que olía a pies; pretendías que el pobre estudiase durante toda la tarde con ese pestazo, para más tarde examinar no sé qué.

—Solo quería repasar matemáticas con Julia, pero llegué a mi casa traumatizado y con olor a queso roquefort.

Todos ríen. Los observo. No recuerdo ese momento, pero no olvidaré este: mi rollito, junto a las personas que más quiero, llevándose bien. Más que eso. Es uno más, se ha integrado en un pestañeo. No sé de qué me extraño; es Héctor en estado puro, sin filtros ni máscaras. O quizá sea yo, que ya no las veo. Sonrío tensa. El batacazo SÍ que será apoteósico. La noche, ya se verá.

43

La noche transcurre según lo previsto: comida de calidad cuestionable a un precio desorbitado; penes que saltan de una punta a otra de la mesa, y que he acariciado más de una vez (son tan suaves que he valorado llevármelos todos al pueblo); risas afectadas por una sangría elaborada con cava barato, capaz de arruinarte la noche, y una cantidad obscena de comentarios sexuales, fruto de las posturas varias que ofrecían los dados eróticos que hemos lanzado, para después dar un trago a la copa los que SÍ la hemos ejecutado. Dato para la posteridad: mi hermana y Santi son curiosos en exceso, y lo de Héctor es otro nivel. Me hierven hasta las puntas del pelo.

Vamos de camino a una sala de baile. El fresco contra mis mejillas y el aire que se cuela bajo mi abrigo hacen descender mi temperatura corporal. Por fin un poquito de alivio. Julia luce una banda que reza: «Sí, quiero… que me llenen la copa». Cuando la escogimos, no creí que venerara la frase con tanto ahínco. A Santi, la suya le ha hecho tanta gracia que he temido que se le desencajara la mandíbula: «*Game over*».

Para desgracia de más de uno, el resto de los miembros del grupo no pasamos desapercibidos. Los chicos lucen tutús de colores chillones sobre los vaqueros; las chicas, unas diademas de corazones y cinturones de lentejuelas que destellan más que una verbena de pueblo en verano. Me encanta.

Héctor, cómo no, fluye entre los asistentes como si los conociese de toda la vida. Lo miro como quien pretende robar la fruta prohibida: con hambre.

Nos adentramos en Tentación y el rebaño se disuelve: algunos acuden a la barra en busca de más gasolina, un par de chicas van al baño, los demás buscamos un lugar íntimo (con panorámica de trescientos sesenta grados sobre el local) en el que descansar el culo.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Bailar? —Héctor se apoya en una columna.

—Estoy bien así. —Señalo el sofá en el que acabo de sentarme.

—¿Ni un solo baile? —Se agacha frente a mí y extiende sus manos sobre mis rodillas. ¡Pero ¿esto qué es?!

—Por ahora no, rollito. —Ajusto la distancia entre nosotros—. Lo bueno se hace esperar.

Y la pena es que ni tan siquiera puedo culpar al alcohol de mis actos. Jodidas maracas.

—Héctor, ¿un baile? —Esa es Clara, creo.

Tres canciones después, me levanto. Busco una mesa alta desde la que observar. Revuelvo la caipiriña que Santi me ha traído; resoplo. Héctor, con la camiseta blanca ceñida y sonrisa fácil, se mueve al son de una bachata, bastante pegado a Clara, que ríe encantada de haberse conocido, acercándose más a él en cada movimiento. Como siga así, se lo merienda.

Julia se acerca, sudada, exultante. La sigue Paqui.

—Nena, tu novio es la estrella de la fiesta —afirma Julia.

—¿Estrella? Empieza a beber agua, hermanita.

—Todas se pirran por charlar con Héctor, bailar con Héctor, follarse a Héctor.

—¡Julia! —No es que me haga la indignada, es que lo estoy.

Virgencita, ¿dónde puñetas te metes? ¡Sentido común a paladas, por favor!

—Es un bombón. Y pierde el culo por ti, Ana. Ahora comprendo que tardaras tanto en traerlo, hay mucha víbora suelta. —Paqui mira hacia la pista.

—A Santi no le gusta bailar. Sácame de dudas: ¿tu chico se mueve igual de bien en todo tipo de danzas?

—¿En serio, Julia?

No me da tiempo a fingir cabreo, puesto que Héctor aparece con la camiseta empapada y el pelo revuelto, como si se hubiera peleado con Andrés.

—Hola. Hace mucho calor, ¿verdad? —declara con voz grave.

El código. Lo acordado. Las sirenas a toda pastilla. Lo amo.

—¿Agua?

—Dos, si no es molestia.

Me agarra del brazo para escapar de sus admiradoras. Al girarme, las chicas suspiran igual que en una coreografía ensayada. Taradas.

—¿Qué ha pasado? —indago, ya en la barra.

—Tu amiga Clara, ¿es de las que no se dan por vencidas con facilidad?

—No es mi amiga. Te veo alterado, Héctor. No me digas que ha podido contigo en cinco bailes.

—¿Los has contado?

Me mira a la vez que me empuja hacia su pecho para evitar que me derramen una cerveza encima.

—No. —Me separo de él—. ¿Te ha invitado a fugarte con ella al Caribe?

—Casi. Solo me ha preguntado si tenía planes para las vacaciones navideñas. También ha mostrado cierto interés en si duermo con pijama o sin él.

Aprieto los labios y miro al suelo. Tarde. Lo ha visto. Coloca el índice en mi barbilla; la hostia. Me sube la cabeza.

—¿Te hace gracia?

—Esa mujer es sutil como una apisonadora. Tres aguas, por favor —grito a la nada, lanzándome sobre la barra.

—Le he dicho que lo consultaría contigo —añade tras de mí.

—Muy considerado, rollito.

Nos sirven el agua. Héctor bebe como si hubiera cruzado el desierto, momento que aprovecho para buscar a Clara con la vista. Quizá pueda practicar vudú con una pajita.

—Oye. Tú también tienes tus propios seguidores.

—Miraditas de borrachos con tutú, Héctor, no cuentan como posibles candidatos al amor eterno.

Asiente serio.

Observamos la pista. Julia baila con Santi como si no existiera nadie más a su alrededor. Se los ve bien, en su burbuja de gestos cómplices, superación, amor, amistad. No importa qué ocurra en el mundo: ellos están juntos, son el todo.

Héctor se acoda en la mesa alta. Se inclina un poco hacia mí.

—No son conscientes ni de qué canción suena. ¿Sabes? Eso es lo que deseo.

Nos miramos. Uno. Dos. Tres.

—Claro. Normal. Lógico.

No añade nada. Yo, menos. El DJ pincha *La bicicleta* y la pista estalla.

—¿Bailas? —Pirada.

—Solo si tú no me preguntas por mis pijamas.

—Hecho.

Héctor tira de mí y me dejo llevar. En la pista, nos entregamos a la música; sigo el ritmo, me amoldo a su cuerpo. Nadie diría que es la primera vez que tan cerca, tan íntimo, tan hogar.

44

El pasillo parece más largo; las paredes, más estrechas. Como si el piso de mis padres hubiese encogido con el paso de los años. O quizá soy yo, que camino tan tensa que siento que no quepo. Recorremos los pocos metros que separan el recibidor de la habitación de invitados. Yo voy la primera; Héctor, detrás, creo que a cierta distancia, aunque percibo el calor de su cuerpo como si su pecho y mi espalda fueran un *pack* indivisible. Unido. Sudoroso.

Borra, borra, ¡BORRA! Mierda, me desconcentro y me como el marco de la puerta. La risa tras de mí, el aliento cálido. ÉL. En qué momento dije que sí a la operación Cupido Vecinal, Virgencita.

Entramos en el dormitorio. Una lámpara de luz ámbar, tenue y cálida, suaviza los bordes del espacio. ¡Lo que nos faltaba! La cama también ha encogido. Palpo el colchón en busca de los centímetros que le faltan. Resoplo, ¿mis padres son capaces de haberla cambiado? Las sábanas son las mismas, así como el olor. Me dejo caer. Mi peor pesadilla se ha hecho realidad: me han robado cuatro palmos.

—¿Dónde duermo?

—Mmm…, ¿encima de la cómoda? No, mejor en la mecedora —bromeo con la vista clavada en el techo.

—Soy un hombre de recursos.

Me incorporo cuando algo de color gris se interpone en mi campo de visión.

—¿Una esterilla? Es coña, ¿no?

—Nada de compartir cama. —Héctor cabecea para reforzar su frase.

—Caeremos rendidos en cuanto nos acostemos. Tanto pene, dado y víbora suelta nos han machacado.

Nos reímos bajito. Demasiado bajo. Y no es porque mis padres duerman del otro lado del tabique, ni porque pasen de las seis de la mañana. El verdadero motivo son los bailes, las miradas, los roces. Lo que no decimos y flota, turbio, pesado, sobre nosotros. El alcohol

aligera la situación, lo prohibido, lo que se antoja incorrecto por mera protección emocional.

—Cabemos los dos. Anda, guarda esa cosa. —Cojo el pijama de camino al baño—. Me ducho rápido.

Cuando regreso a la habitación, Héctor, que mira por la ventana, se gira.

—Oh. —Un sonido breve, casi inaudible, alarmante.

—¿Qué ocurre?

—No juzgo. De hecho, es adorable.

Bajo la cabeza para repasar mi atuendo: pijama de globos de colores. Pantalón corto, camiseta de tirantes, nada sensual. Es de madre, lo prometo.

—Dudé entre este y el de pingüinos.

—¿El otro también deja tan poco margen a la imaginación? Si es así, necesito verlo.

No se ríe, no nada. Mira, respira, punto. A mí me arden los brazos, la cara, los muslos.

—Buenas noches.

Me meto en la cama, me cubro con las sábanas y le doy la espalda.

Diez. Veinte. Treinta. Escucho el clic de la puerta del baño. Por fin. Me giro hacia su lado. Le gusto, es obvio. Una risita de adolescente inexperta se me escapa entre los dientes. Me tapo la boca. Miro bajo las sábanas: le molan mis globos (no me refiero a los pechos, aunque espero que esos le pirren). Otra risita. Debo ir con tiento, separar realidad de ficción. Que el teatrillo no nos nuble. Que sea en serio, o no sea.

Regresa descalzo, en pantalón corto y camiseta gris. El pelo, revuelto por la humedad. Huele… a él. A limpio. A hogar. No sé ni lo que pienso.

Se mete en la cama sin hacer ruido. Me mira, a pocos centímetros de distancia.

—¿Te lo has pasado bien? —susurro.

—Sí. Mucho. ¿Y tú?

—También. Me gusta ver cómo encajas entre la gente. Y he comprobado que te mueves bien. —¡Claro que sí! Con tiento.

—Tú también.

E incluso con las indirectas nada sutiles, yo sigo sin sacar el tema y él, sin dar el paso. Un poco justitos sí que somos, para qué negarlo.

Nos envuelve una densidad conocida. Diez. Veinte. Treinta. Sus ojos se clavan en mis labios; los míos, en su boca. Cuarenta. No puedo, no quiero. Cincuenta. Maracas arriba.

Me aproximo con lentitud. El mundo entero se repliega a nuestro alrededor. Deseo recordar este instante, grabar en mi mente su olor, la sonrisa que ahora esboza, mi latido errático, su respiración lenta y profunda, la yema de mis dedos sobre su mejilla, su índice en mi mentón. El primer roce es una corriente cálida que me atraviesa; el segundo, una chispa entre dos cables pelados. El beso, la explosión en masa.

Al separarnos, un pánico irracional se adueña de mí: ¿y si para Héctor no es más que un juego que se nos ha ido de las manos?, ¿y si le gusto para un revolcón y listo? Yo quiero más, le pido todo. ¡Virgencita, a buenas horas me muestras el camino!

Héctor debe de intuir mis cábalas, o creer que me arrepiento del beso, porque su cara muda a un gesto serio, distante.

He aquí la oportunidad de dar voz a mis sentimientos.

—Yo…

—Buenas noches, Ana. Descansa. En un par de horas sonará el despertador.

Asiento confusa. Iba a explicarme, exteriorizar mi miedo. También pretendía saber; sobre todo, eso.

—Buenas noches, Héctor.

Él me da la espalda. Me giro yo también. Ya tengo mi respuesta: no le interesa complicarse.

45

Blog AAVV El Rincón Gatuno

LA FINAL DE CAZA A TU *CRUSH*

¡YA ESTÁ AQUÍ!

Después de semanas de suspiros, miraditas, declaraciones veladas y más de una anécdota con pestillo de por medio… ¡llega la gran final de nuestro juego del amor!

Mañana, 5 de diciembre, las tres parejas finalistas, junto a Héctor y Ana, pondrán rumbo a la casa rural El Mirador de Laura para vivir tres días de emociones, juegos, convivencia y cierta tensión romántica que haría sudar al guionista de una telenovela turca.

¿Qué pasará en la casa?

- **5 de diciembre:** llegada. Se reparten las habitaciones, se establecen unas normas básicas (como no acaparar el baño) y dan comienzo las actividades.
- **5, 6 y 7 de diciembre:** jornadas intensivas de convivencia, con juegos para conocerse y conocerlos mejor, desafíos de pareja y alguna que otra sorpresa, cortesía de Héctor y Ana (responsables de velar por que nadie duerma en el sofá).
- **7 de diciembre, a las 13:00 horas:** ¡se cierran las votaciones! Los socios habrán tenido tiempo de sobra para observar, analizar y votar con conocimiento de causa.
- **8 y 9 de diciembre:** la pareja ganadora disfrutará de la casa rural en la intimidad. Que, después de tres días rodeados de gente, seguro que estarán deseosos de un poco de paz.

¿Cómo votar?

El 5 y el 6 de diciembre, por la noche, compartiremos una crónica de la jornada en este mismo blog, para que vuestras almas curiosas puedan cotillear desde la comodidad del sofá. Al final de cada entrada, se activará una encuesta para que votéis a vuestra pareja favorita.

*Durante estos días, los comentarios del blog estarán desactivados para evitar situaciones desagradables.

Os recordamos a las parejas finalistas:

- **Severino y Valeria:** apasionados de los desayunos completos y los giros dramáticos.
- **Pepi y Emilio:** mentes activas en cuerpos entusiastas del ejercicio físico.
- **César y Romeo:** la pareja que no vimos venir.

Gracias, Laura

No podemos acabar esta entrada sin agradecer a Laura M, de La Panadería de Laura, por ceder la cara rural El Mirador de Laura para la gran final.

Y Ana y Héctor…

Nuestros enviados especiales ejercerán como pareja anfitriona. Además, serán los encargados de acompañar a los finalistas, documentar los mejores momentos y asegurarse de que nadie intente sabotear al adversario.

Vecinos, **nos leemos mañana en la primera crónica del día**. Mientras tanto, afinen su criterio, su voto y su sentido del humor. ¡Empezamos!

46

La casa rural es tan bonita que me dan ganas de besar a Laura en la frente por su generosidad. Ubicada en medio de un paraje a media hora del pueblo, es una construcción en piedra con contraventanas verdes, dos pisos y una cocina que invita a perderse entre fogones vestida con un delantal y poco más. El salón, tan acogedor que parece sacado de una película navideña americana, nos cobija a todos. Mochilas, maletas, gorros de lana y bufandas descansan sobre el sofá y la mesa; la hemos invadido y no llevamos aquí ni cinco minutos.

—Mamá, ¿a dónde vas?

Pepi, con el pie en el primer peldaño de la escalera, se detiene.

—A investigar arriba.

—De eso nada. Siéntate. Sentaos todos. Primer punto en el orden del día: asignación de habitaciones.

Abro mi mochila para sacar una bolsa y muestro que no hay nada en su interior; después, cojo los cuatro papelitos y les enseño los nombres de cada una de las parejas. Lo introduzco en la bolsa.

—Yo seré la mano inocente —asegura Héctor antes de que se nos adelante un concursante avispado.

—¿Nos ves con cara de tramposos? —César no da crédito.

—Mejor nosotros que vosotros, así no habrá sombra de duda.

—Primera habitación a la derecha… —dice Héctor con solemnidad —. Ana y yo.

Pepi, tras su bufanda de ochenta metros de longitud, se ríe.

—Venga ya, seguro que es la mejor.

—Lo que tú digas, mamá. La segunda habitación a la derecha será para… ¡Pepi y Emilio! Felicidades, pareja.

»La primera a la izquierda será la de… ¡César y Romeo!

»Severino y Valeria, para vosotros la segunda a la izquierda.

Todos aceptan sin rechistar, con la emoción de quien sabe que, en el fondo, esto no es más que una aventura, un tiempo regalado para

pasar con gente que te cae bien, a la que aprecias. Sin necesidad de que nadie dé indicaciones, enfilan la escalera.

—Solo hay un baño, compañeros. Necesitamos organización. —Pepi y su necesidad de control.

—Si es así, nosotros nos duchamos por la mañana, después del yoga —anuncia Valeria, muy decidida.

—Nosotros nos pedimos la noche —dice Emilio. Desde abajo lo veo pellizcar el trasero de Pepi, que se gira para guiñarle un ojo.

—Romeo y yo, cuando nos dé la gana —sentencia César.

El resto estalla en carcajadas.

—Me parece que no esperaban menos —asegura Romeo, ya en el pasillo.

Héctor y yo nos miramos.

—Se nos puede hacer muy largo —murmura.

—Promete ser divertido, Héctor, no seas cenizo.

Antes de subir al primer piso, en la cocina repaso junto a Héctor los víveres que Laura nos ha preparado para estos días: embutido, tortillas, táperes con nombre y fecha. Una pata de jamón. Bebidas, café, infusiones. Todo pensado y organizado a la perfección. Incluso hay galletas con forma de gato. Miro a rollito: ¿será cosa suya?

Regresamos al salón con la intención de repartir los turnos para poner y recoger la mesa. Flipo: Severiano, con la ayuda de Valeria, que le alcanza un tronco, enciende la chimenea; Emilio, tal y como avisó en el coche, instala un karaoke en el televisor con la seriedad propia de un técnico de la NASA; Romeo, sentado junto a César en el sofá, se entretiene con el espectáculo.

—Deberíais grabar este momento para subirlo al blog.

—Mamá…

—Pepi, eres una concursante más. Relájate.

Tras distribuir las tareas, Héctor y yo subimos a dejar las maletas en nuestra habitación, y descubro con horror que la cama tiene dosel. ¡Dosel! Freno en seco. La estancia es espectacular: dos butacas orejeras frente a la chimenea, un ventanal con vistas al prado y a un cielo infinito. Sobre las mesitas, dos lámparas confeccionadas con cristales de colores, y en la pared opuesta, un armario de dos cuerpos de un tono caoba. En un rincón, un

lavamanos con un espejo que debe de tener más años que yo. Del techo pende una lámpara de hierro forjado.

—Es preciosa. ¿Qué lado prefieres?

—Me da igual, escoge tú. —Héctor coloca la maleta a los pies de la cama.

—Pues el que queda más cerca de la salida.

Ha llegado la última prueba que debemos superar como pareja. Mentiría si dijera que no tenía ganas. Desde la despedida, nos hemos visto en dos ocasiones: la primera fuimos a correr; la segunda, cené en su casa. Tensión no exteriorizada, risas, roces y alguna que otra confesión. Del beso, ni rastro. Una vez más, actúo, actuamos, como si no hubiese tenido lugar. Yo lo hago porque necesito respuestas; él, porque… he ahí una de las grandes incógnitas que me enganchan a Héctor. Ahora, solo tres días, dos noches, y el momento más temido de la operación Cupido Vecinal habrá pasado. Virgencita, si tienes en mente concederme algo de lo que te pido, por favor, que vayan por aquí los tiros: Héctor y yo, juntos. Fin. ¿Pido demasiado?

47

Blog AAVV El Rincón Gatuno

CRÓNICA DEL VIERNES 5 DE DICIEMBRE:

EL PRINCIPIO DEL FIN

por Ana y Héctor

¡Atención, socios de El Rincón Gatuno! Hemos invadido la casa rural. Estamos precalentando el horno y el ambiente está más caldeado que el brasero de la abuela en Nochebuena. La final de Caza a tu *crush* ha arrancado oficialmente y nos tememos (con la alegría que nos caracteriza) que aquí nadie ha venido a pasarlo mal.

Llegamos esta mañana cargados de emoción, maletas y una tarta de manzana que alguien (Pepi) se negó a dejar en casa. Tras el reparto de habitaciones mediante sorteo —y sí, decimos sorteo, aunque la vicepresidenta insista en que estaba amañado—, los finalistas se han instalado con una rapidez asombrosa.

Desde aquí, de nuevo, ¡gracias infinitas, Laura! La casa es preciosa.

Pero vamos al lío, que nos despistamos.

Primer juego del día: «Yo nunca», versión rural

Después de comer, nos sentamos en círculo. Héctor sacó un set de tarjetas con afirmaciones del estilo «Yo nunca…», para adultos en su segunda juventud. Las reglas, sencillas: si habías hecho lo que indicaba la tarjeta, contabas la historia; de lo contrario, aprendías del resto.

Jamás olvidaremos que:

- **Pepi** una vez se fugó de una boda porque el vestido le daba alergia (literal, acabó en urgencias).
- **Emilio** se aprendió todas las canciones de Serrat para conquistar a su primer amor. No funcionó, pero nos regaló un par de estrofas que levantaron aplausos… y cejas.
- **Romeo** dio su primer beso en una biblioteca, y se le cayó encima una estantería de libros.
- **César** nunca se ha bañado desnudo en el mar (Romeo lo miró como quien sabe más, pero lo dejamos ahí).
- **Severino** no entiende este tipo de juegos, pero nos ha explicado con lujo de detalles cómo jugará con Valeria esta noche. Sin más que añadir.
- **Valeria**, pese a su renuencia a hablar del pasado, nos regaló una anécdota sobre un baile de fin de curso, el malote de la clase y un tupé legendario.

Giro inesperado:

Cuando creíamos que nada podría ya sorprendernos, Héctor y yo sugerimos un juego de mímica para cerrar la tarde. Resultado: Emilio imitó a Pepi cuando pone la lavadora. Pepi, dolida en el alma, respondió imitando a Emilio cuando busca el mando de la televisión con las gafas empañadas.

La noche terminó con un karaoke espontáneo en el salón y una interpretación dramática de *Mi gato*, de Rosario, a cargo de Valeria y Severino. Lloramos. De risa, pero lloramos.

Recordatorio importante:

Los comentarios estarán bloqueados durante toda la final. No significa que no queramos leeros, sino que no queremos peleas, coacciones ni sobornos con croquetas. Todo se decidirá por votación libre y confidencial.

Hablando de eso…

¡Votaciones abiertas!

Tenéis hasta el día 7, a las 13:00 horas, para votar por vuestra pareja ganadora. La encuesta ya está disponible en este blog. Un

solo voto por socio. Una sola oportunidad para decidir quién se queda dos días más en la casa rural… y el *jacuzzi.*

Nos despedimos por hoy. ¡Mañana más!

48

La cocina huele a chocolate y pan tostado. Héctor ha puesto la tetera sobre la vitro y busca dos tazas en los armarios como si estuviera en su propia casa. Lo observo desde la mesa, con la espalda apoyada en el respaldo y los pies descalzos sobre una de las sillas vacías. Mis calcetines, rojos con motivos navideños, ya se han granjeado un par de risas.

—¿He dicho ya que esta casa es preciosa?

—Varias veces. Aunque esta última no has añadido «y la wifi no da pena»; supongo que ya te has acostumbrado al lujo. —Coloca una taza delante de mí.

Héctor se sienta a mi lado, en ángulo, tan cerca que nuestras rodillas se rozan sin querer. Bueno, sin querer del todo no, que yo no es que quiera, es que no me importa, ni me incomoda. Por lo visto, a él tampoco. Vamos bien. Muy bien. Más que bien.

—¿Has disfrutado del día?

—Muchísimo. La prueba de las cucharas y la nata ha sido una obra maestra. Tu madre estará orgullosa de ti.

—Mi madre me ha fulminado con la mirada, ¿te lo has perdido?

—En absoluto, no sabes lo mucho que lo he disfrutado. Era más que merecido.

—Le ha untado la calva con nata a Severino.

—La has descalificado. Con restarle un par de puntos para que no ganasen, era suficiente.

—Lo sé, pero se lo merecía, aunque me deje sin caldo todo el invierno.

Nos reímos como si el día no hubiera sido un maratón de momentos absurdos y entrañables. Me sujeto la barriga. Adoro la complicidad con la que nos comunicamos, las bromas, la facilidad con que salen las palabras mientras no involucremos los sentimientos.

—¿Sabes qué es lo peor? —Jugueteo con la cucharilla.

—¿Qué?

—No he echado de menos la facultad, a los alumnos, el móvil o los memes de Pepi ni una sola vez. Estoy bien aquí. Con ellos. Contigo.

Durante unos segundos, no se mueve ni el aire. Luego, Héctor se inclina hacia mí.

—Yo también estoy bien aquí. Con ellos. Y contigo. —Sonríe—. Incluso aunque me toque compartir baño con seis adultos sin miramientos.

—Sí, toda una experiencia, sin duda.

—Lo es. Emilio ha intentado abrir la puerta mientras me duchaba. El hombre estaba convencido de que su turno de ducha era a las seis y media.

—¿Qué has hecho?

—Le he cantado un villancico desde la bañera para que la espera no se le hiciese larga.

—¿Qué?

—*Campana sobre campana*, versión lírica. Seguro que me respetará de por vida.

Mi carcajada resuena en la cocina.

—Eres increíble.

—Sí, eso creía hasta que he visto tu técnica para correr con un huevo entre las rodillas sin romperlo. Eso sí que es espectacular. Hay atletas olímpicos que no lo lograrían.

—Es un talento oculto, entre muchos.

Ambos nos encontramos inclinados hacia el otro, con los codos sobre la mesa y las tazas olvidadas entre los dos. Su mirada baja a mis labios; la mía hace lo mismo hacia los suyos. Cuando me doy cuenta, aparto la vista. Maldita sea. Me he convertido en la protagonista de una novela romántica que no sabe cerrar el pico a tiempo.

La tetera empieza a silbar como si pretendiera salvarme de mí misma. Antes de que ninguno pueda hacer o decir nada, un golpe seco procedente del piso superior nos alerta. Otro golpe. Risas.

—¿Qué crees que hacen? —Me levanto con la vista fija en el techo.

—Nada bueno, eso seguro.

Héctor se pone en pie, apaga el fuego y retira la tetera. Lo sigo. Antes de subir las escaleras, me detengo un instante. Lo nota y se para.

—Gracias por la noche —le digo en voz baja.

—Gracias por los pingüinos que llevas bajo la bata.

—Eres idiota, Héctor.

Su carcajada explota. Paso de él; subimos las escaleras para enfrentarnos a tres parejas que deberían dormir a pierna suelta en lugar de corretear igual que adolescentes en un campamento de verano.

Al llegar al primer piso, el pasillo vibra con risitas mal contenidas, crujidos de madera y pasos apresurados.

Me planto frente a la puerta de la habitación de César y Romeo con los brazos en jarras.

—Sois como niños. O bajáis el volumen, o por la mañana os ponemos a hacer abdominales en el jardín. —Se instala el silencio. Uno muy sospechoso—. ¿Estáis bien?

—Sí. Buenas noches, Ana —responden varias voces al unísono, como si hubieran ensayado la capitulación.

Héctor carraspea en tono serio:

—Y, por favor, recordad que los somieres son delicados. No están diseñados para resistir actividad sísmica, que cualquiera juraría que habéis saltado sobre el colchón.

Creo que es Valeria la que suelta una carcajada ahogada. Emilio, desde su habitación, dice: «Yo avisé», a lo que Romeo responde: «A lo hecho, pecho».

—Buenas noches, parejas —dice Héctor, aguantándose la risa.

—Buenas noches —me sumo.

Héctor me toma con suavidad por el codo y me guía hacia nuestra habitación.

Cuando cierro la puerta tras de mí, me doy la vuelta y lo encuentro en el centro, de pie, observándome con tanta intensidad que mi espalda se endereza en un acto reflejo.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Solo acércate.

Y obedezco. Porque no hay motivo para no hacerlo, porque me apetece averiguar qué quiere, porque mis pasos lo eligieron mucho antes de que mi cabeza se lo permitiese.

Cuando me tiene frente a él, alza la mano y me roza el pómulo con los nudillos. Su voz es ahora un eco que se clava directo en el centro de mi pecho.

—Antes de que vuelvan a liarla y de que yo me arrepienta, necesito rogarte algo. Diablos, es posible que esté a punto de cagarla. Si es así, dímelo, pero soy incapaz de bajar a la cocina y seguir como si yo no quisiera, como si tú tampoco.

—¿El qué?

—No nos tengas miedo.

Y antes de que pueda explicarme cómo es posible que me conozca tan bien, me besa. El calor se expande; alguien ha encendido todas las luces del mundo dentro de mí. Me siento ridículamente feliz, en casa.

—Me tiemblan los pies —susurro al separarnos.

—Espero que eso sea bueno.

Con lentitud ceremoniosa, desanuda el cinturón de mi bata. Cuando la tela cae, su mirada recorre, curiosa, mi piel. No pierdo el tiempo: tiro con suavidad de la cremallera de su jersey, luego me deshago de su camiseta. La piel de Héctor no es perfecta, cuenta historias en forma de cicatrices; le preguntaré por todas ellas.

Reímos al tropezar con una de mis botas; caemos sobre el colchón entre carcajadas, besos desordenados y promesas mudas.

Justo antes de que el mundo se reduzca a nuestras respiraciones, Héctor susurra:

—Es real.

Lo es.

49

Arrastro las zapatillas siguiendo el sonido de cuchillos contra pan tostado, tazas sobre platos y voces aún rasposas por el sueño. Héctor viene detrás, medio dormido, con el pelo revuelto y una camiseta que me cuesta dejar de mirar.

La noche, calmada en apariencia, tensa bajo las sábanas, no me ha servido para descansar. Tengo la sensación de que nuestras caras son dos carteles luminosos que gritan: «Pareja consumada». Virgencita, protégenos de que Pepi se dé cuenta, se venga arriba y nos deleite con sus ideas.

En la cocina reina un caos amable. Pepi prepara café para ocho en una cafetera para tres. Emilio la corrige sin decírselo: se dedica a ir tras ella para retirar cucharas y cerrar los tarros que deja abiertos. Severino y Valeria, sentados a la mesa, muy juntos, hojean lo que parece un libro de recetas navideñas que ha traído Romeo. César prepara tostadas con la precisión de un ingeniero, a la vez que su pareja vacía la nevera como si fueran a racionar el mundo a partir de mediodía.

—Buenos días, juventud —saluda Pepi.

—¿Desde qué hora lleváis en pie? —Me sirvo el café.

—No hay persianas en la habitación, y a las siete ya no podía dormir. Además, mi compañero ronca como una locomotora —responde Valeria sin levantar la vista de la página que lee.

—¡Eso es mentira! Respiro fuerte, cariño.

Romeo suelta una carcajada. César no pestañea.

—Y tú, Romeo, ¿has dormido bien? —Héctor se acomoda en una esquina de la estancia, taza en mano.

—Muy bien. César duerme como una tabla. Ni se mueve. Es como compartir cama con un fiambre.

—Poético —comento.

Héctor y yo intercambiamos una mirada que significa lo mismo: estos se nos desmadran en cualquier momento. Debería estar aterrada; sin embargo, la ternura que me despiertan las tres parejas

es superior a cualquier otro sentimiento. La confianza que hay entre ellos, las bromas, la naturalidad con la que se aceptan resultan envidiables.

—Aquí llegan las tostadas. —César coloca una bandeja en el centro de la mesa.

—Yo he cortado fruta para todos —añade Romeo.

Héctor se sienta a mi lado. Me pasa la mermelada sin que se la pida, me llena la taza de café cuando se vacía; yo le preparo un tazón con fruta. Alzo la vista: Pepi asiente satisfecha desde la otra punta. Miro al techo.

Escuchamos a Emilio contar que en 1998 quemó unas lentejas, que quemaron la cocina, que quemó el piso. De su hermano. Pepi le prohíbe cocinar legumbres en su casa. Valeria apoya la mano sobre la rodilla de Severino, que le sonríe con la cabeza baja, como si aún le sorprendiera ese gesto. César escucha con atención a Romeo. Y Romeo contempla a su pareja como si acabara de enamorarse de él.

—Se llevan bien —murmuro a Héctor.

—Mejor que muchos que llevan toda una vida juntos.

Romeo se levanta, se limpia las manos y se dirige hacia nosotros con una energía arrolladora.

—Chicos, ¿sabéis cómo van las votaciones?

Los demás se giran hacia nosotros, pendientes de la respuesta.

—Viento en popa —responde Héctor.

—¿Nos podéis dar una pista? —Valeria le da un sorbo al café.

—No. Aunque os puedo confirmar que hay mucha participación.

—Mira que son chafarderos. Después les preguntaremos a nuestros amigos que por quiénes han votado y nos dirán que se les olvidó participar —afirma Severino.

Las risas salen solas. No hay tensiones, ni rivalidad. Admiro este desorden ruidoso; mi pecho se estremece. Habría sido una lástima que hubiese rechazado la idea de Pepi. Esta estampa, ellos, bien merecían un rollo falso.

50

Blog AAVV El Rincón Gatuno

CRÓNICA DEL SÁBADO 6 DE DICIEMBRE:

SEGUNDO DÍA, SIN DESPERDICIO ALGUNO

por Ana y Héctor

Segundo día completo en la casa rural y, aunque cueste creerlo, aquí reina la paz. Sí, nosotros también hemos tenido que releer esta frase un par de veces.

Juegos de la jornada: «¿Quién dijo eso?»

Uno de los juegos estrella de este segundo día ha sido «¿Quién dijo eso?», en el que cada pareja debía adivinar si ciertas frases divertidas, comprometedoras o extrañas habían salido de la boca de su otra mitad.

Severino y Valeria se han llevado la palma con estas perlas:

«Supe que era la mujer adecuada cuando la vi comerse una napolitana entera sin servilleta».

«Y estaba rellena de crema pastelera, por si alguien tiene dudas del nivel de compromiso», añadió Valeria.

Pepi y Emilio se enfrentaron al temido:

«En la cama, lo importante es no perder el ritmo. Aunque sea el del ventilador».

La frase es de Emilio. Pepi, lejos de ruborizarse, asintió orgullosa.

César y Romeo demostraron que lo suyo es el amor y el humor:

«Si él es la tempestad, yo soy la regleta que no aguanta los enchufes».

Dicho por Romeo, evidentemente. César negó con la cabeza y farfulló sobre haber creado un monstruo.

Votaciones

¡Gracias a los socios que habéis votado! Las urnas digitales permanecerán abiertas hasta las 13:00 del día 7 de diciembre, así que, rezagados, votad y ayudad a decidir quién gana este Caza a tu *crush* Edición Especial.

Giros inesperados

¿Un resumen del día? César ha cocinado, Romeo ha repartido masajes sin que nadie lo pidiera (ni se negara), Severino ha brindado por «la posibilidad de encontrar el amor cuando ya has regalado toda tu ropa bonita», y Pepi ha pedido una segunda cafetera y un artículo extra en el blog para hablar de la vestimenta de sus compañeros.

Mañana, a las 13:00, anunciaremos los resultados definitivos y, con ello, daremos a conocer a la pareja ganadora.

¡Qué ganas tenemos!

51

El reloj marca las 22:52 cuando empujo la puerta de nuestra habitación con la cadera. Sostengo el portátil bajo el brazo; en una mano, una taza de infusión en precario equilibrio amenaza con verterse; en la otra, el móvil.

Héctor, ya en la cama, con las piernas estiradas sobre el edredón y el ordenador apoyado en el regazo, me saluda. Luce una camiseta que no le había visto nunca y una expresión concentrada que, lo admito, dan ganas de enmarcar. Y de lamer.

—¿Has comprobado cómo van las votaciones? —Dejo la taza en la mesilla y me quito el jersey antes de sentarme a su lado.

—Sí. Mira. —Gira la pantalla hacia mí—. César y Romeo han pegado un subidón. Si las votaciones siguen esta tendencia, arrasarán.

—No me extraña. La frase de las regletas se las trae.

—Yo creo que es por el masaje. No subestimes el poder de unas manos generosas —añade, serio.

Nos miramos un segundo. Se nos escapa una risa tibia, casi clandestina, de esas que se quedan en el paladar. Me acomodo, más cerca de él. Abro un archivo y sincronizamos pestañas como si lleváramos años trabajando juntos. Su hombro roza el mío y la electricidad circula entre nosotros.

—Me ha escrito mi madre —comento sin levantar la vista—. Que cuándo vas a venir a comer estas fiestas.

—¿Sugerencia o amenaza?

—No sabría decirte. La pregunta iba acompañada de arbolitos y campanas, aunque, si no apareces, es probable que vaya en tu busca.

—Mejor planificamos, no vayamos a disgustarla.

Y así, sin más, sacamos papel y boli.

—Entonces, el veinticuatro cena con Pepi y el veinticinco comida con mi familia —digo.

—Sí. El treinta y uno juntos, en casa de Fabio. Y el uno de enero en tu piso, pero cocino yo.

—Correcto.

—Ana, ¿qué día has dicho que te encargas tú de la comida?

Aprieto los labios. Qué rápido es, la leche.

—Déjame ver. —Me inclino hacia su hoja, como si la mía no contuviera la misma información. Escribo: «Ninguno»—. Lee.

—Ah, ya veo. ¿Te parece equitativo?

—Cocinas de vicio, ¿por qué obligar a mis papilas gustativas a renunciar a tu don? ¡Y el primer día del año, nada menos! Ufff, qué tarde se ha hecho, ¿no?

Apago el portátil, lo dejo en el suelo y me acurruco entre las sábanas.

—¿Cansada? —Héctor me deja por imposible. Mejor.

—Un poco. Un día demasiado intenso, y aún falta uno más.

Él abandona su ordenador a un lado y se tiende bajo el edredón. Nos quedamos de frente.

—El último día.

—Sí. Exacto.

Se aproxima con lentitud. Su mirada permanece fija en mis labios y sus dedos en mi nuca; sé lo que viene. Durante las últimas horas nos hemos robado besos en el baño, la despensa, incluso en el garaje. Tal como pronostiqué, me comporto como una lapa, y él no se queda atrás. Ha sido una tortura disimular frente a tres parejas que imaginan que llevamos juntos varios meses. Un golpe seco en el piso de abajo. Risas. Otro. Nos levantamos de un salto, descolocados.

—¡Pero ¿qué?! —No es Héctor, soy yo al ver el bulto bajo su calzoncillo. Me trago la carcajada—. Sí que estabas feliz, ¿no? Quédate aquí, voy a ver qué traman los niños. Siempre tan oportunos.

En el comedor, Valeria tapona con un pañuelo una brecha en la ceja de Severino; Emilio trastea con el mando en busca de una canción en el karaoke; Romeo viene de la cocina con una bolsa de guisantes en una mano y un paño en la otra; Pepi, tras él, sostiene una bandeja con una botella de anís y ocho vasos. César se coloca a

mi lado, en una declaración física de que no forma parte de lo ocurrido.

—¡Nuera, qué alegría verte! ¿Y Héctor? Que baje. La noche es joven, los cuerpos lo saben: copichuelas, música y unas rondas al «Yo nunca…». ¿Quién se apunta?

—¡Yo! —gritan todos, menos César.

No debería. Soy responsable. Y no está bien abandonar a Héctor arriba, con el mástil tieso. Es la última noche. Miro a mi alrededor: cinco adultos me ponen ojitos.

—¡Y yo!

52

De nuevo huele a pan tostado y a café recién hecho, una mezcla celestial si no fuera porque la cocina se ha convertido en un campo de batalla: Severino no encuentra su taza, una que se trajo de casa; Emilio se ha apropiado del último *croissant*, y Romeo, como si no le importara el mundo, tararea una canción de Coldplay mientras unta mantequilla.

Héctor y yo nos servimos el desayuno sin molestar, con miedo a que, en cualquier momento, Pepi saque el culín de anís que sobró anoche. Él me pasa un vaso de zumo de naranja que acaba de exprimir; yo a él, el café con leche que le he preparado. Nos sentamos en la esquina de la mesa. Bajo esta, nuestras rodillas se rozan; sobre ella, nuestros índices se tocan. Anoche, Héctor tardó casi diez minutos en unirse a la fiesta.

—Severino, ¿cuántos años llevas sin vivir con alguien? —La naturalidad con la que Emilio mezcla ácido cítrico y cotilleo es admirable.

—Quince. —Valeria le da un codazo y él sonríe—. Pero no cambio por nada las telenovelas compartidas.

—Y tú, Romeo, ¿alguna convivencia antes de César?

—Seis meses con uno de mis primos, y acabamos fatal. Roncaba, no limpiaba, y día sí, día también organizaba cenas. César es un hombre tranquilo; vamos bien.

—Vosotros dos —interviene Severino, enarbolando la cuchara del yogur en nuestra dirección—, ¿cómo os organizáis?

—¿Nosotros? —repito.

—Héctor y tú. Os lleváis muy bien, os miráis bonito… ¿Cómo hacéis para no mataros? —Parece interesado de verdad. Lo peor es que Pepi también, porque cruza los brazos sobre la mesa a la espera de nuestra respuesta.

Héctor me mira de reojo. Engullo el trozo de tostada mientras improviso.

—Respetamos el espacio del otro. Mucho. Y hablamos de cualquier tema.

—¿De todo? —Romeo se suma a la conversación como quien no quiere la cosa.

—Sí, incluso de en qué lado de la cama prefiere dormir cada uno. —Héctor suena divertido—. Y negociamos duro cuando se trata de elegir serie.

—Eso es clave —apunta Severino—. Si empiezas una, ya no puedes dejarla.

—También es importante discutir poco —apunta Valeria, con el yogur en alto.

—Y cuando se discute, debe ser con humor —añade Pepi—. Yo a Emilio le lanzo indirectas. Y si no las pilla, directas. Y si tampoco, el cepillo de dientes aparece misteriosamente en la basura. Eso sí lo capta.

—No sé cómo me aguanta —confiesa Emilio mientras unta mermelada.

—¡Eres un encanto, Emilio! —grita Romeo.

Nos reímos todos, incluso César, que se permite una mueca.

—¿Y vosotros? —insiste Pepi, mirándome—. ¿Cómo lo hacéis para mantener la chispa?

—Hacemos deporte juntos —responde Héctor antes de que yo pueda abrir la boca—. Y nos reímos mucho.

Asiento. Porque es verdad y porque no tengo una respuesta mejor. Me bebo el resto del café, el zumo. Listo. A otra cosa.

—Tú, Ana —Valeria prosigue—, tienes pinta de ser muy habladora en situaciones difíciles.

—¿Eso es bueno o malo?

—¡Buenísimo! Es que, si no hablas, te lo guardas, y entonces, ¡zas! Te sale un grano. —Pepi y sus chaladuras.

—Cuánto rigor científico, mamá.

—En resumen: hablar, reír y mover mucho el colchón. Ese es el misterio.

—Y que haya deseo —agrega Romeo—. No todo va a ser ternura, ¿no?

Emilio tose, Valeria se abanica con una servilleta, Severino simula arreglarse la bufanda que no lleva, César respeta el comentario, Pepi asiente con la cabeza. Yo, directamente, quiero que me trague la Tierra.

—Romeo —interviene Héctor—, dejemos el deseo para después de cenar, por favor.

Las risas se adueñan de la estancia. Observo a mi alrededor: qué grupo más surrealista. Héctor me roza el brazo con el índice. Solo un instante, pero suficiente para que le preste mi total atención.

—¿Segundo café en el jardín? —susurra.

Asiento sin retirar la vista de su mano. ¿En serio cree que nos darán un momento de calma? Es ingenuo. Y me gusta.

53

Blog AAVV El Rincón Gatuno

CRÓNICA DEL DOMINGO 7 DE DICIEMBRE:

¡Y LA PAREJA GANADORA ES…!

por Ana y Héctor

Después de tres días intensos, en los que el amor ha florecido, algunos secretos han salido a la luz y las regletas han cobrado un nuevo significado en nuestras vidas, ¡ya tenemos pareja ganadora!

César y Romeo se alzan con el título de campeones de Caza a tu *crush* Edición Especial.

Sí, sabemos que algunos lo sospechabais desde el primer taller de yoga, pero lo cierto es que este par nos ha conquistado por completo.

La serenidad y la introversión de César se han fusionado a la perfección con el desparpajo y los pies fríos de Romeo. Han demostrado que se puede construir una relación sólida sin perder el sentido del humor, que una tarta de zanahoria a deshoras en la cocina puede ser más efectiva que una cena con velas. E incluso que una sola mirada de cariño puede hacerte saber que estás en el lugar adecuado.

A las 13:00, como prometimos, se cerraron las votaciones y se notificó el resultado a las parejas. Lo que pasó después: abrazos, vítores, confeti casero elaborado con servilletas y celebración con anís.

Valeria, Severino, Pepi y Emilio se han despedido de los ganadores con alguna lágrima y una invitación para futuras meriendas.

Desde aquí, les damos las gracias por su valentía, sus respuestas sinceras y por demostrar que la ilusión no tiene edad.

Ahora, César y Romeo ya están solos en la casa rural. Lo que ocurra no se detallará en futuras crónicas, pero ¿quién sabe?, quizá algún día podamos hablaros de su boda.

¡Gracias a todos los socios por seguir esta final con tanta pasión! Abrimos los comentarios para que podáis felicitar a los vencedores.

Felicidades, pareja. Sois el *crush* que todos querríamos tener.

54

Observo a Héctor, abstraído en una mancha de café en el mantel de cuadros blanco y rojo: lo frota con el dedo como si fuese una bola de cristal dispuesta a revelarle cuál ha de ser su siguiente paso. Yo se lo destripo: intimidad cero hasta que no finalice nuestra misión de carabinas.

Hace casi dos horas que nos despedimos de los flamantes ganadores: Romeo, perplejo, lloraba, incapaz de hilar una frase con sentido; César pedía instrucciones, como quien reconoce que el capitán del barco ha perdido el norte y debe asumir el mando.

El restaurante de carretera en el que hemos parado por petición popular cumple todos los tópicos habidos y por haber: comemos rodeados de camioneros, transportistas y obreros de la construcción. Los techos altos de la sala favorecen un ruido infernal, y la escasa separación entre mesas garantiza más densidad de comensales por metro cuadrado que habitantes en Mumbai. Eso sí, la comida es de soltar la lagrimilla, y a un precio irrisorio.

Las chicas se ponen en pie de golpe.

—Voy a estirar las piernas —asegura Pepi.

—Y yo al baño.

Avanzan por el pasillo entre risas, a una velocidad que inspira desconfianza. Algo traman. Me llevo una mano a la frente; ni un respiro, oye.

—Un par de horas y seremos libres —susurra Héctor ladeándose hacia mí, con la vista fija en las dos mujeres.

Transcurren cinco minutos. Diez.

—O las ha abducido un ovni, se las ha tragado el retrete o, y será eso, planean el mal. Vuelvo enseguida —le digo a Héctor antes de ir a por ellas.

Salgo primero al exterior y doy una vuelta alrededor del restaurante: ni rastro de las señoras. Me dirijo al baño. Abro la puerta; nada. Cuando voy a salir, el chismorreo dentro de un cubículo me detiene. Pego la oreja a la madera:

—… Rosa se ha venido arriba con el comentario, no me digas que no tiene arte.

—Habéis creado la mejor telenovela del mundo. Es increíble que no sospechen nada.

—Ana se enciende tanto con los comentarios que no ve más allá, y Héctor…, bueno, el pobre haría cualquier cosa que estuviese en su mano con tal de ayudar.

El móvil me quema entre las manos. Abro el blog, guiada por la costumbre, y reviso los comentarios. No veo ninguno de Rosa, sí de Motosierra13 y R2-D2:

Espacio de comentarios del blog El Rincón Gatuno

Motosierra13

Que nadie olvide que las vacaciones del amor se han pagado con la cuota de todos los socios. Y ¡¿quién las ha disfrutado?! Tres de las cinco personas que conforman la junta. ¡Dimisión!

R2-D2

Una pena que no dejasen comentar durante la estancia en la casa. Eso demuestra la falta de confianza en los socios y el miedo a más medidas de presión para que se expliquen. ¿Será que ocultan algo?

—Tú tampoco te quedas atrás. R2-D2 es un fenómeno —dice Valeria. Ambas ríen.

—Ahora, dejemos que la tensión sexual no resuelta haga el resto —resuelve Pepi.

La puerta del cubículo se abre. Pepi y Valeria aparecen tras ella.

Me miran desconcertadas. Yo, atónita. No lo asimilo. No…

—¿Ana? —Valeria se acerca.

—¿Queréis decirme qué… qué cojones habéis hecho? —Tiemblo.

—No es lo que parece —empieza Pepi.

—¿Seguro? Porque, ahora mismo, otra mentira sería demasiado. ¿No eres tú R2-D2? ¡Oh! Y Motosierra13 es… ¡¿Rosa?! Es que… ¡estáis chaladas! ¡¿Me pediste que fingiera ser la novia de Héctor?! Joder, ¿es una broma?

—No… —responde en voz baja. Da un paso hacia mí, que me alejo—. Ana…, no sé… Quería ayudar.

—¿Ayudar? ¿A qué?

—A Héctor. Le gustas desde hace mucho. No me preguntes por qué, pero lo sé. Cuando Caza a tu *crush* se puso en marcha, se me ocurrió la excusa perfecta para regalaros tiempo juntos. Para que lo conocieras mejor; porque él te ve, Ana.

—Este lío fue para emparejarnos… ¿enamorarnos?

—No os obligaba a nada. Era… *es* una oportunidad.

—¿Y si salía mal, Pepi? ¿Si uno de los dos se ilusionaba más que el otro? ¿O si el teatrillo se nos iba de las manos? Entonces, ¿qué? —Mi voz se quiebra. La garganta me arde. Trago saliva. Cuesta—. ¿Y si uno de los dos salía herido?

—Lo siento.

Cinco. Diez. Quince. La creo. Sus ojos se cuajan de lágrimas. Por primera vez, enmudece.

—¿Seguro que Héctor no sabe nada?

—No. —Sacude la cabeza, frenética—. Él no. Yo… Ana, por favor, no le montes un numerito delante de todos. Espera a que lleguemos, a estar solos. Ahora no, te lo ruego.

Asiento porque no puedo hablar, ni pensar. Necesito respirar, huir del caos, sumirme en el silencio. Virgencita, ¿por qué?

—Vale, pero no le digas nada. No te adelantes. No te excuses.

—Te lo prometo.

Y por primera vez en la historia de nuestra amistad, quiero estar lejos de Pepi.

Muy lejos.

Salgo del baño con paso firme, pese a que las piernas me tiemblen como si hubiese corrido cinco maratones. El pasillo se asemeja a un túnel: largo, estrecho, oscuro.

Héctor, de pie junto a la mesa, habla con Severino. Me ve y sonríe. Ese gesto consigue que el suelo se tambalee. Si supiera…

Finjo normalidad. También cuesta. No es la primera vez que debo mentir estando a su lado, pero ahora un dolor agudo me aprieta el pecho. Estoy rota.

—¿Todo bien? —Héctor me tiende el abrigo. Lo ha cogido por mí. Claro que lo ha hecho.

—Sí, por suerte; mucho hablar y poca acción, ya las conoces. —Intento sonar divertida. La Ana de siempre.

—¿Regresamos al minibús?

—Volvamos a casa, por favor. —Mi voz suena como si se me hubiese dormido la garganta. No lo nota, o sí, pero no pregunta.

Pepi y Emilio salen los primeros; Valeria se coloca el abrigo. No pasa nada. Todo bien. Todo normal. Todo… una trampa, un juego de manipulación vestida de buenas intenciones.

Subimos al vehículo en un mutismo impropio del grupo. Héctor va al volante; yo, de copiloto. No hay música, ni risas, solo el traqueteo del motor y los ronquidos de Severino, que se ha rendido al sueño.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Pepi, que no abro. Apago el teléfono.

Apoyo la cabeza en la ventanilla. El paisaje es un borrón de árboles, campos y cielo gris. Dentro de mí, un torbellino de enfado, tristeza y decepción se agita como el preámbulo de una tormenta sin precedentes. Aun así, cuando Héctor me roza el brazo, me estremezco. Lo que siento por él es real; lo que me provoca, también. ¿Le gusto desde hace tiempo? ¿Por qué no lo mencionó?

Respiro hondo. Ojalá pudiese sacar un tema trivial que aligerase la pena. No puedo hablar. Si hablo, lloro. Y no aquí. No ahora. No frente al grupo. Miro a Héctor: conduce tranquilo, ignorante, feliz.

Lo destruiré con la verdad.

55

Las llaves apenas hacen ruido al girar en la cerradura. Mi corazón late feroz con una mezcla de culpa, nervios y temor. No sé por dónde empezar.

Héctor aparece tras la puerta con una sonrisa cansada, los ojos encendidos, el pelo húmedo y los pies enfundados en unos calcetines verdes con renos blancos. Me río sin ganas: tengo unos iguales.

—Hola —dice con esa voz suave que reserva para Andrés y para mí.

—Hola. —Me sujeto al picaporte como si me fuera la vida en ello.

Da dos pasos en mi dirección. Se acerca más, y más. No me muevo. Se inclina. Cuando siento su aliento cálido sobre mis labios, la cordura me asalta: levanto la mano, la apoyo en su pecho. Firme. En un gesto que detiene, que se impone como una barrera.

—¿Pasa algo?

—Tenemos que hablar.

Ya sé, no es la frase más original del mundo, pero funciona igual que un torpedo en campo enemigo. Héctor se aparta y yo entro.

Le hago una señal: mejor nos sentamos en el sofá.

—Vale, me has acojonado.

—No quiero hacer esto, de verdad que no, pero debo. Y entenderás mi actitud. Ojalá no fuese real.

—Suéltalo, Ana.

Trago saliva. Aprieto las manos contra mis rodillas.

—Pepi es R2-D2.

Su rostro se congela. Juro que veo el engranaje de su mente funcionar ante mí, como si le hubiese transmitido la información en un idioma alienígena que, oh, milagro, entiende, aunque le cuesta procesar el significado.

—¿Qué?

—Y Rosa es Motosierra13.

Diez. Veinte. Treinta. Un silencio espeso y prolongado cae sobre nosotros como una cortina húmeda y fría.

—¿Cómo…? ¿Pero…?

—Lo oí en el baño del restaurante. Fui a ver qué hacían Pepi y Valeria y las escuché hablar. Pepi leyó su propio comentario, el de R2-D2, y dijo que Rosa tenía mucho arte, refiriéndose a la opinión de Motosierra13. R2-D2 es tu madre, ella misma me lo confirmó después.

Héctor no habla. No se mueve. Solo me mira; aunque dudo que realmente esté aquí, y no solo de cuerpo presente, no me retira la vista.

—Valeria también está al tanto, no sé si de todo o de una parte del plan. Desconozco si hay más gente implicada. Ni me atrevo a preguntar. Héctor, tu madre no solo ha ideado juntarnos, sino que también ha reclutado cómplices. A saber cuántas personas están al corriente de que aceptamos mentir a todo el mundo; que nos embarcamos en una misión sin saber que nosotros éramos el objetivo. —Me freno un momento, el tiempo suficiente para reunir fuerzas. Allá va—: Tu madre lo ideó porque, en su opinión, sientes algo por mí desde hace tiempo y, como no movías ficha, ella tomó cartas en el asunto. Según cree, nos dio una oportunidad. Pepi y la peculiar forma en que justifica sus actos.

Héctor agacha la mirada y suspira bajo, largo. Doloroso.

—Se ha superado. Esta vez… de verdad que ha batido su propia marca.

Entrelazo los dedos de las manos. Preguntar lo que más me aterra supone abrir una grieta entre los dos, pero, si no lo hago, la duda germinará en mi pecho, será un cataclismo. Un, dos, tres, vamos allá:

—¿Tú…? —Hago una pausa—. ¿Sospechabas algo? ¿Lo sabías?

—¡¿Yo?! —Alza la voz; no mucho, pero basta para estremecerme —. ¡Claro que no! ¿Qué diablos? ¡No! Jamás te habría involucrado en semejante locura. JAMÁS.

El lamento con el que pronuncia la última palabra me alerta. Me enderezo y lo encaro. Quiero respuestas, son lo mínimo que me deben.

—Héctor, hay algo más. Lo intuyo.

Diez. Veinte. Treinta. No puedo. Ahora no. Habla, te lo ruego.

—Cuando me contaste que mi madre le había pedido a la tuya que te unieras a la asociación, supuse por qué lo hizo. Más tarde, cuando vi que a ella y a Rosa les daba un poco igual lo que opinasen R2-D2 y Motosierra13, después de que ya nos hiciéramos pasar por pareja, temí lo peor, pero no las creí capaces de una barbaridad de tal calibre.

Una risa amarga resuena en la estancia. Héctor se frota la frente con una mano, como si necesitara borrar algún pensamiento.

—Ya. Pero, Héctor, mientras yo quería investigar las identidades de R2-D2 y Motosierra13, tú insistías en quitarle hierro a la situación. Algo te chirriaba.

—Así es, pero no imaginé… te prometo que no…

—Es que… no logro comprenderlo —susurro, más para mí que para él.

—Porque me conoce. Me ha visto contigo. Porque, según ella, «se me caen los ojos» cuando te miro. Porque sabe que, desde hace tiempo, me importas más de lo que podía permitirme. —Me quedo sin aire. Héctor prosigue—: Tú… siempre me has rehuido. Has interpretado mis silencios o mi sequedad como frialdad; solo eran nervios. Creía que no encajábamos, que éramos un imposible. Somos tan distintos… Tú y tus excusas raras, tus ideas brillantes, tus pijamas de globos. Yo y mi seriedad, mi madre, mis amigos con relaciones de compartimentos estancos. Pensé que no funcionaría, que éramos una quimera. Pero míranos: encajamos.

Se inclina hacia mí y me coge la mano, que retiro con suavidad. No me nace.

—¿No te importa que todo se haya basado en una mentira?

—Sí, por supuesto. Después hablaré con ella. Ahora solo importas tú. Me importa esto.

—¿Y «esto» qué es? Recuerda que era un paripé, un rollito falso, una base sólida pero inventada.

—¿Y qué ha cambiado desde esta mañana? Dime una sola cosa.

Buena pregunta, para la que me encantaría tener respuesta.

—Ni idea. Dame tiempo. Ahora lo veo todo oscuro.

—¿Cortas cabezas imaginarias?

—Sí. —Sonrío con una tristeza que me nubla la vista—. No soy fan de la manipulación, la exposición y la vergüenza.

—Tómate el tiempo que necesites, pero, por favor, no tardes mucho, ¿vale?

Asiento. Me levanto. Camino hacia la puerta.

—¿Te acompaño?

—No. Te lo ruego. No.

—Ana…

Me doy la vuelta, pero no me acerco.

—Hasta mañana.

Dentro del ascensor, las lágrimas ruedan pesadas. Por Pepi. Por Rosa. Por todos los amigos que nos han traicionado. Por obligarme a decir adiós a la última persona a la que apartaría de mi vida.

56

El aire de la calle me golpea en la cara. Tiemblo, no sé si por el frío cortante o por la adrenalina. Camino despacio hacia mi piso. Las luces navideñas, cargadas de estrellas, renos y arbolitos, intensifican la tragedia. Pienso en el calendario que elaboramos en la casa rural, el reparto de las fechas señaladas como si ese acto no dinamitase una de las líneas rojas; pienso en los besos sin espectadores, en mí y en mi costumbre de llamarlo «rollito», en los sentimientos implicados. En lo estúpida que he sido al creer que conservaba el control a pesar de haber incumplido cada uno de los puntos estipulados en el contrato de pareja ficticia.

Entro en mi piso. Cierro la puerta y apoyo la frente en la madera. Andrés acude al rescate: maúlla bajito, se frota contra mis piernas. Lo cojo en brazos e inhalo en busca de seguridad, hogar. Él no miente.

—No me mires así, colega. No podía quedarme con Héctor. Necesito pensar, clasificar, englobar, priorizar y atajar la situación antes de que me hagan más daño. Él… él… No puedo focalizarme en él.

Camino hasta el sofá. Mi bolso y el abrigo caen al suelo con un ruido apagado. Me siento, abrazándome a Andrés. Una punzada me atraviesa el pecho. Cierro los ojos, pero la escena se repite una y otra vez: su mano al coger la mía, yo apartándola. Héctor, de pie, con una expresión de dolor intenso, aferrándose a un nosotros de cartón piedra.

El móvil vibra: un mensaje de Fabio, otro de Rosa. Los ignoro. Respiro hondo en una bocanada que no llega ni consuela, mucho menos calma.

Andrés ronronea en mi regazo y yo le acaricio el lomo. Mi mente me conduce de nuevo a él: lo dejé hecho un trapo. Espero que sus amigos lo sostengan. Miro al salón vacío, escucho la nada; la soledad reaparece como una vieja amiga en tiempos difíciles. Y

entonces, en un hilo de voz, tarareo *Donde manda marinero*, de Andrés Calamaro. Estoy a la deriva.

—No puedes derrumbarte, Ana.

Andrés se revuelve como si me entendiera. Me araña un poco el brazo y me mira molesto, exigiendo determinación. Joder. Ni en plena crisis me deshago de las maracas.

Dicen que las mejores acciones surgen de la improvisación (me lo acabo de inventar), así que escribo a Héctor:

Todo empezó con una mentira, una trampa despiadada, pero lo que siento es real. Tan real como la decepción, la vergüenza y la rabia. Necesito tiempo para digerirlo, para no hacerte daño, no huir.

Un frío intenso se adhiere a mis huesos. Un nudo atenaza mi garganta. Permito que las lágrimas se desborden sobre mis mejillas. Debo soltar para que podamos ser.

57

Grupo El Rincón Gatuno

Rosa 08:13
Buenos días, queridos. Os echo de menos. A todos, que el mutismo nos ha invadido por igual; supongo que también la tristeza. No se me ocurre cómo enmendar mis actos, solo puedo decir que lo hice con la mejor intención. Sí, sí, endeble excusa, pero cierta. Ana, tú no… Me callo. Cuando estés preparada, me tendrás ante tu puerta.

En fin. ¿Se sabe cuándo anunciaremos en el blog la merienda del amigo invisible?

Fabio 08:15
Buenas, Rosa. Justo quería preguntar lo mismo. Imagino que alguien lo anunciará pronto…

Rosa 08:15
Hola, Fabio, querido, qué alegría. Imagino que habría que enfatizar que la merienda será a base de churros con chocolate. Porque mantenemos tradición, ¿verdad?

Fabio 08:17
Hablamos de subir el importe máximo del regalo, aunque no llegamos a un consenso. Deberíamos opinar todos para avanzar con el tema. Lo del chocolate sigue en pie, Rosa.

Rosa 08:19
Sé que quince euros no es mucho, pero, con la subida de la cesta de la compra, me mantengo firme en que no se les puede pedir más a los vecinos.

Fabio 08:20

Por mí, bien. A ver el resto.

Rosa 08:22
Otra cosa: el año pasado, tres personas se quedaron sin regalo porque su amigo invisible no apareció. ¿Podríamos preparar un detalle comodín para estos casos? Es una situación de lo más injusta.

Fabio 08:23
¡Sería genial! No cuesta tanto tener un par de libros, bufandas o guantes.

Rosa 08:59
Fabio, nadie más responde. ¿Te ves capaz de redactar el anuncio? El día 21 está a la vuelta de la esquina; la gente debe saber que este año también hay merienda. Espero.

Fabio 09:01
Dales tiempo.

Rosa 09:05
Está bien.

Fabio 09:12
Mira, todo en azul. Nos han leído, es un comienzo.

Leo los mensajes del grupo a medida que entran. Debería salir de ahí, ya no pinto nada en él, tampoco en la asociación. Escribo a Fabio para vernos a las siete. Demorar más lo inevitable es estúpido.

Abro la puerta antes de que vuelva a llamar.

—Hola, Fabio.

—Hola, Ana.

Fabio entra en el piso y, antes de que cierre la puerta, me abraza con fuerza, como si con ese gesto pudiese protegerme del mal que habita en el universo. La garganta me pica. Qué horror, acaba de llegar y ya me desmorono.

—Siéntate antes de que rompa a llorar. ¿Café?

—Quizá más tarde. ¿Dónde está mi amigo? ¡Majestad! —Saluda a Andrés con una reverencia. El gato, desde su rincón del sofá, gira la cabeza en dirección opuesta. Puro desprecio felino.

—No estás a su altura, asúmelo —le digo mientras cierro.

Fabio se quita el abrigo y un gorro ridículo con un pompón amarillo enorme. Eso es lo que más me gusta de él: se muestra tal cual es sin temor al qué dirán. Se deja caer en el sofá.

—¿Qué traes ahí? —Señalo la bolsa que ha dejado junto a la ropa.

—Churros. ¿Cómo lo llevas? No puedes permanecer entre estas cuatro paredes de por vida, ¿lo sabes? Me veo obligado a recordártelo, que te conozco.

—Sin piedad, ¿eh?

—Somos amigos, no necesitamos de eso.

—Ya… Sigo dándole vueltas a lo ocurrido. Es surrealista. Doloroso, invasivo, ha roto la burbuja en la que vivía, la ha destruido como la onda expansiva de una bomba nuclear. ¡Bum!

Fabio asiente sin rastro de burla. De vez en cuando se pone serio, por lo que le agradezco interiormente que este sea uno de esos escasos momentos.

—Ni tú, ni Héctor, ni yo, ni nadie lo vio venir. Si flipo con todo ello, Héctor y tú debéis de…

—¿Por qué montar semejante circo? —Lo corto porque no puedo hablar de él, no aún.

—Esa pregunta me la sé: porque Pepi mete baza en cualquier causa perdida. Quiere a su hijo, también a ti. Y cuando se junta la impaciencia con el amor, pasan cosas, como que a nuestra amiga le dé por escribir el guion de una telenovela venezolana de bajo presupuesto.

Sonrío sin ganas. Fabio me acerca la bolsa de churros, pero no me apetecen.

—Héctor está hecho polvo, lo sabes, ¿no? —añade.

Asiento.

—¿Y ella? ¿Pepi?

—Mal. Muy mal. Rosa tampoco anda mejor. Héctor y su madre hablan solo para lo imprescindible. Es bastante tenso.

—Fabio, no me malinterpretes. Siento que estén así, pero… ¡Joder! Lo que han hecho… es imperdonable. Me usaron. Nos usaron. Pepi lo maquilla como un acto de generosidad, pero dista mucho de serlo.

Me paso las manos por el pelo en busca de calma. Andrés acude en mi rescate: se me sienta en el regazo y mira a Fabio con desaprobación.

—Es injustificable —murmura él—. Pero los dos somos conscientes de que hay cosas que no nacen desde la maldad, sino más bien desde la torpeza. No calcularon las consecuencias, se ofuscaron con la parte positiva del asunto. No creo que pretendieran hacer daño. Ni a ti ni a él. Y tú, en el fondo, también lo crees, porque conoces la impulsividad de Pepi y lo mucho que le gusta a Rosa un final feliz.

Me pinzo el labio. Andrés se estira con elegancia y nos observa como si le estuviésemos decepcionando. ¿Es posible?

—Apenas he salido. ¿Qué se dice por ahí?

—Eso importa una mierda —responde rápido—. Lo que cuenta es lo que sientes tú. Lo que pasa aquí dentro. —Se señala el pecho.

—No me preguntes eso. —Sueno rota; lo estoy.

—Ana, ¿de verdad vas a esconder la cabeza bajo tierra porque alguien jugó a ser Cupido con un bidón de gasolina y una cerilla? ¿Dejarás pasar lo que tienes con Héctor? No puedes ser tan cobarde.

—Ese alguien no es cualquiera. Es Pepi, una segunda madre para mí, y es Rosa, una buena amiga. Y en cuanto a lo otro… Me cuesta respirar si pienso en cómo se construyó, en el desenlace. Fabio, cuando acepté meterme de lleno en una relación falsa, lo que me quitaba el sueño era la mentira. Engañar a nuestros amigos y vecinos. Ahora, todos conocen la verdad. Y en su conjunto, resulta demencial.

Fabio se queda mudo. Me levanto, cojo de la estantería el sobre con las dos hojas y se lo extiendo.

—¿Qué es?

—Mi dimisión en la junta.

—¿Segura?

—Mucho. No puedo seguir como si nada. Imposible. El Rincón ya no es un lugar seguro, ni divertido, ni libre. Se lo han cargado, Fabio. Por favor, que Héctor firme una de las copias y me la devuelves firmada.

Coge el sobre como si le quemara en las manos. Lo gira, lo observa, pero no lo abre.

—Ahora sí que necesito ese café.

Se dirige decidido a la cocina. Lo freno. No. Ahí, no. No es su territorio, es de… Sacudo la cabeza hacia los lados, como si expulsar de mi mente a Héctor fuese así de fácil. Menuda estupidez la mía.

—Voy yo.

Preparo las bebidas sin mediar palabra, embotada y con demasiadas ganas de salir a correr para olvidar. Aunque, ni con esas.

—Mi objetivo no es desaparecer, solo poner distancia entre el caos y yo —le explico al servirle la taza.

—Ese caos incluye a Héctor. ¿Qué ocurre con él?, ¿con vosotros?

Niego, aprieto los labios, sorbo por la nariz. Es que… no.

—Tranquila, ¿vale? —Fabio me abraza y yo me dejo mecer—. Pasará, te lo prometo.

—¿Y tú? —balbuceo.

—¿Yo? Pues aquí, viendo cómo los demás os rompéis en pedazos. Intento mantener el equilibro sin caer en el agujero de unos ni en el silencio culpable de otros. Los que más me preocupáis sois vosotros dos. No lancéis por la borda lo que habéis construido, no por los actos de terceras personas.

Me recoloco en el sofá.

—¿Me equivoqué al no quedarme con él?

—No sabría decir. Si te sirve de consuelo, Héctor está igual que tú: anda como alma en pena, dándole vueltas a si hablarte, dejarte espacio o comprarse un billete a Islandia. Ana, se lo dije

ayer a él y hoy te lo digo a ti, escucha bien: los dos estáis igual de jodidos por la misma mierda, ¿qué sentido tiene lidiar con ella por separado? Si lo vuestro era real, y me consta que sí, ¿por qué elevar esa barrera?

»Es fácil: ¿lo quieres? Si es que sí, no sé qué haces aquí conmigo. Si no, díselo. El resto se arreglará a su debido tiempo.

Fabio se marcha tras disparar sus preguntas. Miro la hora: son casi las ocho. No me apetece salir a correr (mentira, me estoy escondiendo). Haré la cena y dormiré, o lo intentaré al menos. Dejaré que las dudas se ciernan sobre mí, buscaré respuestas, lloraré un rato.

Sería más sencillo si no los echara de menos. A todos.

Virgencita, sin palabras me tienes.

58

La servilleta ha pasado de prístina y suave a ovillo arrugado entre mis manos. Frente a mí, mi amiga Alba remueve el hielo de su copa. Después de varios intentos por su parte, ha conseguido que nos reunamos en el *pub* un domingo por la tarde. Le rogué para que viniese al piso, pero ella insistió en que salir de casa tiene un punto saludable.

—Entonces —empieza—, Pepi orquestó un *reality* sentimental con nombres clave, identidades falsas y un objetivo propio de una comedia romántica. Tú aceptaste por el bien de los abuelos, te acercaste a Héctor, descubriste que no es el chico tedioso que creías y has acabado enamorada de él hasta la médula.

—No sé si es amor —replico con rapidez, demasiada—. Quizá sea solo querer, o gustar. O gustar mucho. O querer mal. O… No sé con exactitud. Se me ha hecho bola.

Ella apoya los codos en la mesa y me señala con la pajita.

—Te conozco, Ana, y no es eso; es indecisión por lo que os rodea, no por lo que sientes.

—Ya. Es la primera vez que le cuento a alguien lo del contrato, la renuncia y el nosotros.

Alba asiente sin interrumpir. Por eso es buena para contarle tus dramas: sabe escuchar y sostener el silencio como nadie.

—Y no tengo ni idea de lo que se comenta en el barrio —sigo—. No salgo si no es para acudir a la facultad, y ahora porque no me ha quedado otra. Malgasto mucha energía dándole vueltas a este tema, es inevitable.

—Bueno, tu comunidad es importante para ti. Eso es bonito. Si te sirve, nadie ha dicho ni media, al menos en mi círculo. Y eso ya es mucho.

—Alba, el día que me cruce con alguno de mis vecinos del bloque sin imaginarle subtítulos, celebraré una fiesta.

Alba se ríe; yo no.

—Igual les caéis bien. Puede que haya esperanza.

—Sí, claro.

Me mira con esa ternura suya que exaspera porque desarma. Vuelve a acariciarme el brazo.

—Me alegro de que me lo hayas contado. A veces, cuando estás tan metida en el embrollo, necesitas otra perspectiva. Una que te recuerde que ha pasado, que duele, pero que, por mucho que lo niegues, te importan Héctor, Pepi y Rosa. Debes formar parte de la solución, no quedarte paralizada.

—Por eso te llamo en casos de emergencia. Eres la única lúcida en momentos de crisis.

—Y tú, muy cabezota. Te has enamorado, punto.

La miro. Me encojo de hombros. A veces, con Alba, ni siquiera necesito palabras; ella las pone, y acierta.

Mi amiga alza la mano para saludar a alguien tras de mí. Me giro por inercia.

Héctor.

La chaqueta azul, los vaqueros (que le quedan indecentemente bien), la barba más crecida y esa forma de caminar como si una tormenta descargase sobre él hacen latir una parte de mí que creí dormida.

—Hola.

—Hola.

Alba se levanta y le planta dos besos.

—¡Qué casualidad! Justo hablábamos de ti. —Mentira. Bueno, más o menos.

—Estaba con Fabio y Marta, pero ya me iba. —Hace un gesto hacia la puerta, pero su vista permanece fija en mí.

Alba se estira para coger el bolso.

—Yo sí que me voy, mañana madrugo. Ana, quédate un rato y desconecta.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —Héctor y su buena educación.

—Vale —respondo sin pensar, las maracas bien en alto.

Nos despedimos de Alba en la entrada del *pub*. Después, enfilamos el camino a mi piso en ese mutismo nuestro, puede que cómodo, puede que tenso, seguro que frágil.

—Firmé tu carta de renuncia el jueves. Fabio te la entregará de vuelta. —Él rompe el hielo.

—Gracias.

—Han protestado. Rosa me escribió un testamento con los motivos por los que no debía aceptarla; mi madre, otro aún más largo.

—¿Cómo estás? Con tu madre, ¿bien?

—Mi madre y yo hablamos lo justo. Se arrepiente. Es difícil.

Asiento. No sé qué decir. Me cuesta verlo tan apagado.

—Es una caca pinchada en un palo.

Reímos. Los dos. Juntos. Joder.

—¿Cómo estás? La verdad. —El Héctor exigente.

—He cruzado la última línea roja del contrato al hablarle a Alba de su existencia.

—Somos un desastre.

—Uno monumental. —Y justo en ese instante, me roza el brazo con el dorso de la mano, como si fuese algo accidental, pero no lo es. Me estremezco.

Héctor hunde las manos en los bolsillos. Yo las cruzo sobre el pecho; de nuevo parezco una momia.

—No me has contestado.

—Lo sé.

—¿De verdad no vas a regresar a El Rincón?

—No creo que pueda seguir como si no me hubiesen arañado por dentro. Me cuesta mirar a la gente y no preguntarme quién sabía, quién calló, quién jugó conmigo. ¿Estoy loca?

—No. A mí también me pasa.

Nos detenemos para mirarnos. Por un segundo, me apetece abrazarlo, pedirle que olvidemos la mentira, que continuemos donde lo dejamos. Soy incapaz de moverme. Él también sigue estático. Vaya dos.

—Lo peor es que, aun con todo, nos añoro. —Reanudo la marcha —. No el inicio, ni el después, sino las partes que eran de verdad. Porque teníamos de esas, y me encantaba coleccionarlas.

Él se detiene de golpe; yo quiero escapar.

—No he dejado de pensar en ti ni un instante.

—A veces siento que, si te hubiera conocido sin mentiras de por medio…

—¿Qué? ¿Te habrías enamorado de mí? —rebate, incrédulo.

—No lo sé, pero me habría gustado averiguarlo sin tanta gente de por medio. Sin planes secretos. Sin teatrillo.

Recorremos en silencio la poca distancia que nos separa de mi piso. Rumio mi siguiente paso, como si esta fuera nuestra primera cita y un futuro entre nosotros dependiera de mi acierto o mi error.

—¿Subes? —Me lanzo antes de censurarme.

—¿Estás segura?

No le respondo. Abro la puerta y la mantengo así para que me siga. Cuando lo hace, una parte de mí se aligera.

Andrés se arroja a sus pies, literal. Héctor se agacha.

—Colega, tenía ganas de verte.

Me quito el abrigo. Él se queda a un lado, como si temiera ocupar demasiado espacio.

—¿Quieres algo? ¿Agua? ¿Cerveza? ¿Una máquina del tiempo?

—La última suena tentadora.

—Desde luego. Siéntate. Hablemos. Explícame la parte que no sé, esa de que te gusto desde hace tiempo.

Héctor deja la chaqueta sobre una de las sillas del comedor; nos acomodamos en el sofá, cada uno en un extremo, como si el hueco entre ambos pudiese salvarnos de las palabras, los sentimientos, el beso que le daría si… BORRA, por lo que más quieras. Borra.

—No sé cuándo ocurrió, imagino que fue gradual, hasta que un buen día tuve una revelación: me gustaba la hermana rara de mi amiga. —Ríe triste—. Te sumaste a nosotros en la fiesta de graduación de Derecho: Santi, tu hermana, algunos compañeros y tú. Mente ágil, irónica, divertida, amable, extraña, preciosa, inalcanzable. Eso es lo que pensé. Y me bloqueé. Tanta facilidad de palabra y, contigo, nada. El vacío. Segundos en blanco, o repletos de pensamientos inconfesables, como mínimo en un inicio. Para ti, pasé de ser el amigo de Julia a convertirme en el amigo de Fabio. Nunca Héctor. Jamás Héctor. Hasta que R2-D2 y Motosierra13 me allanaron el camino. Ana, no las justifico, pero las comprendo.

Elimino la distancia entre nosotros. Héctor acaricia mis nudillos. Cierro los ojos; qué fácil sería rendirme a lo que siento, olvidar por un momento el drama, acallar las voces de los espectadores.

Un beso en la mejilla me enciende. Lo miro.

—Héctor, yo…

—No pasa nada. Te espero.

Se levanta, recoge la chaqueta, se despide de Andrés y cierra la puerta al salir. Recorro la estancia con la vista, en busca del sentimiento habitual. No lo encuentro: la soledad se ha esfumado. En su lugar, el miedo consume el oxígeno que debería ser mío.

Lo quiero. No puedo perderlo.

59

Es de noche, el frío muerde la punta de mis dedos, pero no me importa. Me adentro en el parque, que no parece el mismo de siempre. Puede que el suelo sea idéntico, que los mismos árboles se recorten contra el cielo y que el olor me resulte familiar, pero los colores son distintos. Yo también lo soy. Mi pecho esconde un sentimiento de anticipación, esa mezcla entre calma tensa y electricidad que se genera antes de dar el salto.

Héctor me espera en nuestro banco. Lleva una sudadera oscura con la cremallera a medio subir y el pelo revuelto, como si se hubiera peinado con los dedos. Como si hubiera corrido para llegar a tiempo. Aún no ha percibido mi presencia. Sonrío. Qué idiota. Qué guapo. Qué nervios.

—Hola.

—Hola —respondo, igual de bajito.

No nos abrazamos. No nos besamos. Tampoco nos movemos. Queremos confirmar que es real. Una cita, una tregua, un ¿por qué no? Allá vamos:

—Zapatillas nuevas. —Me señalo los pies.

—Me gustan. ¿Sabes?, he recibido el mensaje antes de entrar en una reunión. Casi se me cae el móvil. Juraría que he gritado: «¡Sí!» frente a todo el equipo. Me han mirado raro.

—¿«Sí»?

—Sí. A ti. A correr. A verte. A todo.

Me doy la vuelta. No porque no quiera mirarlo, sino porque si lo hago durante más tiempo, mi cuerpo se derretirá, y no es plan. Hemos venido a correr, a vernos, a explorar.

Iniciamos la marcha sin más palabras. El ritmo es suave, nuestros cuerpos se reconocen y un hormigueo me embarga de pies a cabeza. Corremos en paralelo, sincronizados como un metrónomo. De vez en cuando, nuestras manos se buscan. Un toque sutil, una conversación entre pieles en código morse: «sigo aquí»; «lo sé», «quiero intentarlo», «tú también, ¿verdad?».

Media hora más tarde, nos detenemos en la parte alta del parque, donde hay menos farolas, más sombras y una vista privilegiada de los tejados del pueblo. El cielo estrellado me recuerda a la noche del restaurante. Nos sentamos para apaciguar nuestras respiraciones. Estamos cerca, casi pegados, casi unidos, totalmente solos.

—Antes no te lo he dicho, pero gracias por escribir. Por este rato. No esperaba que quisieras verme en la calle. Bueno, verme en general. No tan pronto.

—Yo tampoco. Quería comprobar si nos miraban.

—¿Y?

—No nos hemos cruzado con mucha gente, así que ni idea. Es mala hora.

—Es nuestra hora —dice Héctor, como si yo no lo supiera.

—¡Ah! Eso… Detalles.

Estela y Odín cruzan el camino con paso alegre. Ella nos ve y sonríe con todos los dientes. Se acerca.

—¡Ana, Héctor! ¡Ay! Qué alegría veros juntos.

Nos abraza. Luego le planta dos besos a Héctor con una intensidad que me da un poco de risa.

—Gracias.

—¿Por? —indago.

—Por lo que habéis hecho. Por lo que hacéis. Por estar aquí, juntos. Tenemos pendiente una cena en pareja, Ana, no lo olvides.

Y se va tan rápido como ha aparecido, con Odín pisándole los talones.

—¿Qué…?

—Ni idea —interrumpo.

Nos reímos. De verdad, con ganas.

Acompaño a Héctor hasta su portal. La calle permanece tranquila, sin más vecinos que nos miren o se acerquen a nosotros. Andamos sin prisa. De nuevo, sin hablar demasiado.

—¿Te arrepientes? —El Héctor comedido.

—¿De correr a tu lado o de venir hasta tu piso?

—De lo que viene después.

—No.

Nos quedamos ahí, frente a la puerta. Él da un paso; yo no me aparto. Me da dos besos en la mejilla. De los que acarician y duran un segundo más de la cuenta. El primero es suave; el segundo, más lento. Su aliento cosquillea en mi piel. Me estremezco. Lo noto. Lo nota.

Nos separamos renuentes.

—¿Nos vemos mañana? —me pregunta.

—No lo dudes.

Me giro. Corro hacia mi casa sin dudas ni miedos.

Pepi, Rosa, ¿qué hago con vosotras?

60

El reloj de mi mesilla marca las 23:12. No puedo dormir, la imagen de Héctor besándome frente a su portal hace unas horas se repite en bucle. «Hasta mañana». Deseo verlo, quedar para correr, cenar en mi piso, en el suyo, un cine, una pizza, un rato en el sofá abrazados con Andrés entre los dos. Lo que sea, pero con él. Me revuelvo inquieta.

Andrés, vigilante, me observa desde los pies de la cama con la intensidad de un monje budista en plena meditación. Los dos conocemos el próximo paso, pero a Héctor se lo ve mucho más dispuesto que yo a darlo.

—Colega, no me juzgues. Déjame unos minutos.

Estiro la mano para coger el móvil. Me he propuesto abrir la mente para entender, perdonar, procesar… Me da miedo no estar a la altura, que los mensajes me decepcionen, que averigüe otro dato que me hunda más.

Anoche soñé con Pepi y Rosa. Habían organizado una tómbola para parejas ficticias. Me desperté entre sudores, con la sensación ridícula de que, si no muevo ficha, enloqueceré. Más.

Desbloqueo la pantalla.

El primer mensaje de Pepi es del domingo, mientras aún íbamos en el minibús de regreso a casa.

> **Pepi** 15:39
> Ana, lo siento en el alma. Déjame que te explique.

Breve, sin florituras. Leo el siguiente.

> **Pepi** 23:19
> Héctor acaba de irse. Nunca se había enfado tanto conmigo, y no es para menos. Me ha dicho algunas cosas que… bueno, entiendo. Las merezco. Pero no te equivoques: no me arrepiento de intentar que pasarais tiempo juntos, solo de cómo lo organicé. A lo bruto, sin pensar. Perdón de nuevo.

Siento un nudo en la garganta, que intento tragar, pero se me atora. La sinceridad de Pepi tiene una forma extraña de arraigar en mi pecho. Seré una blanda, pero no soportaría que madre e hijo no superarán este escollo.

Lunes
Pepi 10:19
R2-D2 nació en un desayuno con Rosa. Yo comí tostadas y ella, bizcocho de limón. Le dije: «O le contamos a Ana lo que hay, sin rodeos, o montamos un escándalo que sirva para unirlos». Rosa respondió: «Escándalo, por favor. Ana necesita conocer al verdadero Héctor, no que se lo cuenten». Y así empezó todo. No creí que llegáramos tan lejos. O sí. Lo que tampoco imaginé es que doliese tanto. Estoy hecha una piltrafilla. Y para rematarlo, el bizcocho de limón estaba más bueno que mis tostadas.

Se me escapa una carcajada y me llevo la mano a la boca; Andrés alza la cabeza. Vuelvo a mirar la pantalla. La leche, Pepi sigue siendo pura comedia. Aunque la noto cansada, con auténticos remordimientos camuflados entre bromas.

Martes
Pepi 16:25
Yo también estaría cabreada como una mona, pero no metas a Héctor en el mismo saco, te lo ruego. Él no sabía nada, ni lo sospechaba. No se merece que lo arrastres a mi lodazal. No es por insistir, pero se os veía tan bien juntos… Eres la mejor «novia ficticia» que una suegra frustrada puede desear. No me odies por intentarlo. Ojalá fuese cierto.

La pantalla del móvil se nubla. Me seco los ojos a una velocidad que ni un piloto de Fórmula 1.

Pepi tiene razón, un poquito, bastante. Escuece.

Miércoles
Pepi 18:29
Lamento haberme cargado lo que teníamos: nuestra amistad, la confianza, el amor; incluso la asociación se ha ido al traste. He

barrido con Rosa, con Fabio, con vosotros… Incluso Emilio me evita; se lo conté el lunes cuando me vio llorar en la cocina. Sin embargo, el tuyo es el silencio que más duele.

Una punzada en el pecho. Al parecer, el sentido de culpa es contagioso. Doy vueltas en la cama. Andrés salta al suelo y desaparece, ofendido por el movimiento brusco. Perdone usted. Me centro de nuevo en el mensaje; el sentimiento de traición mengua.

Jueves
Pepi 22:08
¿Has meditado bien lo de dejar la asociación? Te entiendo, lo juro. Pero si puedes, dale una vuelta. Formas parte de ella, una importante, igual que cada uno de nosotros. Ahora mismo, sin ti, yo no sabría ni organizar un bingo. Y no es interés, ni necesidad. Sería terrible reunirnos sin ti. ¿Quién repasaría conmigo y con Rosa a todo hijo de vecino? Héctor no, lo sabes. Fabio sí, pero después se metería con nosotras.

No tiene remedio. No conoce límites ni le interesa.

Viernes
Pepi 18:59
Quería decirte que no hemos contado nada. La gente pregunta por qué no subimos artículos, por qué han disminuido las horas de atención al público, por qué parecemos muertos vivientes. Y siempre nos dicen lo mismo: «Necesitáis un descanso». Por otro lado, puedes estar tranquila: los pocos que se involucraron en la operación lo hicieron porque, en ese momento, fue necesario. No vayas a creer que se organizó una gran conspiración. Fue una bola de nieve que no supimos parar.

¿Una bola de nieve? Es una jodida grieta que atraviesa mi vida por completo. Planeado o no, la herida existe.

Sábado
Pepi 11:56

Esta noche he soñado que ibais los dos a la farmacia de la plaza a por preservativos y que coincidíamos en la cola. A Héctor le daba un tic en el ojo y tú te escondías detrás de una revista de cotilleos. Me he despertado llorando. No por el sueño, sino porque nunca os había visto tan felices como durante estas semanas. Y me lo he cargado.

Me abrazo las rodillas. Los ojos se me humedecen de nuevo. Visualizo la imagen del sueño; podría haber sido; quizá algún día. ¡Ufff! Pepi, ¿cómo no comprendiste que la mentira dolería tanto?, ¿que pasar página y seguir adelante sería imposible? Empiezo a entender tus motivos, pero cuesta digerirlos.

Domingo
Pepi 18:49
Lo pillo, necesitas tiempo. Este será mi último mensaje, lo prometo. Solo una cosa más: te quiero como si fueras mi hija. Lamento haber jugado con tus sentimientos. Fui egoísta. Ojalá algún día puedas perdonarme.

El móvil cae sobre la manta. Una opresión en el pecho me doblega, aunque ya no es igual que antes. En ella no hay rabia, tensión o frustración, sino él ensamblaje lento de un montón de piezas que deben recolocarse en su lugar.

Andrés regresa a la cama y se acurruca junto a mis piernas. Le acaricio el lomo y él ronronea. Yo suspiro.

La pantalla del móvil brilla en la penumbra como una luciérnaga obstinada. Pepi. Pepi. Pepi. Casi podía oír su voz al leer los mensajes: sarcasmo, urgencia, cariño. Así es ella, y eso me duele y enternece a partes iguales. Releo el último. Es el más corto, también el más devastador. De pronto, la distancia entre las dos no parece tan insalvable. Cierro los ojos y apoyo la nuca en el cabecero. Recuerdo la primera vez que la vi en la asociación: peleaba por unos churros fríos en una de las reuniones. Me conquistaron su descaro, su energía, su corazón.

—Maldita Pepi… —susurro. Andrés bosteza—. Colega, esta mujer es una lianta, pero también nos cuida. Qué difícil todo, ¿verdad?

Andrés se incorpora para darme la espalda. Vale, bien, estás hartito de mí.

Leo los mensajes de Rosa que tengo pendientes. Pobre, también está fatal. Empiezo a escribirle, pero me detengo en el instante que comprendo que, una vez que lo haga, no habrá marcha atrás.

Tiempo. Solo eso, Virgencita, ¿me lo concederás?

61

El decano se marcha con su habitual parsimonia, dejando atrás una estela de colonia dulzona, además de un ascenso disfrazado de más horas de laboratorio para el próximo trimestre. Una especie de premio por haber conseguido la financiación para el proyecto. Debería saltar de alegría; sin embargo, me da un poco igual.

Miro el móvil: no son ni las diez y cuarto y necesito con urgencia una siesta. Anoche, tras leer los mensajes de Pepi y Rosa, me fue imposible pegar ojo, discurriendo posibles acercamientos sin perder la cordura en el intento.

Antes de que tenga más tiempo para compadecerme de mí misma, entra Narciso. Aún no ha abierto la boca y ya me da pereza. Este chico es inasequible al desaliento, eso hay que reconocérselo.

—Profesora, solo quería comentarle que he revisado…

—No. Tu examen está bien corregido. Tu redacción, como siempre, es un viaje sin retorno al centro de la Tierra, puro delirio, pero la comprendo. Así que, si pretendes rascar, rasca otra puerta, hazme el favor. Hoy no tengo el día.

Su cara luce la misma expresión que pongo yo cuando alguien coge la última porción de pizza: decepción absoluta. Se gira para marcharse, pero llaman a la puerta. Qué fantasía de mañana.

—¿Quién más quiere marearme? Que pase, por favor —mascullo mientras me levanto.

El mundo se queda sin sonido.

—Hola —saluda César, algo incómodo—. ¿Se puede?

—Faltaría más —respondo, aún en modo estatua—. Narciso, vuela. Vuela muy lejos.

El alumno se escabulle hacia el pasillo como si hubiese olido el drama.

—¿Qué hacéis aquí? —Cierro la puerta.

—Queríamos verte —indica Romeo—. Agradecerte. Bueno, a ti y a Héctor. Aunque tú…

—Tú lo empezaste todo —completa César cuando Romeo se queda sin palabras.

—Si tú no hubieses aceptado meterte en ese lío de fingir ser novios, nosotros no habríamos tenido una oportunidad. En serio. Nos ayudaste a vernos, a tenernos, a atrevernos; sobre todo, a César. —Romeo le sonríe a su pareja—. Nos diste el empujón, la excusa, el lugar. Gracias.

Me tiembla la barbilla. Me siento como una protagonista de telenovela venezolana que, tras muchas penas, ve la luz.

—De nada.

Una vez más, llaman a la puerta.

Miro al techo. Virgencita, ¿me lo explicas o vamos a improvisar?

Abro.

Y mi despacho se convierte en el camarote de los hermanos Marx: Valeria, Severino, Emilio, Carmen (que lleva una caja de pastas) y Genaro. Todos bien abrigados, con cara de circunstancias y una sonrisa radiante.

—Pero… —balbuceo antes de dejarlos pasar.

—Lo mismo que ellos —dice Valeria—. Gracias.

—Por todo lo que haces —añade Carmen—. Por no dejar que nos oxidemos. Por pelear por nosotros.

—Por convertir El Rincón Gatuno en algo más que una excusa para hacer estiramientos. Has hecho más por la comunidad que tres ayuntamientos juntos. ¿Cómo nos íbamos a negar a daros un empujoncito? —asegura Genaro.

Y entonces, lloro. Me tapo la cara con las manos.

—Jo —acierto a decir—. ¿Quién necesita una vida ordenada cuando puede disfrutar del caos a vuestro lado?

Romeo me pasa un pañuelo. Carmen me abraza. Severino me palmea en la espalda. Valeria saca del bolso un termo de chocolate caliente, porque, claro, esta gente no improvisa, planifica.

Ay, madre.

La puerta se abre y Rosa aparece con su abrigo granate, las gafas torcidas y los ojos llenos de lágrimas. Se abalanza sobre mí y me aprieta contra su pecho.

—Perdóname, querida. Por todo. Me dejé llevar por la causa, la emoción. Me olvidé de ti. Lo siento.

La abrazo con todas mis fuerzas.

Y entonces llega ella: Pepi.

—Sé que has leído los mensajes. —Habla antes de que yo pueda intervenir. Me coge las manos—. El doble *check* azul, bendito chivato. Pensé: ahora o nunca. Y aquí estamos. Te pido disculpas, de todo corazón. No fue maldad; solo pensé que mereces ser feliz, que Héctor y tú podríais serlo. Juntos. Me equivoqué en las formas, pero lo que vi en vosotros es real. Muy muy real.

Me lanzo a sus brazos. Sin filtros, condiciones o resentimientos. A nuestro alrededor, todos se quedan mudos. Qué raro. Me separo de Pepi, y uno por uno empiezan a desfilar ante mí sin motivo aparente, hasta que lo veo: Héctor está apoyado en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos, el abrigo desabrochado y una mirada que grita que, por fin, hemos encontrado el equilibrio.

—¿Puedo pasar?

—¿Y si digo que no?

—Os dejo a solas. —Pepi se esfuma.

—Esperaré a que cambies de opinión. Soy paciente.

Me echo a reír. Una risa breve, limpia, nuestra.

—Pasa, anda. A ver si te me hielas en el umbral y me quedo sin final feliz.

Camina despacio y se detiene frente a mí. No sé qué hacer con los brazos, y creo que él tampoco.

—¿Ese final incluye a un chico tímido y a una suegra temeraria?

Lo miro. Me doy de bruces con el Héctor serio, el torpe, el que es un indeciso en el amor, pero que ahuyenta mi soledad. El que me lee como si fuese un mapa, que sujetó mi abrigo sin que se lo pidiera, me cuidó cuando enfermé y me dio de comer la mejor lasaña del mundo. El que no pide nada pero se queda.

Alargo el brazo y le cojo la mano. Cálida. Familiar.

Permanecemos así unos segundos. Luego, Héctor se acerca con lentitud y apoya su frente en la mía. Me acaricia la mejilla con la yema de los dedos. Y entonces, sin grandes fuegos artificiales ni música épica, me besa.

Sincero.

Auténtico.

Y yo, que he aprendido que lo importante no siempre se expresa con palabras, pienso que esta historia nunca fue un cuento de hadas. Ni falta que hacía. Puede que llegue a la categoría de comedia romántica, un enredo absurdo entre un puñado de vecinos locos, un gato sabio, una bloguera traicionada, una madre con ínfulas de guionista y un hombre que tarda años en decir «te quiero».

Yo, Ana López, científica despistada, rollito profesional y aprendiz en esto de los sentimientos, me enamoré en medio del caos. Y no me arrepiento de nada.

Epílogo

Sábado, 17 de enero

Hay días en los que una sabe que ha tomado buenas decisiones. Por ejemplo: no haberme teñido de rubio platino en plena crisis existencial tras el Erasmus, o haber aceptado inscribirme en el I Taller de Masajes en Pareja de El Rincón Gatuno: «amor, aceites y estiramientos».

Estamos tumbados sobre las típicas colchonetas azules que huelen a goma. La sala está abarrotada. Al fondo, Emilio y Pepi discuten sobre si el aceite de almendras dulce es afrodisíaco o un bulo capitalista; Valeria y Severino se han traído una toalla de lino bordada con sus iniciales; Rosa y su marido realizan estiramientos previos como si fuéramos a correr un maratón. En el otro extremo, César y Romeo han puesto música ambiental en un altavoz portátil, y Fabio y Marta no paran de lanzarse miraditas, como si estuvieran en el *pub* un sábado por la noche. Chicos, centraos si no queréis que Pepi ponga en marcha otra operación con vosotros como protagonistas. Yo tengo las manos untadas de aceite, una coleta informal y a Héctor mirándome como si me hubiera convertido en su lugar favorito en el mundo. Lo digo en serio.

—¿Lista para empezar?

—Si me prometes que no volverás a presionar el punto de la risa floja, que la semana pasada casi me meo encima.

Se ríe y acaricia mi rodilla con lentitud.

—Prometido.

Yo, que, cuando me roza de esa forma, tengo la capacidad emocional de una seta, me limito a asentir. Virgencita, que me derrito.

Llega Olga, la instructora. Tiene voz de audiolibro de *mindfulness*, lo que me hace sospechar que vive en otra dimensión. Me da pena; se nota que nuestro desbarajuste la altera.

—Hoy trabajaremos el contacto consciente —dice, como si no estuviéramos todos en modo manoseo desde hace diez minutos—.

Recordad que tocar no es solo una acción física, sino también una forma de escuchar. Estad atentos.

Pepi levanta la mano.

—Si oigo un crujido, ¿paro o sigo?

—Tú toca, mujer, que lo que cruje está vivo —responde Emilio.

Nos reímos. Rosa niega con la cabeza. Olga nos llama al orden.

Me reclino hacia atrás; Héctor me sostiene entre sus manos grandes y cálidas, que encuentran el punto donde presionar sin dejarme en coma. Empieza por los hombros. El silencio nos envuelve. No es magia. Es Héctor.

—¿Sabes en qué pensaba mientras venía?

—¿Que te has pasado con los churros?

—Bien visto, pero no. En lo feliz que soy, lo mucho que me gustas, y que te quiero.

No respondo. No porque no sepa qué decir, sino porque si lo hago, lloro. Así que me da por cogerle la mano y estrecharla contra mi corazón, que en este momento baila bachata mientras agita unas maracas.

—Tú también me gustas. Un poco. Bastante. Mucho. Nivel: te daría un masaje hasta que se me durmiese la muñeca.

La carcajada explota. La suya. La nuestra. La misma que llamó mi atención y me chivó que él era mucho más de lo que aparentaba.

Cierro los ojos un instante y escucho el rumor de las conversaciones a mi alrededor: Fabio le murmura algo a Marta, quien imagino que se sonroja; Romeo pregunta si puede llevarse una colchoneta a casa; Pepi propone hacer un taller de aceites esenciales el próximo trimestre. Todo vuelve a ser ridículo, normal, loco.

Estamos bien. Lo conseguimos. Somos reales.

Olga nos guía en una respiración sincronizada. No es fácil, pero hacemos el intento y, por unos minutos, hasta me creo eso de la energía compartida. O la excusa para pegarnos como lapas, aunque la instructora no mencionara esa necesidad.

—Ahora volved a miraros, recordad el motivo por el que estáis aquí.

Héctor me observa con una mezcla de ternura y picardía; yo le contesto con mi cara de «qué bien que tu madre nos obligó a venir». A nuestro lado, Rosa y su marido han entrado en un trance tan profundo que parecen meditar sobre el sentido de la vida, o se han dormido, no lo sé. Valeria y Severino se masajean los pies, César y Romeo discuten sobre la presión idónea para el trapecio derecho, y Fabio y Marta…, bueno, están más cerca que antes, y sus manos permanecen más tiempo del estipulado en el cuerpo del otro. Hay tema.

—¿Lo ves? —le susurro a Héctor.

—¿El qué?

—La mirada, el roce, el rubor. Mi radar no falla: ahí hay chicha.

—¿Que no falla? Ana…

—Bueno, con los demás, no.

Suena un gong.

—Gracias por vuestra entrega. Nos vemos el próximo sábado para trabajar la escucha activa a través del masaje craneal. Traed toalla pequeña y una actitud abierta.

—¿Qué ocurre si alguien tiene el cráneo cerrado? —Ese es Emilio.

—Tú lo que tienes es la mollera dura, cariño. —Pepi.

Olga pasea los ojos de uno a otro como si fuesen extraterrestres. ¡Espera a que los vea encerrarse en el lavabo!

Nos levantamos despacio. Héctor me desliza el brazo por los hombros con naturalidad y yo me pego a su torso.

Esta es mi gente, mi comunidad, mi familia escogida. Están locos, pero harían cualquier barbaridad por ayudar al otro, y hacen del mundo un lugar maravilloso.

Serie Errores

Gracias por leer *Un error con patas*. Si te has quedado con ganas de un «poquito más», he escrito un relato extra de Fabio y Marta. Te lo envío en PDF al suscribirte a mi boletín (relatos exclusivos, sorteos y novedades): Caos bonito. También puedes conseguirlo a través de mi página web: www.tessacooperescritora.com

¡Mil gracias por estar al otro lado!

Tessa

RGPD: Usaré tu email para enviarte el bonus y correos sobre mis novelas. Puedes darte de baja cuando quieras

¿Te gusta este barrio? La serie tiene más historias, descúbrelas aquí.

Libro 1: Conectados por error: comedia romántica entre dos desconocidos por correo electrónico.

Libro 2: Un mensaje por error: comedia romántica con «de amigos a amantes».

Libro 3: Un error con patas: comedia romántica vecinal con «relación falsa».

Nota de la autora

Gracias por llegar hasta aquí. Gracias por leer, por acompañar a Ana, a Héctor y al resto de vecinos tan peculiares (y, al mismo tiempo, tan de verdad). Gracias por confiar en esta historia que trata de amor, pero también de otros temas igual de importantes: amistad, perdón, sentimiento de comunidad y… gatos.

Escribí esta novela con intención de hablar sobre la soledad, en especial esa que a veces se oculta tras puertas cerradas, paredes llenas de recuerdos o silencios incómodos. Quise dar voz a esos mayores que, pese a las arrugas, tienen sueños, ganas de hacer cosas y mucho sentido del humor, pero también quise hablar de los más jóvenes, como Ana, que, a pesar de su edad, también convive con la soledad; puede que una distinta, más silenciosa, menos visible. La soledad no entiende de años, sí de ausencias.

Con esta novela cierro la serie «Errores»: tres historias independientes con las que he disfrutado como una enana en cada sesión frente al portátil.

Si he conseguido dibujarte una sonrisa, ¿puedes pasar por Amazon y dar tu opinión? ¿Se la recomiendas a una amiga? Gracias por tu empujón.

Nos leemos pronto.

Con cariño.

Tessa



Sobre la autora

Nací en Súria (Barcelona) en 1976. Desde muy niña tengo problemas para conciliar el sueño, por lo que tomé el hábito de inventar historias que me narraba para dormirme. Mi primera novela, *Nada que no desees*, salió a la luz en 2018. Después, llegaron *Churros con chocolate* (2019), *La tercera constelación a la izquierda* (2020), *Siete días y una foto* (Harlequin, 2022),*Sabor a regaliz* (2022), *Tú de Santa Claus y yo de Reyes Magos* (2022), *Sabor a mar* (2023), *Conectados por error* (2024), *Un mensaje por error* (2025) y *Un error perfecto* (2025).
No sabría decirte si me gusta más la montaña o la playa, pero sí que soy fiel seguidora del «vive y deja vivir».

Puedes encontrarme en las siguientes redes sociales:

Instagram: @tessacooperescritora

Twitter: @Tessa_escritora
Facebook: @tessacooperescritora
Web: www.tessacooperescritora.com
Email: tessacooperescritora@gmail.com